

# LOS DIOSES DE LA ECONOMÍA

**120 SIGLOS  
DE HISTORIA  
EN EL VALLE DE  
JEQUETEPEQUE**

**Jaime Deza Rivasplata**



UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

# Los Dioses de la Economía

120 siglos de historia en el valle  
**Jequetepeque**

Jaime Deza Rivasplata



**UAP**

UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

# UN LIBRO SIEMPRE ES UNA BUENA NOTICIA

 FONDO EDITORIAL UAP

## LOS DIOSES DE LA ECONOMÍA 120 siglos de historia en el valle Jequetepeque

© UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

Centro de Investigación - Fondo Editorial

Director: Jaime Deza Rivasplata

Av. Cuba 301. Jesús María.

Teléfonos: 471 0346 / 472 1409

| e-mail: j\_deza@uap.edu.pe |

Arte y Diseño:

BAZICO, *Imagen y Diseño*

Jaime Deza Santibáñez

Grimaldo Del Solar 120. Miraflores. Telf. 445 4342

Títulos y leyendas: Reynaldo Naranjo

Revisión de textos: Víctor Rojas

Fotografía: Jaime Deza R. / Jorge Vignati / Carlos *Chino* Domínguez

Diagramación: Miguel Sugasti Reyes

Impreso en los talleres gráficos de la Universidad Alas Peruanas.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2007 - 13463  
ISBN: 978-9972-210-45-7

Tercera edición: Lima, julio de 2008  
5 mil ejemplares

Primera edición: Municipalidad Provincial de Trujillo, 1995

Segunda edición: CONCYTEC, Lima 1996

Tercera edición aumentada y corregida:

Universidad Alas Peruanas, Lima 2008

Prohibida la reproducción parcial o total de las características de este libro, ningún párrafo o imagen contenidos en esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa del Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al D.L. 822 (ley sobre el derecho de autor) y con las leyes que protegen internacionalmente la propiedad intelectual.

# Índice

<b>Prólogo</b>	<b>07</b>
<b>Prólogo a la primera edición</b>	<b>09</b>
<b>Introducción</b>	<b>12</b>
Capítulo 01: <b>El valle de Jequetepeque</b> <i>El río organizador del espacio</i>	<b>17</b>
Capítulo 02: <b>La economía de caza</b> <i>El apogeo de las lanzas</i>	<b>37</b>
Capítulo 03: <b>La economía autárquica</b> <i>Cuando todos eran hermanos frente al mar</i>	<b>59</b>
Capítulo 04: <b>La economía agrícola: etapa inicial</b> <i>El esplendor de los dioses</i>	<b>73</b>
Capítulo 05: <b>La economía agrícola: etapa tecnificada</b> <i>Cuando los hombres quisieron ser dioses</i>	<b>97</b>
5.1 Los mochicas en el valle	<b>99</b>
5.2 Waris, Cajamarca y Lambayeques	<b>133</b>
Capítulo 06: <b>La economía agrícola: etapa intensiva</b> <i>Los canales fueron las luces de la Luna</i>	<b>145</b>
Capítulo 07: <b>La economía mercantil</b> <i>Llega la mama blanca</i>	<b>165</b>
<b>Anexo</b> <i>La biblioteca lírica de Yonán</i>	<b>183</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>215</b>
<b>Perfil cronológico del valle Jequetepeque</b>	<b>219</b>



**C**uando Jaime Deza Rivas platanos presentó los manuscritos de su obra *Jequetepeque*, creímos que es una oportunidad para acercarnos a un valle que tantos aportes ha dado a la historia del desarrollo de los pueblos. *Jequetepeque* constituye una síntesis de la historia del norte peruano.

Con un claro estilo de redacción, que caracteriza al autor, nos muestra el avance histórico de un valle, que resume el tránsito de los aborígenes yungas hacia el mestizaje. De un valle que ha dado tantas luces, que aportó sus conocimientos para vencer al hambre, aprovechar el agua y mantener el equilibrio de la naturaleza; teorías de actualidad que nos preocupan, por ello es hermoso descubrir que cientos de años atrás nuestros abuelos comulgaban con tales temas.

Es que el agua, la diosa de los hombres, *mamacocha*, siempre fue un motivo central de los pueblos, como nos propone la edición que ponemos a su alcance.

Dioses, hombres y agua es el triunvirato de las generaciones. Es la hipótesis inconclusa del mañana. **El agua no es infinita.** De ella depende la vida misma del planeta. Cómo entonces no proponer alternativas. Cómo guardar silencio que nos hace cómplices si existe en este valle una valiosa herencia, que le da respuesta.

Cuando he leído sus manuscritos, he visto como en un álbum de cromos transcurrir los años con la vida ancestral de nuestros pueblos. Es más, que no se queda en la hipérbole sentimental del pasado, sino que decodifico su interrogante por un mañana que se proyecta preocupante.

Qué será de nuestros pueblos, de nuestra tierra norteña que reclama soluciones. Qué será de nuestros compromisos, de nuestras posibilidades... El pasado que nos describe con fechas y datos arqueológicos no tendría mensaje, si no fuera preocupante.

Jaime caminó los lugares que menciona llenos de historia y a veces de imágenes poéticas. Es que la historia es a veces narrativa cruel, denunciante; pero por ser historia reclama ser redescubierta.

Su mensaje, clama sin claudicaciones, un compromiso que añora respuestas. Nuestra universidad como centro de investigación tiene en estas páginas la alternativa: o es una campana que nos llena de alegría o es un episodio que compromete.

Si esta edición le invoca una preocupación y ayuda a afianzar su identidad, habrá cumplido su cometido nuestra universidad. El texto en sus manos será un clamor, que es el primer paso que motiva una esperanza. El texto en sus manos, amigo lector, es un reto que no solo busca iniciar su lectura; sino que compromete una respuesta, anímese a ello como a nosotros nos anima publicarlo.

Son años de trabajo de campo, el autor casi no concurre a la bibliografía, escribelo que ha visto y ese es su aporte mayúsculo. Como no creer en sus opiniones. Cómo no aplaudir lo hecho... Yo nací en las cabeceras de un valle vecino, el Zaña, y me siento muy ligado al Jequetepeque, por que estudié en Chepén y ello me compromete a decir a Jaime, como el maestro Universitario Dr. Alfredo Narváez Cadenillas le dijo justamente al prologar su primer libro: Pakatnamú, bien como punto de partida y adelante.

Fidel Ramírez Prado Ph.D  
Rector Universidad Alas Peruanas

**T**al vez Jaime Deza Rivasplata, por su quehacer docente, ha intuido lo valioso que es escribir sobre la apasionante aventura del hombre primitivo dentro de una unidad geográfica. Por eso este trabajo del Valle Jequetepeque resulta interesante y valioso, no sólo por su unidad de enfoque, sino porque quien lo escribe es oriundo y hasta su juventud vivió en tierras pacasmayinas y tiene la formación y conocimiento del Arqueólogo y Antropólogo, salido de las canteras de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo.

Desde su lejano trabajo “Pakatnamú” (1964) publicado en esta Universidad y otros, entre los que destaca “El Apogeo de las Lanzas” (1991), ahora nos entrega otro, fruto de su experiencia y como un homenaje más a esta tierra norteña, cuna y prestigio de cultura desde hace más de 10,000 años.

¡Que hermoso sería que otros estudiosos y científicos hicieran lo mismo en sus respectivos valles!. Ya habríamos alcanzado un mejor nivel en nuestro conocimiento histórico y entonces poco tendríamos que lamentar sobre lo que está de moda: Identidad y Nacionalismo.

En este trabajo secuencial crono-cultural, cuyas páginas se abren con una visión física del valle de Jequetepeque que enmarca desde la localización y otros fenómenos, vemos desfilar a los primeros habitantes que hoy les estamos llamando “paijanenses” hasta la conquista inca y encomienda española.

Es pues el transcurrir de un período de más de 100 centurias que la arqueología y sus ciencias auxiliares nos sirven de fuentes



excepcionales; y tal vez por eso, pocos o muy pocos se dedican a escribir conservando una unidad geográfica y a la vez temporal en este campo propio para prehistoriadores. Por lo tanto, la descripción, interrogación, la explicación e interpretación se dan la mano por arte y habilidad del autor para que quien lea, encuentre sin mucha dificultad el entendimiento y respuesta a tanta interrogante que se planteó desde sus inicios culturales. Desde los cazadores, los primeros aldeanos, la impronta Chavín, pasando por Salinar y Mochica, se llega al estado Chimú, no sin antes detallar a los Wari, Cajamarca y Lambayeque en donde aflora el tratamiento interpretativo bajo la lupa de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en un **enfoque dialéctico** que pocos autores manejan.

Los favorecidos somos los liberteños, pero en particular los Chepenanos, Pacasmayinos, Sampedranos, Guadalupanos, Jequetepecanos, Sanjosefinos, Pueblonuevanos, Pacangueros, porque al leer el legado histórico del valle Jequetepeque vislumbrarán nuevos horizontes, al sentir fortalecer sus raíces, que les darán más orgullo de pertenecer y vivir en una región cuya prehistoria de evidencias continuadas se inicia con los más destacados hallazgos del paleoperuano conocidos hasta nuestros días.

Cuando Jaime Deza, con su característico vestir, terminaba sus estudios en esta más que sesquicentenaria Universidad, tomó notoriedad al incursionar, con un grupo de alumnos, al legendario Pajatén. Luego vendría su pasión por las “Pampas de Cupisnique” a tal punto que uno de los brillantes maestros como fue el Dr. Rafael Narváez Cadenillas, vislumbró el futuro cuando en tertulia se le escuchó decir: “El autor de Pakatmanú ha comenzado bien y seguro que nos va a dar muchas sorpresas”. Y en efecto, los que todavía vivimos lo estamos comprobando, porque sus licenciaturas le han servido para exteriorizar su vocación docente en varias universidades nacionales y privadas; sus incursiones en el campo le han dado satisfacción con descubrimientos; y, todo esto, lo ha convertido en un acucioso autor que pocas veces los encontramos reuniendo estos atributos. Gracias a todo hoy bebemos sus conocimientos que son los que fertilizan la peruanidad.

Como Decano de la Facultad de la cual egresó Jaime, nos es placentero redactar estas líneas, no sólo por tratarse del profesional que escribe con amor a su tierra, sino porque se trata de un exalumno de esta Facultad que está actuando ejemplarmente. Creemos sin hipérbole que su labor va a tener seguidores, al margen del grupo que investiga y produce en los más atrevidos proyectos arqueológicos del norte peruano en estos tiempos, todos egresados de nuestra Facultad. Estamos esperanzados en las nuevas promociones que a pesar de atravesar un momento difícil, han de tomar el ejemplo y se verán impulsados a investigar y escribir porque sólo un pueblo que sabe su historia, puede arreglar su presente y vislumbrar su futuro. Y en eso contribuye el autor de este trabajo.

Diciembre de 1994  
Alberto Pinillos Rodríguez  
Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, U.N.T.

## Introducción

---

**E**l valle Jequetepeque es un lugar poco estudiado por la Historia y peor aún los descubrimientos realizados no han sido debidamente difundidos. Esta deficiencia ha contribuido a desarrollar concepciones equívocas y a ignorar su enorme aporte cultural. Basta señalar que en este valle se construyeron obras de ingeniería que cada día nos sorprenden más. El canal de Talambo es un ejemplo, cuyos alcances los podemos comparar con los canales del moderno proyecto de irrigación Jequetepeque-Zaña, cuyo trazado corre paralelo al antiguo para llevar las aguas del río Jequetepeque, cruzar el río Chamán y regar las pampas de Las Sandías, Cerro Colorado, Montesecco, Mocupe y Zaña. Pensar que esta obra se inició a construir mil años antes de Cristo y se terminó dos mil años más tarde. Es decir, hace mil años ya los habitantes del valle terminaron de construir el canal que en la actualidad se va a reaprovechar para ampliar la frontera agrícola, en otras palabras las áreas agrícolas abandonadas desde el siglo XVI a la llegada de los europeos.

El canal de Talambo, representa de manera sincrética el desarrollo alcanzado por nuestros antepasados; sin embargo ello es casi desconocido por nosotros, y por el país. De ahí el interés de este trabajo, que pretende iniciar al lector en el conocimiento de un pasado que cada día está más presente.

Actualmente el valle Jequetepeque es una de las despensas agrícolas de mayor extensión en el país, cuya población estudiantil y número de centros educativos guardan una relación que se ha desarrollado de manera importante en estos últimos años; no obstante,

no puede detener a su juventud, presentando una tasa de emigración elevada. Casi un noventa por ciento de sus jóvenes salen al término de los estudios de la secundaria o al poco tiempo, retornando de manera cada vez más espaciada, hasta que al cabo de unos años se ausentan para siempre, formando familia en otros lugares.

El joven que emigró por diversos motivos, cuando llamado por la voz del terruño vuelve después de unos años, escasi un extraño, un desconocido que imaginariamente trata de reconstruir en cada esquina, la presencia de los amigos con quienes salía a "mataperrear"; pero ya no es posible encontrarlos. Los pueblos que se levantan en el valle, hoy más que nunca son centros exportadores de juventud, de esa juventud que paulatinamente va perdiendo el olor de su terruño.

Este hecho social no es de exclusividad nuestra, es, podríamos decirlo universal. El hombre moderno es inquieto. Gracias a las comunicaciones el mundo es un bullicio de viajeros constantes, es un crisol de razas y culturas que interactúan en una simbiosis de repercusiones impredecibles, que no podemos detener.

Si todo ello ha de ocurrir ¿tiene algún sentido el conocimiento de la historia?. Mas aún ¿dedicar un esfuerzo a conocer la historia local?. Son interrogantes que durante años me he formulado y que se plantean en cualquier reunión social, no académica por cierto. Que a inicios del siglo XXI, cuando el hombre conquistará la velocidad de la luz para explorar y ocupar lejanos planetas, estemos mirando los sucesos hace miles de años acaecidos, parecería un despropósito.

En este nuevo mundo el hombre necesitará conocer mejor a sus semejantes y conocerse mejor a sí mismo. Se demostrará que el humanismo no está reñido con la ciencia y que el hombre no será un switch de la cibernética, robotizado; sino y contrariamente los avances científicos harán de él un ser más libre, un ser más hombre.

Con este trabajo el aporte que se busca, es simplemente hacer conocer a los jóvenes su historia, los procesos previos al presente

para ubicarlos en su dimensión temporal. Los textos escritos en el país tienen como características las generalidades, es indispensable reiniciar el trabajo escribiendo las historias locales. Hacer conocer los procesos en cada valle para llegar a las interpretaciones regionales y no a la inversa.

Quienes poblaron el valle, como ahora nosotros, poseyeron estas tierras, las domesticaron, las hicieron suyas y pretendieron apropiárselas para siempre ¿Qué ha quedado de todo? Tan sólo una experiencia acumulada de la que somos herederos y que con nuestro aporte, legaremos a otras generaciones. Todo lo que somos es gracias a quienes nos antecedieron, nada se ha dado por añadidura, ha costado voluntades y sacrificios.

No podemos detener a nuestros jóvenes; pero si podemos prepararlos para su viaje. Hay que mejorar la experiencia, dejémosles partir; pero con identidad. Que lleven al mundo entero una personalidad sólida, para aportar con su madurez a la creación del nuevo hombre universal. Veámosles partir con conciencia del valor de sus raíces, que lleven siempre el estandarte de este valle; y aquellos que por vocación decidan quedarse, lo hagan para engrosar las raíces y contribuir con respuestas sabias a la solución de los problemas que cada generación tiene, con carácter de hermandad porque todos somos legatarios por igual.

La historia del valle siempre ha querido ser contada, la más temprana intención posiblemente fue de los amautas anónimos que permitieron al padre Antonio de la Calancha allá por los años del mil seiscientos publicar su "Crónica Moralizadora de la Orden de San Agustín", punto de partida para una serie de trabajos cortos de los que don José María González, diputado por la provincia de Pacasmayo, es el más importante, con su pequeño libro "Monografía de la Provincia" publicado en 1877.

Mas el primer intento por profundizar su estudio lo hizo Oscar Lostaunau Rázuri, publicando un extenso artículo en la edición especial

por bodas de oro del desaparecido diario La Unión en el año 1963; “Ubicaciones en el Tiempo-Espacio de los sitios arqueológicos de la Provincia de Pacasmayo” fruto de las exploraciones arqueológicas que demandaron toda su vida.

En esa década Uberlode Doering excavaba en Pakatnamú; luego la Universidad Nacional de Trujillo iniciaría sus trabajos científicos en Limoncarro, Pañí, Ñampol y las pampas de Charcape; y años más tarde una serie de investigadores se harían presentes, aunque por temporadas cortas.

El presente trabajo recoge esta documentación, la que con años de experiencia de campo como estudiante y arqueólogo he ido sistematizando con la intención de organizar un texto integral y el catastro del valle; pero su amplitud y especialización lo haría un poco fatigante, por lo que de manera sucinta y con carácter de divulgación lo decidimos editar, sin perder de vista que la Historia es el proceso de desarrollo de la producción social y su distribución, y por consiguiente a la arqueología le compete el estudio del desarrollo de las fuerzas productivas, como unidad de trabajo, más que la búsqueda de objetos de arte o de valor comercial.

Debo agradecer la colaboración recibida de mis alumnos y amigos a través de años de trabajo de campo y pesquizado de documentos. Asimismo las sugerencias recibidas por especialistas amigos como Oscar Lostaunau Rázuri (+), César Rodríguez Razzeto (+), Víctor Phumpiú (+) Geógrafo Zaniel Novoa Goicochea y los arqueólogos Segundo Vásquez Sánchez y Enrique Vergara Montero, al Centro de Investigaciones Arqueobiológicas y Paleo ecológicas Andinas y sus directores Biólogo Víctor Vásquez Sánchez y Arqueólogo Teresa Rosales Tham por sus contribuciones. A los periodistas Carlos Alfonso Ríos (+) y Jacinto Bazán Odar por su amabilidad en revisar el texto y de manera muy especial al Dr. Fidel Ramírez Prado, apasionado educador, cuya rectoría ha solventado mis investigaciones en el valle Jequetepeque, y cuyo entusiasmo impulsó e hizo posible esta edición.



# El río, organizador del espacio

Características orográficas ■





El centro del Valle, escenario de 120 siglos

## Características orográficas del valle

El espacio conocido como “El valle del Jequetepeque” constituye por sus características una unidad geo-económica; la misma está constituida por elementos tanto de orden natural como aquellos relacionados con la acción del hombre. Entre estos elementos el que define en primer lugar a esta unidad es el río Jequetepeque, que actúa como organizador e integrador del espacio. Al mismo tiempo constituye un territorio donde se destaca la idea de un espacio apropiado por la sociedad y producido por esa sociedad en el cruce de lógicas políticas, económicas y culturales. En consecuencia, este espacio geográfico tiene dos aspectos, es un sistema de relaciones y es un producto social, que se proyecta en una porción de la superficie terrestre que en este caso, es el valle-encrucijada entre la costa liberteña y la portada de sierra cajamarquina

El espacio que nos ocupa está situado en la región costera septentrional del Perú, entre los 7° y 7°45' de latitud sur y los 79°44' y 78° de longitud oeste de Greenwich, en una zona de transición entre el típico llano árido de la costa y el piedemonte de los Andes occidentales. Se extiende desde el litoral marino hasta la cota aproximada de 500 metros de altitud, ubicación que corresponde a la región latitudinal tropical y al piso altitudinal premontano. Comprende a las provincias de Chepén, Pacasmayo (departamento de La Libertad) y parte

de la provincia de Contumazá, hasta el distrito de Yonán (departamento de Cajamarca).

La organización del territorio en el valle del Jequetepeque es el resultado de múltiples procesos socio-culturales, políticos, económicos y ambientales. A lo largo del tiempo, estos procesos han ido transformando permanentemente la organización del espacio y la conformación de los núcleos urbanos que son hoy San Pedro de Lloc, Pacasmayo, Guadalupe y Chepén, como síntesis de un proceso que aún está en marcha.

*“Sus áreas verdes son frecuentemente interrumpidas por montes aislados y solamente llegan al mar a través de estrechas franjas que bordean el río... Históricamente, la presencia de múltiples actividades en el valle, en donde los aspectos agrarios constituyen un eje central, ha permitido desarrollar una especial vinculación entre los ámbitos urbano y rural. Así, el campo y la ciudad se han condicionado mutuamente determinando el crecimiento de la segunda y el desarrollo de nuevas actividades en éste, las mismas que en la actualidad, hacen que gran parte de la población dependa menos de las fluctuaciones del ciclo agrícola...” (Puiggros 1985:13)*

## La Topografía y las Formas de Relieve

Desde el punto de vista ecológico y atendiendo a las propiedades observadas en el medio ambiente natural, las formas del relieve se constituyen en un factor importante en el territorio del valle del Jequetepeque, en el cual



Nido de "Chilala" (*Furnarius rufus*)

Tres símbolos en el aire y la tierra:  
la chilala, la cabra y el burro



es posible identificar tres áreas con diferente topografía que representan a:

1. Zonas Planas con pendientes menores (de 0 a 5%): que ocupan la mayor parte de las áreas bajas del valle, próximas al litoral. En esta zona están comprendidas tres sub zonas: las llanuras marinas, las llanuras aluviales y las llanuras de piedemonte.

a) Llanuras marinas: son porciones de plataforma continental afectadas por la regresión marina. Son las tierras de Playa Chica, La Barranca, Los Olivares, El Milagro, que se prolongan hasta confundirse con los piedemontes de los cerros Catalina, Faclo y Chocofán.

b) Llanuras aluviales: de gran importancia espacial y económica. Se encuentran en gran parte del propio valle, en las intercuencas Jequetepeque-Chamán y Jequetepeque-Cupisnique, cuyos aluviones se funden en las proximidades de la costa y en la desembocadura del Jequetepeque.

c) Llanuras de piedemonte: son las que forman las pampas de Talambo, La Calera, de Pitura y de Guereque; en las que aparecen algunos conos de deyección. Son comunes en las vertientes de los cerros de Talambo, Tira Larga y el Yugo.

2. Las Zonas intermedias sub-montañosa: con pendientes de 10 a 15%, conformada por el conjunto de tierras altas de los cerros Catalina, Faclo y Chocofán, testimonios de la antigua cordillera de la costa; en el que alternan materiales blandos y duros que conducen a situaciones de erosión. Tienen poca significación espacial en el valle.

3. Zonas Montañosas de pendientes superiores (más de 30%): constituyen el núcleo básico de las alineaciones montañosas, ubicadas en el sector oriental del valle, a una distancia promedio de 20 kilómetros de la línea costera. Dan lugar a relieves de escarpes y acusados, suelen constituir la línea de cumbres de los cerros Cupisnique, Quebrada Honda, Talambo y Campana, que pertenecen a la Cadena Andina Occidental.

### Climatología

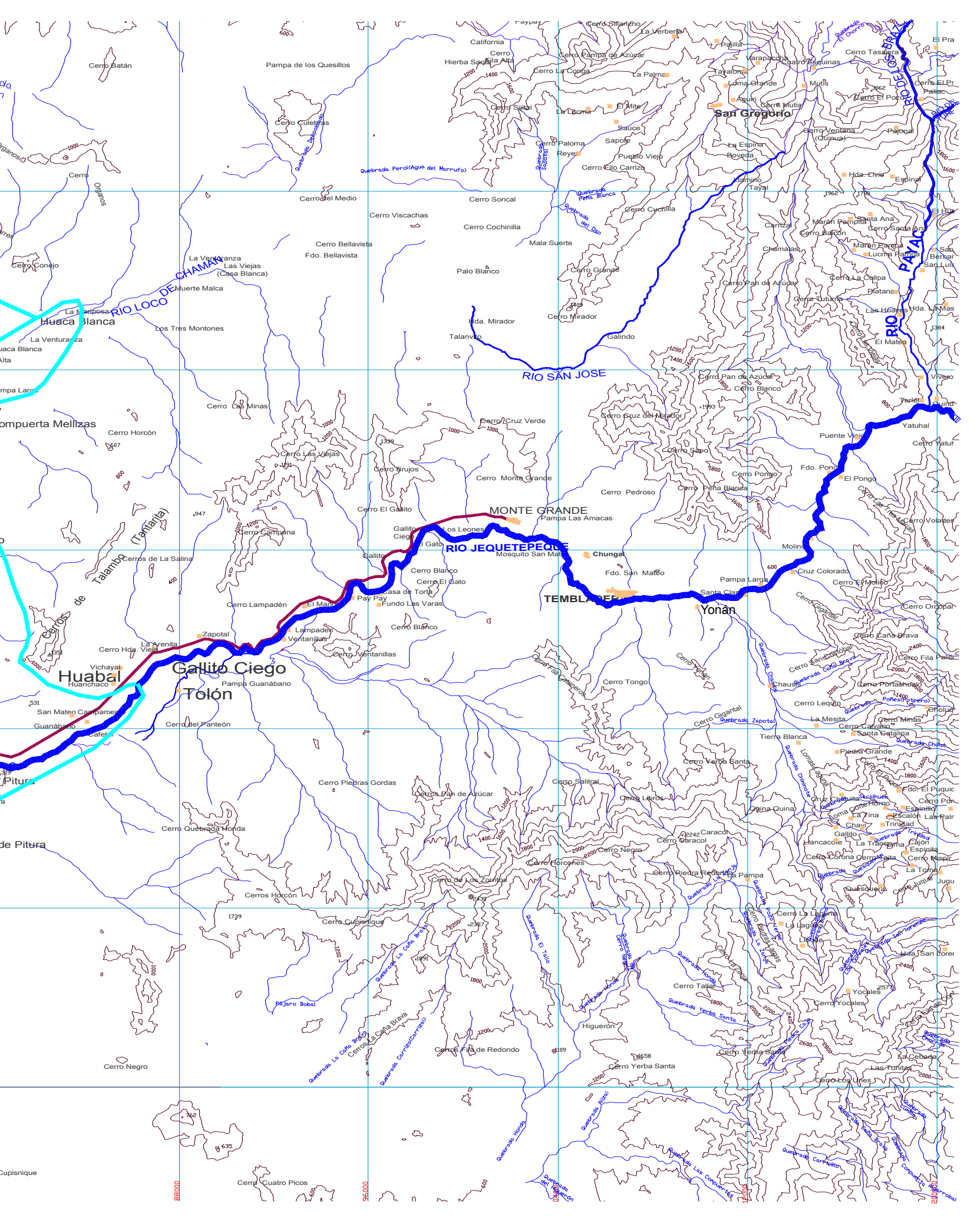
El valle del Jequetepeque se encuentra bajo la incidencia climática del Pacífico. Las precipitaciones son relativamente escasas y se deben, principalmente, a la temperatura de las aguas de la costa peruana. Las condiciones climáticas las definen temperaturas relativamente altas (23°C), escasas precipitaciones (15 mm) y vientos moderados y fuertes que desarrollan campos de dunas activas.

Las precipitaciones, escasas, se deben principalmente a la temperatura de las aguas de la costa peruana.

La velocidad y dirección más frecuente de los vientos se registra a las 13:00 horas, que es el momento en que se observan generalmente valores que varían de medios a altos. Notamos que los valores medios máximos ocurren durante el período que va de agosto a enero, registrándose en Tembladera y San Pedro de Lloc valores de 6 m/s (21,6 km/hora) con dirección sur, en Guadalupe con 10 m/s (36 km/hora) y en Jequetepeque con 11 m/s (39,6 km/hora), todos con dirección suroeste (Puiggros 1985:34).

Según la escala patrón modificada de Beaufort, estos rangos se ubicarían entre, de brisa





moderada en Tembladera, San Pedro de Lloc y San José a brisa fuerte en Guadalupe y Jequetepeque. Ilustramos esta situación, señalando que según esta escala, un viento con velocidad de 24 km/hora constituye una brisa moderada, que logra mover las ramillas pequeñas de los árboles, en tanto que un viento con velocidad de 45 km/hora es tipificado como brisa fuerte, que produce movimientos de ramas mayores en los árboles, así como el de las plantas, en el caso de cultivos.

Respecto a la luminosidad u horas de sol diarias, el registro realizado en el observatorio de la estación Talla de Guadalupe señala que el promedio anual de horas con sol abierto es de 2 313,4 horas, cifra que equivale a un promedio diario de 6,4 horas, produciéndose la mayor parte de la luminosidad en los meses de mayo, octubre, noviembre y diciembre, con un promedio máximo de 7,3 horas/día, registrado en el mes de diciembre; a su vez, el promedio mínimo, equivalente a 5,0 horas/día, corresponde al mes de febrero. Este indicador climático es de sumo interés, en especial como elemento activo y vital en el proceso de fotosíntesis de las plantas.

La precipitación pluvial media anual en el valle es muy variable y está en relación con el incremento de la altura sobre el nivel del mar, variando de 17,3 mm en Jequetepeque (20 metros de altitud) a 199,9 mm en Chilete (850 metros de altitud). Son representativos: San Pedro de Lloc (50,7 mm), Chepén (36,6 mm), Guadalupe (33,7 mm) y San José (21,3 mm).

La precipitación más alta normalmente se presenta entre los meses de enero y abril, siendo el mes de marzo el más lluvioso de todos, correspondiendo al régimen de tipo tropical.

En años normales, las lluvias se caracterizan por ser esporádicas. Inclusive en años considerados lluviosos, la precipitación ocurre sólo en un lapso de uno a cinco días, no teniendo ninguna importancia como recurso hídrico para su aprovechamiento en la agricultura. En la región de la sierra, las precipitaciones son abundantes, llegando hasta los 1180 mm y en algunas oportunidades, las lluvias continuas se producen en un lapso de seis o siete meses.

La excepción, desde luego, la constituyen los años en que se presenta el evento El Niño, cuya frecuencia o periodicidad aún no es posible establecer por falta de información, y solamente se tiene referencia histórica de los eventos de los años 1578, 1678, 1701, 1720, 1726, 1728, 1748, 1775, 1791, 1814, 1877, 1878, 1897, 1925, 1953, 1965, 1972, 1998.

Las lluvias son originadas por el desplazamiento hacia el sur de la “zona de convergencia intertropical”, de las masas de aire fresco provenientes del sur y del norte, zona de convergencia que se ubica normalmente en el Ecuador. En la ocurrencia de lluvias influye también la Corriente de El Niño, que acompaña al desplazamiento de la zona de convergencia, llegando hasta las costas del departamento de Áncash, siendo normalmente su avance solo hasta las costas del departamento de Piura.

El régimen térmico en el valle también es variable, manteniendo una relación directa con la precipitación, pues a años calurosos corresponden mayores precipitaciones; siendo el promedio representativo del valle 26,9°C. Los meses más calurosos son los que van de enero a abril, y los más fríos los de julio a septiembre.

La humedad relativa promedio en todo el valle es de 77,5%, ya que las diferencias en las distintas localidades son poco significativas.

### Formaciones ecológicas

Las características climáticas, edáficas y altimétricas del valle definen las posibilidades de la mayor o menor presencia de formaciones y especies vegetales.

Considerando la interacción de factores climáticos, como son la biotemperatura media anual, la precipitación total por año y la relación de evapotranspiración potencial (metodología empleada por la Oficina Nacional de Evaluación de Recursos Naturales O.N.E.R.N. en la confección del Mapa Ecológico del Perú), se identifican tres zonas de vida: desierto desecado Premontano Tropical (dd-PT), desierto superárido Premontano Tropical (ds-PT) y desierto perárido Premontano Tropical (dp-PT).

a. desierto desecado Premontano Tropical (dd-PT)

Comprende una franja, situada a lo largo del litoral marino, que se extiende desde la zona costera hasta los 100 metros de altitud, en el área cultivada del valle. Abarca las localidades de Santa Rosa, Pueblo Nuevo, Guadalupe, San José y las cercanías de San Pedro de Lloc, comprendiendo una extensión de 637 km<sup>2</sup> (59,3% del área del valle).

El relieve de esta zona de vida varía de plano a ligeramente ondulado en las planicies irrigadas del valle y en las pampas de Chérrepe, Río Seco y Cupisnique, haciéndose quebrado y abrupto en los cerros

denominados San Ildefonso, Santa Rosa, Huaca Blanca, Catalina, Faclo, Calera y Chocofán, los cuales pertenecen a la cordillera antigua de la costa.

Existe una vegetación natural dispersa en las pampas desérticas del litoral, encontrándose vegetación halófila, como “grama salada” (*Sporobolus virginicus*, *Distichlis spicata*, y *Sesuvium portulacastrum*), y montes aislados con arbustos y árboles como el “zapote” (*Capparis angulata*) y el “algarrobo” (*Prosopis pallida*, *P. juliflora*), entre los más representativos. La vegetación más significativa es la producida como consecuencia del riego, constituida generalmente por algarrobos y árboles frutales. En las laderas del río y en las márgenes de sus cauces crecen el “sauce” (*Salix chilensis*), el “pájaro bobo” (*Tessaria integrifolia*), la “caña brava” (*Gynerium sagittatum*), y otras especies.

b. desierto superárido Premontano Tropical (ds-PT)

Está ubicado entre las cotas de 100 metros a 200 metros de altitud. Ocupa parte del valle irrigado, así como las planicies eriazas aledañas que bordean las estribaciones de la vertiente occidental de la cordillera. Comprende las localidades de Chepén, Pacanga, Limoncarro y San Pedro de Lloc, abarcando una extensión de 428 Km<sup>2</sup> (39,9% del área del valle).

El relieve topográfico varía de plano a ondulado, en el valle irrigado, hasta ligeramente inclinado, en las planicies eriazas cercanas a los contrafuertes andinos. Estos suelos son de origen aluvial.



Su vegetación es algo más abundante que en la zona anterior. Se observa el crecimiento estacional de gramíneas efímeras, especialmente en las partes altas de Chepén y Pacanga. Igualmente se aprecia la existencia de algarrobales en áreas extensas de la zona de San Pedro, en la margen izquierda del río Jequetepeque y en la quebrada Chamán. Junto al algarrobo crece el zapote, y en las áreas húmedas, denominadas Monte Ribereño se desarrolla el “pájaro bobo”, el “carrizo” (*Phragmites communis*), el “junco” (*Scirpus sp.*), la “totora” (*Schoenoplectus californicus*), el “espino” (*Acacia sp.*), el “molle” (*Schinus molle*), los “chilcos” (*Baccharis salicifolia*) y otras especies.

c. desierto perárido Premontado Tropical (dp-PT)

Se ubica entre las cotas de 200 metros a 500 metros de altitud, en la zona de Tembladera. Comprende las áreas agrícolas del valle de Jequetepeque y de la quebrada Chamán. En esta zona está ubicada la represa Gallito Ciego y su límite inferior coincide con la antigua bocatoma de la acequia de Talambo, de donde en la actualidad parte el canal Jequetepeque - Zaña para irrigar la margen derecha del valle.

La vegetación natural está constituida por especies como el zapote, cactáceas diversas y plantas herbáceas y gramíneas que crecen durante la estación de lluvias.

## Hidrografía

El valle es una unidad morfológica de la cuenca hidrográfica del Jequetepeque, cuyas nacientes se encuentran en una pequeña laguna ubicada al pie del Cerro Agopití, en la provincia de Cajamarca, entre los 07°20' LS y 78°21' LW, a una altura aproximada de 3 800 m.s.n.m. El Jequetepeque es uno de los ríos de la vertiente occidental de la Cordillera de los Andes.

Las descargas del río Jequetepeque presentan una marcada estacionalidad en su ocurrencia; el 65% se produce de febrero a abril. El promedio anual de los volúmenes descargados por el río es de 816,49 MMC. El régimen del río Jequetepeque es muy irregular, en los meses de estiaje sus descargas pueden llegar a caudales menores de 1,9 m<sup>3</sup>/s.

Para permitir la regulación de las descargas del río, a partir de 1988, entró en operación el Reservorio Gallito Ciego, ubicado en el lecho del río Jequetepeque. La operación del reservorio ha permitido incrementar la disponibilidad del recurso hídrico, reduciendo en aproximadamente 75% los escurrimientos hacia el mar, permitiendo el almacenamiento de los excedentes de agua.

Las escorrentías anuales fluctúan entre la mínima de 87,90 MMC, del año 1979/80 y la máxima de 2 701,10 MMC del año 1998/99, casi 31 veces mayor que la mínima. Aunque la media móvil de las escorrentías anuales del río Jequetepeque, en los últimos 30 años ha oscilado entre 777,34 y 825,37 MMC, el régimen hidrológico del Jequetepeque se puede considerar como de tendencia equilibrada.



## Los caminos del agua en el Valle de la Luna



## Escorrentías del río Jequetepeque

Descripción	Total anual (MMC)	Época de estiaje (MMC)	Temporada húmeda (MMC)
<b>Serie completa (56 años):</b>			
Máxima	2 701,10	361,20	2 346,50
Promedia	816,50	142,70	673,80
Mínima	87,90	13,10	74,80
<b>Promedio húmedos (25 años):</b>			
Máxima	2 701,10	361,20	2 346,50
Promedia	1 177,10	185,80	991,30
Mínima	837,00	69,40	637,80
<b>Promedio secos (31 años):</b>			
Máxima	815,20	205,30	738,00
Promedia	525,70	107,90	417,70
Mínima	87,90	13,10	74,80
<b>Húmedos (9 años):</b>			
Máxima	2 701,10	361,20	2 346,50
Promedia	1 636,00	249,20	1 386,70
Mínima	1 219,80	117,90	1 032,60
<b>Normales (31 años):</b>			
Máxima	1 193,70	279,40	1 008,90
Promedia	821,40	140,00	681,40
Mínima	507,60	47,70	430,20
<b>Secos (16 años):</b>			
Máxima	509,40	152,90	427,00
Promedia	373,90	90,10	283,80
Mínima	87,90	13,10	74,80

El Río Seco o Chamán o San Gregorio, que corre paralelo al río Jequetepeque y está ubicado a 16 kilómetros al norte de este, tiene su propia cuenca en el pueblo de San Gregorio (Cajamarca) y en la actualidad tiene poca importancia porque lleva escasa agua al valle, ya que casi toda se utiliza antes de llegar a este. En realidad solo lleva un caudal importante en temporadas de lluvias intensas o cuando

el límite de estas se acerca al litoral. A ello debemos agregar el río seco de Cerro Colorado, que nace en las quebradas de Los Órganos y Chorroca, y que en la actualidad solo tiene cauce en temporadas de Eventos Niño, pero su cauce se mantiene hasta la bocana de Chérrepe y regaba las pampas de Chérrepe.

El área que se considera corresponde al



La célebre y romántica laguna de Mancoche, Chepén (25 de marzo, 2008)

ecosistema del Jequetepeque, en realidad comprende dos valles: el Jequetepeque y el Chamán, ya que estos ríos tienen sus conos de regadío y cuencas propias, como históricamente se observa; pero por tener el río Chamán su cuenca más cerca al litoral, con una distancia aproximada de 30 kilómetros, esta no recepciona en la actualidad suficiente agua para regar su propio espacio, por lo que el hombre al parecer desde hace mil quinientos años ha aprovechado las aguas del río Jequetepeque, canalizándolas para regar en temporadas de escasez las tierras del pequeño valle del Chamán.

Este proceso ha devenido, con el transcurso del tiempo, en la formación de una sola unidad geográfica, económica y social, resultando el Chamán o “Río Loco”, como también lo llaman los lugareños, un apéndice del valle.

El río Jequetepeque nace a la altura del pueblo de Llallán en la confluencia de los ríos Magdalena y Puches, y tiene solamente tributarios en el departamento de Cajamarca, careciendo de ellos en el departamento de La Libertad. Entre los principales tributarios tenemos: por la margen derecha, la quebrada de Payuc y Chullán; por la margen izquierda, las quebradas de Potrero, Honda, los Montes Nazarios y el río Santa Catalina, formado por las aguas del río Cholol y San Lorenzo.

En La Libertad, su orientación corre de este a oeste, dividiéndose en tres brazos para desembocar en la “Boca del Río”, distrito de Jequetepeque a 8 kilómetros al norte del puerto de Pacasmayo. De los otros dos brazos que se forman por derivación de sus aguas, uno toma la dirección noroeste hacia Chepén, Guadalupe y Pueblo Nuevo, desaguando en la “Bocana”, aprovechando el cauce final del río seco de Cerro Colorado, a 25 kilómetros al norte de Pacasmayo, el otro corre con dirección suroeste hacia San José y San Pedro de Lloc, desembocando cerca de las caletas de Santa Elena y El Milagro, a 9 kilómetros del mencionado puerto.

### Suelos

Los suelos en el valle son de origen aluvial y eólico, no presentan ningún perfil genéticamente desarrollado. El origen de los materiales transportados por el viento es el más cercano y fácilmente identificable, están constituidos por arenas finas sueltas, pobres en calcio, muestran profundos perfiles uniformes, en los antiguos se encuentra una estratificación débil, confusa según la edad y espesor de los sedimentos.

La totalidad de tierras de cultivo sistematizadas para el riego es de 36 800 hectáreas, a las que debemos sumar 4 300 hectáreas que



Vista satelital del valle Jequetepeque

son cultivadas eventualmente, 3 100 hectáreas de montes naturales y 55 800 hectáreas de terrenos eriazos, los que hacen una totalidad de 100 000 hectáreas (Saltzgitler Industriebau Gesells Charft. M.B.H. 1969 ).

Tomando la misma fuente de información, observamos que el 34,1% (34 143 ha) son tierras que por su potencialidad se califican de muy buenas y de moderada aptitud; el 20,7% (20 758 ha) de restringida aptitud; el 15% (15 019 ha) de muy restringida aptitud y el 30,2% (30 386 ha) son tierras no aptas para el riego. De lo expuesto inferimos que la totalidad de terrenos aptos son aprovechados

en la actualidad, siendo tan sólo posibles de incorporar a la agricultura 16 400 hectáreas, con el máximo aprovechamiento de los 400 millones de metros cúbicos, que es la capacidad o volumen de carga de la represa de Gallito Ciego.

El valle se ubica en una región árida en la que los suelos generalmente presentan un alto contenido de sales solubles. Esto origina que los suelos se encuentren expuestos a un serio problema de salinización debido a al sobreuso de agua en el riego, que afecta al 28% de la superficie irrigada.



Pacasmayo



Cerro Pitura, en el vértice del cono de ampliación del valle



Los barrancos y el mar, La Barranca

## El Jequetepeque: geografía de un valle con historia

Las características actuales del valle no fueron siempre las mismas. Estudios geofísicos señalan que un ramal del río Jequetepeque se desviaba hacia el noreste, a la altura de Limoncarro, y pasaba al oeste de Chepén y Pueblo Nuevo con dirección a la Pampa de Las Sandías o de Cerro Colorado, siendo el río Chamán por aquel entonces una quebrada tributaria; otro ramal se dirigía hacia el suroeste, bordeando por el sur al Cerro Masanca, con dirección hacia el actual balneario de El Milagro.

Estas grandes extensiones regadas por inundación sobre terrenos aluviónicos, favorecieron el crecimiento de una frondosa vegetación que hospedó una variada fauna. El hecho de que la formación de las pampas tenga origen en el levantamiento del suelo marino, y parte de estas estén formadas por rellenos aluviónicos, no parece haber favorecido la fosilización de animales anteriores a la llegada de las primeras oleadas humanas, allá por trece mil años antes de Cristo, aproximadamente.

La reconstrucción tentativa de este escenario es sumamente importante, porque el proceso económico social del jequetepecano se encuentra condicionado por el factor geográfico; de ahí que de la buena lectura que demos al paisaje que hospedó a nuestros antecesores dependerá la interpretación de su respuesta al reto natural del medio ambiente.

El valle actual y las pampas aledañas configuraban un solo bosque, el mismo que ha ido siendo recortado por la acción del hombre y las variaciones climáticas. Este escenario presenta cambios de manera gradual, aunque acelerados por momentos, como parece haber ocurrido.

El paisaje se ha ido modificando no sólo por las sequías, puesto que los eventos de El Niño recuperaban la flora (como lo explican las crónicas coloniales, la información de este último siglo y el dato arqueológico); sino, sobre todo, por la tala de bosques durante cuatro siglos, para ser utilizados como combustible, carbón vegetal y leña en la cocina diaria e industrias, inclusive en la fundición de metales, en la construcción de viviendas o para extender el terreno agrícola. Esta última causa ha sido la mayor en el presente siglo, especialmente desde la llegada del tractor al valle.

A lo mencionado debemos agregar, la tala para la elaboración de artefactos agrícolas, y finalmente el tendido de los durmientes del desaparecido ferrocarril Guadalupe-Pacasmayo-Chilite. Se ha calculado en veinte mil algarrobos, lo que se estima constituiría 500 hectáreas de bosques deforestados.

Algunos reportes de los primeros años de la colonia nos pueden dar una idea del paisaje de aquel entonces, como lo observaron directamente los cronistas.

Así por ejemplo, Cieza de León al recorrer los llanos de la costa piurana escribe: *“y en la espesura de los valles hay algarrobos y frutas de las de España, por los árboles y florestas andan muchos pájaros de diversas maneras, pavas, tórtolas y muchos venados..”*

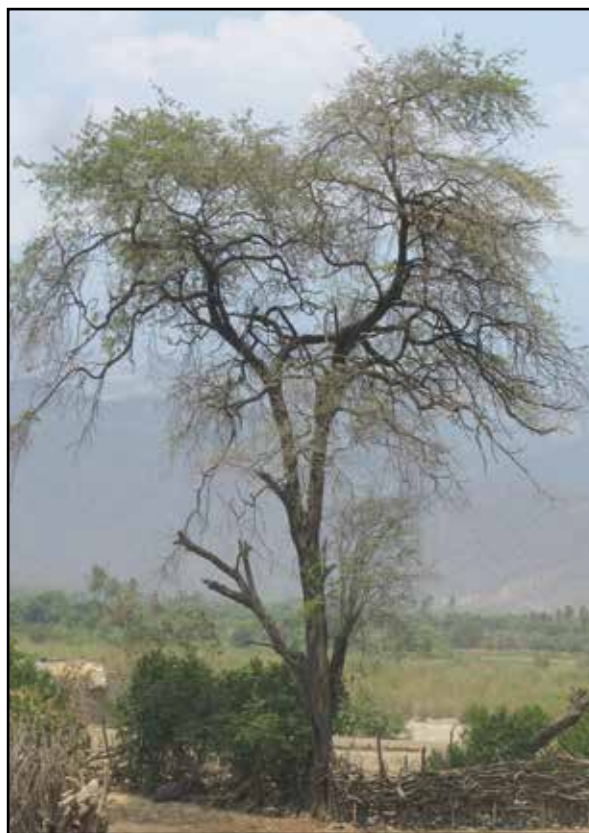
El padre Bernabé Cobo expresa: *“había 5 ó 6 especies de árboles muy parecidos entre sí, que casi todos echan unas vainas como algarrobos en Catacaos, valle perteneciente al obispado de Trujillo, junto con Chicama y Guadalupe...”*

Vásquez Espinoza relata: *“En el valle de*

*Saña mucho ganado se sustenta con el fruto de algarrobo, en el mismo valle hay noticias de un gran número de ganado por que había muchos algarrobales de que se sustentaban los animales, en especial cerdos y cabras...”*

La tala de los algarrobales ha sido practicada de manera devastadora. Ya en 1535 (casi con la fundación de Lima) el Cabildo limeño dio una ordenanza a los vecinos que tenían tierras, por la que los obligaba *“a plantar 300 sauces y otros árboles, para contrarrestar el hecho de quedarse el valle sin bosque...”*.

Al agotarse los bosques de Lima, se recurrió a los del norte, y los puertos menores o caletas se convirtieron en puertos de exportación de carbón vegetal a la capital, como refiere Lizárraga sobre el puerto de Huarney.



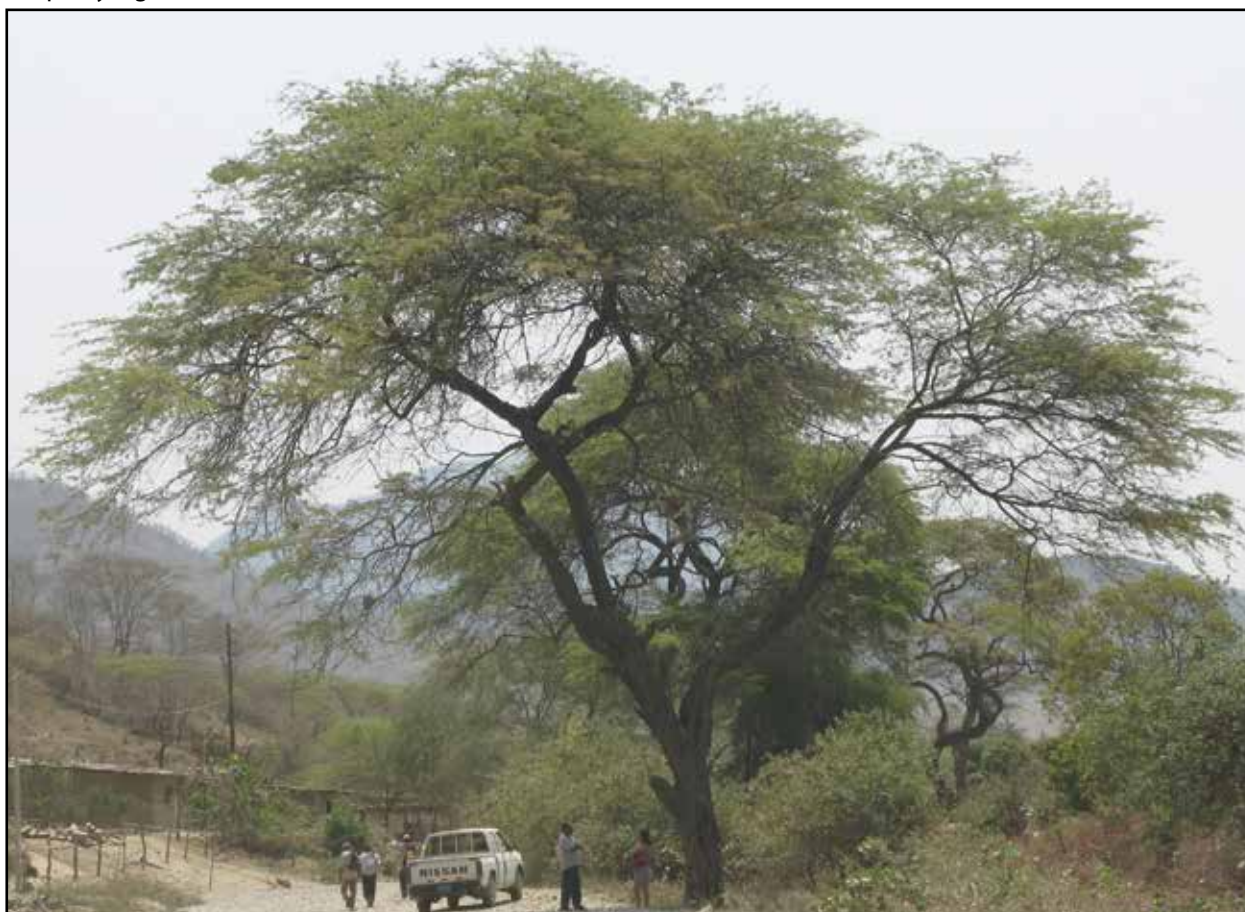
Una visión más rica nos la puede dar el Padre Calancha en su tan mencionada obra *Coronica moralizadora de la orden de San Agustín en el Perú*, al referirse al valle Jequetepeque: *“...puso Dios un valle donde los árboles suben al cielo i lo ameno cubren la tierra, donde hay frutales de sazónados frutos, unos criollos... i los que no frutifican engordan ganado que a veintena de millares de manadas cubren los campos... la florecilla que los copados i crecidos algarrobos arrojan la llamada poña cubre el campo de su sombra... engruesa los ganados, los venados i cervatillos son en la cantidad muchísimos...”*

Muchos bosques han sobrevivido hasta hace algunos años, a los que se les llamaba

popularmente “algarrobales”, como los de Talambo y Moro en peligro de extinguirse (Chepén), Cerro Colorado (Pacanga), los de Pacanguilla y Pacanga, Santa Rosa, Pueblo Nuevo, Facloy Guadalupe, Chocofán, San José, Cultambo, San Pedro de Lloc y Cupisnique. Es decir, toda persona mayor de cincuenta años puede describir con exactitud la extensión y características de esos algarrobales, los que casi han desaparecido en la actualidad.

Algunos documentos del siglo pasado señalan como áreas cubiertas por bosques casi la totalidad del valle y las pampas al norte de Cerro Colorado conocidas como Montesecco, próximas a Zaña (Lostaunau, Heling 1977: 411), lo que nos explica la presencia de pue-

Faiques y algarrobos







Entre el tablazo y el mar, los arrozales de Faclo Grande

blos, cementerios y edificios en las partes hoy marginales del valle o en áreas desérticas.

En síntesis, el valle actual es resultado de una intensa y significativa acción humana para conquistar los conos de deyección o espacios correspondientes al río Chamán y al río de Cerro Colorado, pequeños tributarios que formaron parte del ecosistema de la costa y que, por su condición de regantes esporádicos, cedieron sus áreas potencialmente agrícolas a los campesinos del Jequetepeque, terminando anexadas y conformando una unidad agrícola cultural.

Existen dos momentos históricos en el proceso de evolución del ambiente en el valle. El primero, el natural, milenario, donde los estratos arbóreos estaban compuestos por los algarrobales y espinos (*Acacia tortuosa*, *Acacia macracantha*), con una distribución no

homogénea de los biotipos, teniendo mayor concentración en la zona denominada desierto superárido Premontano Tropical (ds-PT), que, como se dice líneas arriba, está ubicado entre las cotas de 100 metros y 200 metros de altitud y las planicies eriazas aledañas que bordean las estribaciones de la vertiente occidental de la cordillera. Comprende las localidades de Chepén, Pacanga, Limoncarro y San Pedro de Lloc. Este paisaje albergó a las primeras familias que debieron llegar al valle hace quince mil años y fue el escenario en el cual se desarrolló la cultura aborigen.

El segundo momento de cambio en el paisaje corresponde al período comprendido entre los siglos XVI y XX de nuestra era, en que se inicia la deforestación y la ruptura del equilibrio o cadena biológica. Basta pensar que la construcción de tan sólo los templos y conventos de Guadalupe y Zaña necesitaron millo-



Río Chamán, Chepén (25 de marzo, 2008)

nes de huevos para la argamasa o pegamento de los ladrillos: “el calicanto”, cuya mezcla comprendía cal, arena y clara de huevo. Pero básicamente es en el último siglo, que la parte media o central del valle, milenariamente inundada por las avenidas o descargas veraniegas del río y cubierta por un estrato vegetal propio de zonas húmedas, fue conquistada para la agricultura intensiva y comercial, para lo cual se tuvieron que arrancar, con el tractor y la dinamita, a los algarrobos que se habían erguido durante miles de años.

Los estratos vegetales bajaron su altura y los espacios verdes disminuyeron sus áreas de bosques milenarios. Sólo quedan relictos testigos en quebradas escondidas. Las arenas fueron cubriendo los antiguos surcos y sepultando los cauces de los canales de riego de los yungas, convirtiendo esas venas de vida en las ahora pampas marginales del valle.

Los pobladores de Moro en Chepén, Mazanca y Cañoncillo en San Pedro de Lloc los defienden estoicamente de las hachas, y nos miran reclamando su defensa. Los inmensos algarrobales de Pacanga, Pueblo Nuevo y Santa Rosa, Talambo, Chocofán, Verdún, de Faclo y Cerro de La Virgen en Guadalupe, de los que soy testigo porque jugué por ahí cuando niño, ya no existen. Con ellos se fueron pájaros cantores, iguanas, zorros, hurones, cañanes y lagartijas, culebras coralillo y sancarrancas, avispas matatoro y san jorges, abejas, tábanos y arañas, murciélagos y ratones, tigrillos. Dicen que por ahí los “carbunclos” aparecían en las noches con sus luces encegecedoras que les salían de la frente, y hasta hay quienes afirman haber visto a los zorros en noches de luna, bailar en círculos, erguidos y aplaudiendo; yo sólo he visto esta escena en un ceramio chimú en el Museo de Yositaro Amano, en San Isidro, Lima.



# 2

La economía de caza

---

## El apogeo de las lanzas

Los primeros habitantes del valle ■  
(15 000 - 7 000 años antes de Cristo)



## Los Primeros Habitantes del Valle

El medio ambiente siempre se ha estado modificando por la intervención de una serie de factores, uno de los cuales tal vez el de mayor influencia, es el *movimiento de precesión* que ocasiona un balanceo del globo, notorio en los polos, y que tarda veintiocho mil años en completar su círculo, vale decir, catorce mil años de un extremo a otro. De ahí que se registran una serie de cambios lentos, graduales, pero notorios en miles de años, ya en la orografía, climas, fauna y flora natural, sin la intervención del hombre.

En líneas generales, hace dieciocho mil años, el medio ambiente andino se caracterizó por el retroceso de un gran avance glaciar que ocupaba las partes altas de los valles interandinos y ha dejado en las partes bajas sus antiguas morrenas frontales. En estas condiciones ambientales más propicias, se hospedaron las primeras oleadas humanas (paleolítico medio andino) cuyos restos son aún tema de discusión.

Pero hace doce mil años, durante el Tardío Glaciar, se presentó nuevamente un recrudescimiento del frío y la humedad y el hielo ocupó los auges glaciares hasta más o menos 4 500 metros de altitud, es decir, la región de punas y mesetas que se localizan en la zona central y sur del Perú. Luego se manifiesta un rápido cambio climático, estableciéndose el ritmo de las

estaciones y elevándose las temperaturas, dando lugar a lo que se conoce como el *Optimum Climaticum*, estación cálida con precipitaciones abundantes y buena insolación que alternaba con una estación seca.

En el *Optimum Climaticum*, la pluviosidad sobre la vertiente del Pacífico fue intensa. Nuestras investigaciones en Barranca, Supe, Huarmey, Casma, Chao, Chicama, Mocan, Cupisnique, Pacasmayo, Zaña - Guadalupe, pampas de Mórrope y Olmos, Sechura y lomas de Plateros y Cabuyal, Tumbes, nos señalan un notable cambio ecológico. La presencia de fauna (hoy extinguida) con cronologías absolutas y relictos vegetales nos orienta a pensar en ambientes húmedos holocenos en los actuales desiertos, que en sucesivos momentos fueron valles pequeños ocupados por el hombre durante un tiempo prolongado.

El estudio de los desiertos nos indica una sucesión de tres límites de lluvias, a decir de las cuencas o quebradas colectoras de los ríos secos y de los actuales. El primer límite o más antiguo se encuentra entre los 15 y 20 kilómetros del litoral actual, en el desierto; esta línea de descarga permitió la formación de 80 ríos de cuenca costera, conocidas generalmente como quebradas, pero que son drenes de las lluvias o forman parte del ecosistema de El Niño. En estas cuencas se registran restos del hombre cazador paleolítico costeño conocido como Paijanense (10 000 años AP). En el segundo límite se registran 40 ríos cuyas cuencas se encuentran entre los 30 ó más kilómetros del actual litoral y que en temporadas de lluvias intensas, cuando estas descargan en las primeras estribaciones, vuelven a tener caudal durante unos días; en estas cuencas se suelen

encontrar restos de pueblos horticultores, experimentadores de agricultura dedicados a la recolección de bosque y marina (5 000 años AP). Finalmente están los ríos que dan vida a los valles actuales.

Las cordilleras presentaban redes de lagunas pequeñas, entre los tres mil y cuatro mil metros de altitud, formadas por los depósitos de los deshielos en las depresiones naturales durante el retroceso de los glaciares.

Los vientos húmedos permitieron el desarrollo de una flora en las faldas de los espolones y primeras estribaciones de la cordillera frente al Pacífico, así como de una vegetación de lomas que como manto herbáceo permitía la existencia de abundantes y variadas especies animales.

La temperatura oceánica, unos grados más alta, elevó el nivel del mar tres o cuatro metros por encima del nivel actual, invadiendo las partes más bajas de los valles y bloqueando el manto freático que se ubica detrás del cordón litoral, provocando la formación de pantanos, lagunas, albuferas y manglares.

Debido a la disminución de la circulación atmosférica general (dice Oliver Dollfus) el dinamismo del Anticiclón del Sur, que actualmente rige nuestro clima, debió ser menor; lo que probablemente tenía como consecuencias: una atenuación de los movimientos de las masas de agua fría cerca de la costa, la disminución de la fuerte subsidencia del ribete oriental del anticiclón, y por consiguiente la desaparición de la inversión térmica, la que provoca actualmente la formación de la capa de nubes que cubre la costa durante la mayor parte del año.

A consecuencia del desplazamiento, ligado al enfriamiento de las áreas parcialmente heladas en las latitudes medias y altas del Hemisferio Norte, así como del debilitamiento de las altas presiones que redujeron el vigor de los Alisios con la consiguiente disminución del aporte de las aguas frías cerca de la costa, la llegada de las aguas calientes del norte debió producirse con más frecuencia, bajando más al sur de lo que episódicamente lo hace la Corriente de El Niño.

Si la temperatura media de las aguas del fondo del Pacífico era, como consecuencia del enfriamiento del Antártico, de 2 a 3 grados más baja que en la actualidad, es probable que cerca del litoral peruano las capas estuvieran más calientes, caracterizándose entonces el clima de la costa por un soleado más considerable, por contrastes térmicos más acentuados debido a una mayor sequedad del aire, por la desaparición de la capa de stratus que desempeñó el papel de un volante térmico, y también por precipitaciones violentas aunque espaciadas.

La humedad y las precipitaciones pluviales en la costa, con la desglaciación en las altas montañas, facilitaron el desarrollo de una flora que se encontraba cubriendo casi la totalidad del territorio andino actual, a excepción, claro está, de las áreas cubiertas por los casquetes glaciares.

De todo lo dicho nos hablan las morrenas descubiertas en los valles y mesetas, los fondos de las lagunas y lagunillas en las márgenes de los antiguos glaciares desaparecidos, los ríos de cuenca costeña, los bosques y relictos en las quebradas ocultas de los desiertos o en las pampas abiertas del norte, los relictos selváticos en la sierra oriental, y, por si fuera



Límites de lluvias, basados en los restos arqueológicos de cronologías sucesivas

**Leyenda**

- Primer límite
- Segundo límite
- Límite actual





Un heroico algarrobo en la Piedra Escrita, río seco de Cupisnique



Río seco de Cerro Yugo



Vivienda ("biombo") del paijanse, pampa de Cerro Yugo

poco, la estrecha asociación de todos estos lugares con artefactos y otras huellas del hombre que pernoctó en el lugar desde hace más de doce mil años.

A estos aportes geográficos y arqueológicos debemos sumar los inicios de las investigaciones de la Biología Marina en el país, cuyos datos, a partir de los restos de moluscos y peces, nos hablan de movimientos de corrientes marinas como la de El Niño o el desarrollo temporal de especies al serles propicios climas cálidos, húmedos o fríos que se han ido alternando. Gracias a estos aportes se van definiendo y delimitando con mayor aproximación las características geomorfológicas, climatológicas y ambientales de los Andes Históricos.

El litoral no presentó siempre las características orográficas que hoy le conocemos. Diez mil años atrás, los deltas de las desembocaduras actuales tenían una serie de desembocaduras menores desprendidas a su vez de los brazos secundarios de los ríos en su trayecto hacia el mar. En líneas generales, el límite de lluvias se encontraba a menos distancia del litoral, descargando estas en las primeras estribaciones andinas, áreas donde, como hemos dicho, se pueden observar las cuencas y cauces de pequeños ríos que reviven en momentos de lluvias intensas.

Volviendo al valle Jequetepeque, el litoral hoy desértico estaba por aquel entonces cubierto de vegetación de lomas, existían bosques de "algarrobos" (*Prosopis pallida*, *P. juliflora*), y "espinos" (*Acacia will,* ?, *Acacia peniculata w. ?*, *Acacia macracantha?*), el mar estaba retirado unos cientos de metros en las partes bajas de las pampas. A todo ello debemos agregar la presencia del río

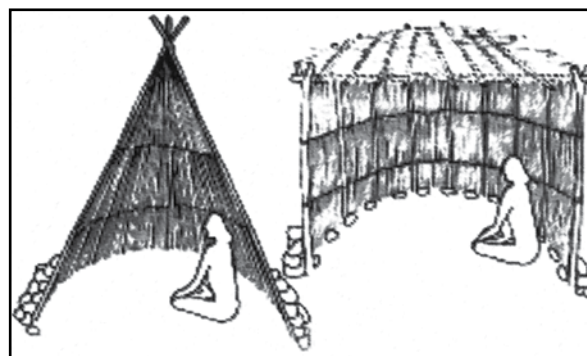
Cupisnique flanqueando la margen izquierda, que traía agua con regularidad y desembocaba más al sur de San Pedro de Lloc, muy cerca a Puémape.

El valle de Jequetepeque estaba cubierto por bosques que se extendían abarcando las partes húmedas, regadas por los ríos y sus ramales en su recorrido hacia el mar, en cuyas zonas marginales afloraban pequeños bosques entre las abras, quebradas y conos de deyección de los riachuelos que nacían en períodos de lluvias intensas. La vegetación de lomas renacía en el invierno, verdeando las faldas occidentales de las primeras estribaciones y las pequeñas cadenas de cerros y colinas que se aproximan al mar.

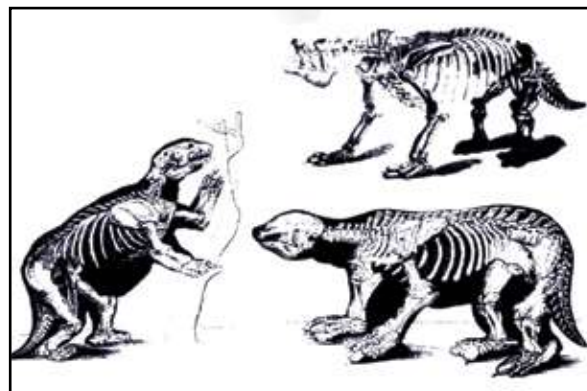
Tal era el paisaje que hospedó a los primeros hombres que llegaron. Hombres adscritos a una economía de caza y recolección, que supieron responder por aquel entonces al reto de la sobrevivencia de manera adecuada.

Pero, ¿cómo eran estos hombres?, ¿de dónde provenían?, ¿cuál era su camino?, ¿cómo era su vida cotidiana? Grandes interrogantes que deben ser respondidas, ya que hasta hoy las investigaciones no han abordado debidamente esta formación económico social.

Existen evidencias que demuestran que hace doce mil años los Andes ya hospedaban bandas de cazadores paleolíticos, cuyos instrumentos más característicos son artefactos de piedra tallados a percusión y retocados a presión, con los cuales se enfrentaban a los animales y les daban muerte para aprovechar su carne y piel. Sus artefactos más representativos son las puntas de lanza de diversos tamaños y formas, posiblemente asociadas al tipo de animal y técnicas de caza desarrolladas, además de



Reconstrucción tentativa de una vivienda



Megaterium. Restos en Cupisnique



Cráneo de caballo (Equus andium), pampa de Cerro Yugo



# Despellejador



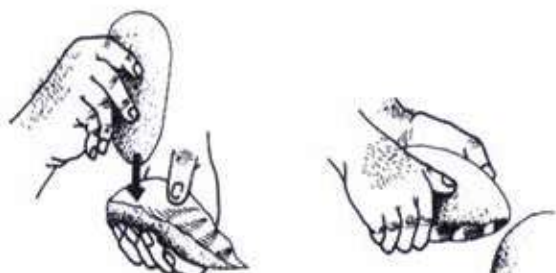


## ¿Paleolítico medio en el Valle?





Talleres líticos, pampa de Cerro Yugo



Técnicas de tallado a percusión

otros instrumentos complementarios como raederas, navajas, despellejadores, piedras para hacer fuego, etc.

La experimentación y recolección vegetal y marina o fluvial fue también una actividad que ocupó un lugar importante y debió ser practicada casi a diario, constituyendo parte básica de la alimentación. Aunque asociadas a esta época se han encontrado vértebras de pescado, es posible que ellas sean producto de recolección y no de pesca con anzuelos, pues no se evidencia aún el empleo de estos. Todo supone especialización; pero no de actividades excluyentes, sino complementarias y concurrentes, ya que en este proceso la fuerza de trabajo intervino de manera individual y colectiva, organizada de distintas formas de cooperación que les permitió evolucionar en el plano económico y social y lograr una cohesión interna gracias a la unidad de producción y fortalecimiento de la tradición.

El patrón de asentamiento de estas bandas dispersas estuvo dado por campamentos al aire libre o biombos, abrigos estacionales y cuevas, que les da características de nomadismo, aunque el descubrimiento de grandes centros como Chivateros (Lima), Paiján-Cupisnique (La Libertad), Ilaló-Inga (Quito, Ecuador) Viscachani (Bolivia) y otros, permite suponer que eran en conjunto sedentarios, aunque realizaban pequeños desplazamientos permanentes desde un extremo a otro de una región determinada e instalaban un campamento central con alguna gente perenne, sin que por ello constituyera un asentamiento permanente.

Sus instrumentos están básicamente representados por los proyectiles de caza, cuyas formas determinantes son las puntas

foliáceas, pedunculadas y escotadas, de caras talladas a presión y de bordes ligeramente aserrados, además de instrumentos cortantes como los despellejadores y navajas, trampas, buriles e implementos incipientes.

La forma de cooperación característica es la caza mayor, determinada por un sistema de trabajo común. En el entrapamiento participaban los adultos, mujeres y ancianos como batidores, y los jóvenes como cazadores. Además, había formas de cooperación simple restringida, practicada en la recolección, la pesca, la caza de animales pequeños y tal vez la crianza, que eran actividades individuales.

De esta forma de cooperación y de las condiciones del medio dependía el tamaño del grupo como unidad de producción, en la que de manera general la caza desempeñaba un papel esencial en la ubicación y desplazamiento de la aldea; de ahí que el territorio común de la aldea se define como un territorio de caza. Luego la caza implicó el uso de dos medios de producción: *el territorio* y los *instrumentos* o puntas de lanza. El primero estaba constituido por las áreas o hábitat de los animales a cazar, considerados como propiedad colectiva. Los instrumentos, si bien eran propiedad individual de uso, dentro de su proceso de producción eran colectivos, ya que el trabajo de ubicación de canteras, la fabricación de bifaces y otras formas de cooperación debieron ser actividades de todos, excepto tal vez el trabajo final del instrumento, que requiere, además de experiencia, habilidades natas de tallador.

A nivel de organización debió darse la familia nuclear conformada por miembros consanguíneos. El tamaño del grupo estaba condicionado por la eficiencia técnica, es decir, por los miembros que la unidad requería para



Núcleo de talla (riolita) y percutor



Preformas: proceso de talla a percusión



Fragmentos de puntas de lanza, que prueban la cacería en las pampas de Cupisnique



Despellejadores (Basalto)



Punta de lanza, Cupisnique

cazar y recolectar, y por la eficacia social, que corresponde al papel que desempeñaban las relaciones en el proceso de producción, apropiación y distribución de los recursos. Esta etapa abarca desde la llegada del hombre al valle hasta el advenimiento de las sociedades de economía marina y de horticultores recolectores experimentadores (VII milenio).

Gracias a un medio favorable aquellos cazadores, no tuvieron dificultades en procurarse alimentos, si se considera que, aparte de los productos de recolección, la riqueza de la fauna les había permitido aprovechar estos recursos en forma selectiva, con suficiencia hasta para permitirse un comportamiento lúdico en la cacería de grandes y medianos herbívoros andinos; a ella se añaden las fuentes alimentarias de la costa, con las magníficas posibilidades que brindaban el mar, la fauna y flora silvestre de los numerosos valles y oasis.

Los restos líticos que se encuentran en el valle de jequetepeque no son de características exclusivamente locales, sino que están emparentados a una cultura del Paleolítico Superior denominada Paiján, que se extiende desde Huarney (hay datos aislados en Lima e Ica) por el sur a Olmos por el norte. Con génesis en la región nor costeña, los pasos previos de la cultura Paiján deben encontrarse en estos valles. En tal sentido, la presencia del hombre podemos señalarla de manera tentativa en quince mil años atrás. Llegando con un bagaje cultural simple, expresado en la talla de instrumentos líticos trabajados a percusión y en sus habilidades cazadoras, fue desarrollando técnicas de tallar la piedra hasta lograr elaborar bellas puntas para sus lanzas, las que alcanzaron la perfección en sus proporciones.





Punta de lanza fracturadas, Cupisnique

El registro de puntas de lanza de piedra de hasta veinte centímetros de largo (mientras que por aquel entonces en los Andes eran características las puntas foliáceas de un máximo de seis centímetros) y el registro de diferentes tipos de proyectil con cronología común nos hablan de una alta especialización cazadora, del gran momento, del apogeo, en que el hombre se enseñoreó sobre el valle con su lanza cazadora y paseó dominando el escenario.

No existen excavaciones para revelar más detalles acerca de esta época; todos los restos encontrados son talleres ubicados en la superficie, donde se elaboraban los instrumentos requeridos por la comunidad, como los de Cupisnique, Pampas de Pacasmayo, Cerro Santa Rosa (río Chamán), Cerro Colorado y Talambo (Chepén).

Si las condiciones ambientales del valle fueron distintas a las nuestras, se debe deducir que también lo fue la fauna que lo poblaba, la que a su vez condicionó la organización, relaciones y conducta diaria de los miembros de la banda.

Si bien los estudios de paleofauna andina aún son muy escasos y no existen evidencias directas de que el hombre aprovechara plenamente los recursos faunísticos, sí podemos afirmar, por los restos óseos registrados en las pampas de Cupisnique, tan cercanas al valle Jequetepeque, que en la región se hospedaron cérvidos (*Odocoileus sp.*), caballos (*Equus andium*), megatherium, llamas (*Lama glama*), mastodontes (*Haplomastodo proboscídeo*), tigres dientes de sable (*Smilodon*), puercos de agua (*Nechoerus*), scelidotherium, gliptodontes o armadillos phampatheriomo “gigantes”, milodontes, osos, entre los

mamíferos más grandes, pero además una diversidad de aves, roedores como la vizcacha (*Lagidium peruanus*), reptiles como la lagartija (*Teiidae*), iguanas (*Iguanidae*), cañanes (*Dicrodonof gutulatus*), zorros (*Lycalopex sechurae*), caracoles terrestres (*Scutalus sp.*) y variedad de peces, de las cuales el hombre se aprovechó desarrollando técnicas de recolección, entrapamiento y caza apropiadas.

Se trataba de una fauna variada y rica, tras la cual se movían las bandas, reproduciendo generacionalmente sus instrumentos más eficaces.

En este medio el hombre desarrolló una economía que como hemos dicho, se sustentaba en las técnicas de caza ya individual o grupal, de recolección de bulbos y frutos, crustáceos, moluscos y peces que eran varados en las playas (a consecuencia de cambios de temperatura o de ingresos de cardúmenes nocivos), entre los que se pueden mencionar, se registran en la actualidad, a la pintadilla (*Cheilodactylus sp.*), lisa (*Mugil sp.*), mojarrilla (*Stellifer minor*), cachema (*Cynoscion sp.*), bagre (*Galeichthys peruvianus*), suco (*Paralonchurus peruanus*), corvina dorada (*Micrapogen altipinnis*), corvina (*Sciaena gilberti*).

Estos peces marinos, cuyo hábitat no es la orilla de la playa precisamente, por la rapidez de su locomoción no se pueden pescar con arpón, pero hay quienes interpretan ligeramente, por el hecho de haberse encontrado huesos de peces en tumbas de cazadores, que las lanzas servían para “cazar pescados”.

Su economía era de autosubsistencia y estaba caracterizada por la homología entre





la unidad de producción y la de consumo. Es decir, la unidad productiva es a su vez la unidad de consumo en un mismo sistema de relaciones, donde el territorio y la vivienda son propiedad común y los instrumentos (lanzas, dardos, cuchillos, hondas) de pertenencia individual. En suma, era una economía ligada a sus necesidades cotidianas.

En este medio ambiente natural, rico en animales y plantas, el hombre tuvo que aprender a servirse de ellos. Algunas plantas eran básicas para su alimentación y también para los animales que gustaban de ellas, quedando ambos restringidos a su distribución.

El hombre estaba limitado a lo que podía cazar y recolectar, por una biomasa bien distribuida en el territorio al que llegaba. La historia del hombre durante estos años es la historia de su habilidad y creciente destreza para apropiarse de alimentos, ya que aún estaba a merced de su medio.

El mundo del cual obtenía su subsistencia era el natural, y tal mundo lo formaban el sol, el viento, el agua y la tierra con su flora, fauna, rocas y su gente.

El rito y el arte son indivisibles en estos grupos. Dentro del contexto de una religión animista, el arte es mágico y su plasticidad no fue creación del artista, sino que obedece a un equilibrio que responde al desconocimiento de las fuerzas naturales, siendo su más temprana manifestación la pintura rupestre, donde los ritos propiciatorios debieron prevalecer.

El medio ambiente condicionó su vida de diversas maneras, dándole abundancia u obligándolo a prescindir de algunos elementos, forzándolo a buscar un sustituto delimitando

su medio por la distancia que podía recorrer en una ronda de caza, recolección y aprovechamiento del material que pudiera requerir. De aquí resulta que es imposible elaborar un cuadro muy preciso de su economía y comportamiento social, si no se considera el medio ambiente sobre el cual actuó orgánicamente, aunque fuera de manera incompleta.

Nos es factible con esta experiencia, ingresar a los cauces de los ríos secos para encontrar instrumentos paleolíticos en la costa, revisar programas satelitales por Internet o leer fotografías aéreas e interpretar el rosario de lagunas o fondos de éstas, para explorar con grandes posibilidades de encontrar restos del cazador paleolítico.

Así, hace diez mil años, el valle estaba ocupado por bandas con economía cazadora recolectora, lo que les permitió desarrollar una forma de vida plenamente satisfactoria y una relación equilibrada entre la biomasa, habitantes y medio ambiente natural.

Eran grupos de 20 ó 30 miembros que pasaron de la simple recolección y entrapamiento, de miles de años atrás, al enfrentamiento con los grandes herbívoros y carnívoros andinos, enriqueciendo su dieta, desarrollando la estructura de sus relaciones, mejorando sus condiciones de vida y hasta aprovechando y manejando su economía reflejada en una superestructura jurídica política instituida en la conducción de una banda, dirección no traducida en poder ni acaparamiento, cuya comprensión del medio ambiente estuvo inmersa en un mundo animista.

En otras palabras, asumieron la vida como un hecho integral, equilibrado, donde todos los elementos piensan, aman y sienten



Dardo de cuarzo, pampa de Cupisnique



Dardo de reolita, pampa de Cupisnique



A



B



C

En la piedra hay dormida una voz cristalina, quizá voz del origen,  
cada vez más lejana de todo lo que existe...

Julio Garrido Malaver  
*La Dimensión de la Piedra*



A. Acorazonada | B. Dardos de cuarzo cristalino | C. Bordes rectos | D. Bordes biconvexos

# La roca natural del suelo prolongada en arquitectura. Lo artificial continuando lo natural.

Ernesto Cardenal  
*El Secreto de Machu Picchu*





humanamente; en el que el cerro, las plantas, los animales, el agua, el viento, es decir, lo que observa, no lo rodea enseñoreándose, sino que constituye una cadena, un todo igualitario, donde las diferencias son de forma, cuyas “almas” trasmigran para apoyarse, en defensa o atacando. Es el germen de lo que siglos más tarde constituiría las bases de nuestra medicina andina, de la filosofía de nuestros médicos.

Estas pequeñas células sociales, moviéndose a lo largo del litoral y subiendo por el valle hasta las cabeceras del río, tras la presa y la recolección de frutas y raíces, aprovechando peces y otros recursos marinos y fluviales, fueron acumulando experiencias con las que respondían al reto del medio apelando a su capacidad creadora.

Fueron hombres que se hospedaron y recorrieron con mirada escudriñadora, palmo a palmo, todo el valle, comenzando a domesticar una serie de animales y plantas que se han heredado y se continúa legando a las nuevas generaciones.

La información obtenida nos inclina a imaginarlos en momentos de descanso, tras la fatigada cacería, en sus noches con fogata defensiva o asando el alimento común, donde el pronombre “mío” no tiene pronunciación.

Eran grupos sociales cuya principal característica de vida fue la armonía entre sus miembros y de estos con el medio ambiente.

Así vivieron durante miles de años, dejando sus más antiguos restos en el valle, estos antepasados nuestros de cuyas experiencias somos aún legatarios.







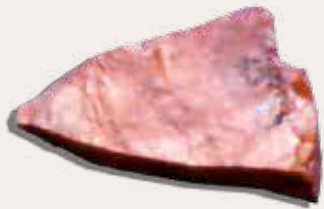
# 3

## La economía autárquica

---

# Quando todos eran hermanos frente al mar

Los pescadores y aldeanos ■  
experimentadores  
(6000-1700 años antes de Cristo)



## Los pescadores y aldeanos experimentadores (6 000 - 1 700 años antes de Cristo)

Según parece, las condiciones ambientales comenzaron a modificarse hace nueve mil años. En la costa se inició un acelerado proceso de desertización. Las lluvias se fueron haciendo cada vez más espaciadas y su límite de descarga avanzó hacia las primeras estribaciones andinas, a treinta kilómetros aproximadamente del litoral actual, los glaciares retrocedieron a los cinco mil o más metros de altitud, volviéndose las condiciones ambientales en la sierra más propicias para la vida de los hombres.

Se hace manifiesta la ocupación de la región costeña por bandas braquicéfalas de vida semisedentaria, cuya actividad prioritaria fue la recolección silvestre y el aprovechamiento de los recursos marinos por entrapamiento, pesca o simple recolección, gracias a un mar rico en especies como el nuestro.

Las bandas cazadoras-recolectoras que se enseñorearon en el valle debieron modificar su economía y el marco de su organización y relaciones, como ocurrió también en el litoral, aunque algunas continuaron en la cordillera con su formación social o combinando esta con nuevas formas, que, por no tener una dinámica propia e innovadora, subsistieron de

manera segmentaria dentro de la nueva economía dominante.

Establecidos en las lomas del litoral y en las desembocaduras del cauce principal y cauces secundarios de los ríos de cuenca andina actuales y en los que nacen a treinta kilómetros del litoral que episódicamente tenían caudal, o en las áreas húmedas de los valles interandinos, especialmente en terrenos abrigados cercanos a las lagunas, los braquicéfalos se ocuparon de organizar una nueva economía y adaptar otros instrumentos de producción, desarrollando nuevas tradiciones, de acuerdo a los diversos ambientes, oportunidades, descubrimientos e invenciones.

El poblador del valle, semisedentario, ante la variación climática y las cada vez más espaciadas temporadas de lluvias, imposibilitado de subsistir de la caza, desarrolló en el litoral la pesca y recolección en respuesta al nuevo medio; mientras tanto, en las partes húmedas, por filtración o empozamiento o desbordes del río y en especial en las zonas donde los cauces secundarios se unen o salen del cauce principal, se ubicaron las pequeñas aldeas horticultoras, domesticando plantas y experimentando la siembra, estudiando además los hábitos de los animales sobrevivientes para domesticarlos.

Estas adaptaciones desarrollaron economías de pesca y recolección que constituyeron la mejor alternativa para alcanzar el primer nivel de sedentarismo registrado y un desarrollo continuo que culmina antes de la invención de la cerámica y el desarrollo de la agricultura, hace poco menos de 3 600 años.

Por aquel entonces, el litoral ofrecía mayores posibilidades para la subsistencia, sobre-



# El eterno y generoso mar de Puémape



saliendo la pesca como economía dominante, mientras que en el interior del valle y en los valles interandinos, uniendo a la recolección y la caza, las aldeas experimentaban la producción de alimentos vegetales y la domesticación de camélidos y del cuy (*Cavia porcellus*).

Sedentarismo para esta formación social no es sinónimo de residencia en un sitio heredado y legado a su vez, sino la residencia en un territorio común y amplio dentro del cual, siempre en torno a lugares ejes de la comunidad, las familias se trasladaban por diversos motivos, pero siempre respetando linderos ya demarcados consuetudinariamente con grupos vecinos o por accidentes geográficos que facilitaban su reconocimiento.

Pero además la crianza de animales desarrolló un nuevo valor: el ahorro. Años atrás, la naturaleza propicia ponía a su disposición el recurso animal que se obtenía mediante un esfuerzo individual o colectivo, conservándose el producto por un corto tiempo.

Con el pastoreo, el valor del ahorro se traduce en la obtención de energía para el transporte, la disposición programada para el sacrificio del animal y el empleo de subproductos de manera regular; pero este ahorro no constituyó aún propiedad privada individual, ya que la comunidad autárquica es propietaria de todos los bienes, de ahí que el sistema de linaje es el apropiado y el que responde de manera adecuada a esta formación social.

Los bienes producidos son de la familia extensa y su repartición se hace por intermedio de los mayores quienes velan por todos los bienes y los miembros del linaje. Cuando un animal es sacrificado son estos quienes reparten con equidad.

La pesca, en cambio, si bien permite identificar de manera inmediata el producto con la habilidad de uno o todos los pescadores, no desarrolla el valor del ahorro. Este recurso depende de la naturaleza andina y del litoral, y como se sabe, históricamente esta ha sido benevolente. De ahí que el consumo es diario, aunque los aldeanos hayan tenido que trasladarse diariamente varios kilómetros para aprovisionarse de peces.

La pesca ofrecía sí un valor que se puede traducir en excedente de tiempo libre, que posibilita el paso de la comunidad primitiva nómada a la sedentaria y con ello la elitización de los especialistas y la estructuración de una nueva organización social, manifiesta en la construcción de edificios al servicio de la comunidad, y de viviendas para los especialistas en el rito.

Un instrumento, el anzuelo, revolucionó la conducta del hombre de manera tan importante que modificó su sistema de vida, convirtiéndolo de nómada recolector en sedentario observador de los misterios marinos y profundizando su relación con el mundo celeste.

Su vida ya no dependía de la suerte, del hallazgo ocasional de peces y de la recolección de mariscos, sino de nuevas habilidades cuyo sincretismo se representa en él.

El anzuelo fue el instrumento más importante en aquella época. Evolucionó desde el quebradizo instrumento de concha, tallado en hueso con púa que va de cuadrada a redonda y finalmente a espina de algarrobo (que miles de años más tarde será de cobre).

La propiedad se manifiesta en dos niveles: individual, de los instrumentos, y comunal,

del medio ambiente (lomas, lugar de pesca, totorales y bosques naturales), lo que favoreció un control sobre la producción, permitiendo el desarrollo de aldeas cercanas a la playa, conformadas por los pescadores y las mujeres recolectoras.

La pesca fue abundante, como lo atestiguan los basurales y conchales a lo largo del litoral. En el mar, el hombre encontró su más importante recurso. Su mundo supraterráneo se nutrió y respondió a este medio.

No podía ser de otra manera, pero, ¿cuáles serían sus leyendas?, ¿cuáles son sus mitos de origen?, ¿cuáles sus dioses? En estas interrogantes se encuentra la génesis de su religiosidad y gran parte de su iconografía, que miles de años después aparece en la cerámica y en las leyendas recopiladas, con una extraordinaria expresión.

El pescador aún no navegaba, al menos no se encuentran restos de esta época que indiquen tal actividad, por lo que su técnica de pesca debió ser inicialmente la del anzuelo simple con cordel de cabuya o agave (*Fourcroya sp.*) con flotadores de mates o calabazas, y más tarde, cuando hilan el algodón, se inicia el empleo de las redes. Estas técnicas demandaban unas horas al día de actividad, para obtener suficiente carne con que alimentar a toda una familia.

Su dieta, rica en proteínas, era complementada con frutas, raíces, gramíneas y menestras recolectadas en las lomas y sembradas a orillas del río u obtenidas por canje con los otros equipos de producción de la aldea, la que, sin llegar a tener un régimen autárquico de coincidencia perfecta, se autoabastecía. Así sucede cuando el trabajo es comunitario y el consumo

sigue siendo familiar, asegurando la repartición del producto por vías de partición.

El clima de aquel entonces debió ser muy abrigado, pues no conocían aún el tejido de algodón, aunque hace cinco mil años ya se hilaba el algodón silvestre o marrón (*Gossypium raimondii*), y la inea (*Typha angustifolia*) solo se empleaba para petates. No se han encontrado vestimentas que demuestren lo contrario, por consiguiente su vestido consistía en pequeños taparrabos como los registrados en la aldea de Palomas en Chilca, al sur de Lima.

La vivienda consistía en chozas de junco (*Scirpus sp.*) de forma cónica y de planta no mayor de treinta metros cuadrados, la cual era usada principalmente como dormitorio y depósito, pues en la parte externa quedaba el lugar para la cocina y el desarrollo de otras actividades, donde además sepultaban a sus muertos.

Los pobladores tenían como sistema de asentamiento la aldea, ocupando los espacios abrigados de la desembocadura de los ríos, quebradas acondicionadas por la dilatación de los desiertos y las lomas donde esporádicamente se asentaron grupos recolectores mariscadores.

Tal parece que la región fue rica en lomas donde esporádicamente se asentaron grupos recolectores mariscadores, como la aldea ubicada en la pampa y falda sur del cerro Santa Rosa (Santa Rosa), a 50 m.s.n.m. frente a la quebrada Portachuelo y pampas de Charcape, que ocupa un área de aproximadamente una hectárea, y en cuya superficie se registran caracoles marinos y otros restos, y decenas de habitaciones semicirculares y rectangulares construidas de piedra canteada, que dan la impresión de tratarse de bases de viviendas, y que es el lugar precerámico más distante de la playa, pues se



encuentra a cuatro kilómetros de esta; o como lo indican los conchales a lo largo de la playa desde Puémape por el sur hasta Chérrepe por el norte, siendo los más importantes los de la Boca del Río, Charcape, y Playa Chica, al norte de Pacatnamú.

Estos asentamientos estuvieron condicionados por la riqueza ictiológica, las fosas de playa (como las de Puémape, El Faro de Pacasmayo y Chérrepe) que facilitan la pesca sin embarcación en las bahías poco profundas y tranquilas, los esteros (de La Boca del Río y La Barranca), las peñas de mariscos, agua dulce a flor de tierra, la temperatura de las aguas y un clima abrigado; pero especialmente por la presencia de salinas, como la de Charcape, distante a un kilómetro y medio del litoral, explotada durante toda la historia del valle y cuyo aprovechamiento permite la conservación de los productos animales.

Su cultura material se emparenta con todas las aldeas experimentadoras que se desarrollaron en el litoral, hace cinco mil años. Se trata



Vivienda familiar

de guijarros con trabajos de percusión es decir, instrumentos cortantes obtenidos por unos cuantos golpes con percutor duro, trozos de cuarzo de los que se obtuvieron navajas (ver página 60), pesas para pesca, cangrejeras, núcleos de pizarra y jaspe, gran cantidad de lascas primarias de diversos tamaños y navajas discoidales desprendidas de un canto rodado, además de morteros y manos cilíndricas que nos indican un aprovechamiento de semillas en el lugar, es decir, una actividad complementaria de recolección de flora silvestre de lomas.

La experimentación hortícola con su gradual traslado de plantas alimenticias silvestres de su hábitat natural a uno nuevo, creado y recreado constantemente con mayor esmero, afectó la organización social que en un principio debió corresponder al linaje o familia extensa, unida por el vínculo de sangre y la idea de una descendencia común de un dios o tótem; por eso, cuando los aldeanos en su etapa superior (4 500 – 3 600 años A.P.) tienen ya una producción controlada, compleja, en forma de cooperación ampliada, los equipos de producción (sembradores, recolectores, pescadores, tejedores, cazadores) se multiplican y contribuyen al desarrollo de la aldea.

Estos linajes cuyas estructuras de dirección y de control son poco desarrolladas, sin mayor representación en el plano político pero con relaciones de autoridad permanente de los mayores, quienes reciben el producto y lo distribuyen entre los miembros, exigieron como principales medios de producción: el territorio, los instrumentos y los especialistas.

EL territorio estaba constituido por todo el espacio que usufructuaba la aldea. Era propiedad colectiva del linaje, que lo aprovechaba libremente; su extensión no es posible deter-



Vivienda de la aldea del cerro Santa Rosa, frente a la pampa de Charcape



Las salinas de Charcape



Conchal de Charcape. 1998

minarla pero puede alcanzar varios sitios de pesca y recolección, no muy distantes, que les permitía un constante circuito, en el cual además, por “roza” o quema del bosque que se desarrollaba a orillas del río, se obtenían nuevos claros o espacios para la siembra de ají (*Capsicum sp.*), calabaza (*Lagenaria sp.*), pallar (*Phaseolus runatus*), frijol (*Phaseolus vulgaris*), zapallo (*Cucurbita moschata*), camote (*Ipomea batatas*), maní (*Arachis hypogaea*), pepino (*Solanum muricatum*), arracacha (*Arracacia xanthorrhiza*), caihua (*Ciclanthera pedata*), achira (*Canna sp.*), algodón (*Gossypium barbadense*) y, aunque aún de manera no definida, la papa (*Solanum sp.*) y el maíz (*Zea mays*).

El territorio estaba comprendido por:

- a) Los ojos de agua o puquios,
- b) Las lagunas de agua dulce formadas por filtración o desbordes del río,
- c) Las salinas, como las de Charcape,

- d) Las playas, constituidas por las fosas playeras, aquellos desniveles a la orilla del mar que permiten la acumulación de crustáceos, bivalvos, gasterópodos y peces fáciles de recoger cuando las aguas se retiran (“bajamar”) aquí debemos hacer mención especial a las playas comprendidas entre Pacasmayo y las Pampas de Cupisnique por el sur y las de Charcape y Chérrepe al norte,
- e) Los esteros, formados por lagunas en las desembocaduras del río, y conocidos también como “bocanas”, siendo notables las de El Milagro, La Boca del Río y la Bocana de Chérrepe, todas ellas con faunas características y de fácil explotación,
- f) los bosques y matorrales desarrollados en el trayecto del río, y la flora y fauna silvestre de las lomas, que constituyeron verdaderos huertos naturales que el hombre domesticó. Es en estos sitios húmedos donde va experimentando la siembra y observan

el proceso de nacimiento y maduración de una diversidad de frutas, como la “cansaboca” o “ciruela del fraile” (*Bunchosia armeniaca*), la “lúcuma” (*Lucuma obovata*), la “chirimoya” (*Annona cherimolia*), la “guaba” o “paca” (*Inga feuillei*), la “palta” (*Persea americana*), la guayaba (*Psidium guajava*), la guanábana (*Annona muricata*) y otras.

Sus instrumentos eran simples y funcionales, constituidos por guijarros con trabajos de percusión; es decir, eran instrumentos cortantes obtenidos por unos cuantos golpes con percutor duro, también pesas para pesca, cangrejas, lascas y navajas discoidales desprendidas de un canto rodado; además el bastón de sembrar (inicialmente) y las azadas de mano, que al parecer se hicieron presentes hace seis mil años, y junto a estas los morteros y sus manos cilíndricas, que nos indican un aprovechamiento de semillas en el lugar.

Son notables también los tejidos de fibra vegetal, bolsas, redes para caza por trampa e instrumentos de pesca, que, al igual que los anzuelos y aparejos de pesca, eran de propiedad individual; pero su elaboración obligó al cuidado y aprovechamiento de los “juncas”, que fueron conservados colectivamente y se encontraban en pequeñas lagunas, a las orillas de la playa y del río. En tales condiciones, el conocimiento del territorio y el control de las fuerzas de producción no pudieron convertirse en atributos de supremacía personal; no obstante, el depender de nuevas economías exigió que algunos miembros de la aldea se convirtieran en especialistas en la observación de los fenómenos naturales, a los que no se les encontró una relación causal, sino empírica y animista. Por lo tanto, el conocimiento agrícola, de pesca y ganade-

ría, en otras palabras, la reproducción de los alimentos y el calendario, además de la vida y salud de los hombres, tuvieron un carácter mítico. Así el desarrollo de la aldea pasó a depender de los dioses totémicos creadores de los linajes.

A falta de escritura, los especialistas necesitaban registrar mentalmente todas las experiencias obtenidas durante generaciones, convirtiéndose el saber en atribución de grupos no necesariamente consanguíneos, pero sí formados por miembros que debían ser asimilados desde temprana edad, para este largo proceso de aprendizaje y ejercicio de nuevas experiencias.

Con este fin se construyeron los primeros edificios en cuyas salas interiores se observan espacios que debieron albergar a pocas personas. Estos especialistas formaron parte importante de la organización de la aldea, y su saber se convirtió en un acelerador de la producción y por lo tanto en un agente productivo.

Por sus conocimientos, los especialistas se convirtieron en conductores de los cambios y aceleraron el mejoramiento de los niveles de vida de la comunidad. Su conocimiento se entendió como atribución divina, y por lo tanto tuvieron que devenir en sacerdotes del tótem de cada linaje o de los linajes que habitaban las áreas cada vez de mayor influencia, por el prestigio que iban alcanzando.

En las partes interiores del valle, siempre a orillas del río y aprovechando las inundaciones, especialmente en las zonas donde los cauces secundarios se unen al cauce principal, debieron ubicarse las aldeas horticultoras, que la agricultura intensiva de nuestro siglo ha borrado sus huellas.

También debieron instalarse en las márgenes de las desembocaduras del cauce principal y secundarios del río, donde obtenían alimentos marinos y aprovechaban las áreas inundadas por las avenidas de agua, como debió ocurrir en la Bocana de Chérrepe, en la Boca del Río, El Milagro y Puémape, sitios que hemos explorado con detenimiento.

Debe comentarse que esas organizaciones sociales en el país, preferentemente construyeron los primeros edificios en la orilla del litoral, en las cabeceras de los valles interandinos y en las márgenes de las desembocaduras del cauce principal y secundarios de los ríos cuya cuenca nace a treinta kilómetros del actual litoral, los mismos que han quedado abandonados desde hace 3 600 años, notándose mayor concentración en la costa central y norte del país, como consecuencia de cambios ecológicos importantes. El hombre se concentraría luego en los valles de mayor recorrido, y desarrollaría de manera acelerada una arquitectura más

compleja, reflejo de la nueva sociedad que iba creando.

El aldeano, con anzuelo y cordel, siempre auscultando el mar y el espacio, fue creando mitos. La sonoridad de las olas reventando con más o menos fuerza, según los momentos del día, además de las distintas fases de la luna y la posición de las estrellas, fueron tal vez su primer calendario y formas de medición del tiempo.

Con el anzuelo, el más grande invento de la sociedad preagrícola y con el mate y la calabaza, el hombre pudo obtener carne y agua en cualquier momento. Con ellos se enseñoreó en estas tierras durante siglos. Sus mitos respondieron a todas sus angustias, y sus dioses, casi palpables, recibieron con agradecimiento ofrendas en ritos escenificados en temples de planta rectangular construidos con piedras estriadas y argamasa, frente al mar.



Bahía de Chérrepe

---

# El mar también reposa en la **historia del valle**





# 4

La economía agrícola: etapa inicial

---

## El esplendor de los dioses

La presencia Chavín ■  
(1 600 a 500 años antes de Cristo)





El Contorcionista, Cupisnique. Colecc. Óscar Rodríguez Razeto

**L**a presencia Chavín (1 600 a 500 años antes de Cristo)

Está demostrado que en el litoral centro y norperuano se desarrollaron poblaciones que no conocieron la cerámica, acerámicas; pero tuvieron una arquitectura al servicio administrativo religioso. Limoncarro, Las Haldas en Casma, Las Salinas en Chao, Chupacigarro o Caral en Supe, El Paraíso en Lima, son los monumentos más conocidos cuya antigüedad se registra alrededor de 3 600 años antes del presente, y que son la expresión superior de la economía hortícola-pescadora, pues a estos edificios que representan una estructura social más compleja se les encuentra asociados a la última etapa de un desarrollo de miles de años, basados en una economía de pesca, recolección y horticultura experimental. Aldeas cuya base de sustento fueron los recursos marinos, parte de los cuales debieron comerciar con los pobladores del interior del valle para enriquecer su dieta y responder a sus necesidades.

Estas pequeñas aldeas compuestas por escasas familias, o por una familia extensa, de linaje, con relación patriarcal, fueron desarrollando sus propios instrumentos de producción en base a la práctica diaria, a la acumulación de experiencias y a la función de los especialistas sacerdotes quienes asesoraban a los aldeanos en sus diferentes actividades de producción ampliada o compleja, contribuyendo

a mejorar el nivel de vida, al nacimiento de nuevas formas productivas y a la formación de las culturas preagrícolas que van a definir la “Cultura Chavín”.

Los linajes distribuidos en aldeas dispersas y nucleares se desarrollaron en los actuales valles; ya que las cuencas de origen costeño se extinguían, volviendo a colectar su caudal sólo en temporadas de lluvias intensas a consecuencia de los eventos de El Niño.

La “Cultura Chavín” cuyos orígenes se debaten, se encuentra ya presente de manera realmente importante; pero ¿Qué significó? ¿Es Chavín de Huantar la cuna o la meca de esta cultura? ¿Sus orígenes se encuentran en la amazonía como propone Tello y nuevos investigadores? o es el resultado de una serie de contribuciones locales, como proponen otros, tema aún sin responder de manera definitiva a la luz de los hallazgos actuales.

Lo que sí sabemos es que trescientos o cuatrocientos años antes de la llegada del patrón artístico religioso Chavín, que marca su presencia en estos valles costeños, se desarrollaron “culturas locales” con una economía recolectora y puede decirse de experimentación agrícola, hortícola, aprovechando recursos marinos en especial, cuyas características en la arquitectura y en el diseño y trazos de sus deidades se encuentran posteriormente en las construcciones y en el olimpo Chavín, definiendo este horizonte religioso.

La hipótesis Tellista de Chavín como la cultura matriz de los Andes tiene cada vez menos adeptos, no por el veleidoso propósito de contradecir, sino porque las evidencias que la niegan son cada vez mayores.

Las aldeas Chavín no tuvieron unidad política, las condiciones de su formación económico social lo explican; no obstante, es sorprendente la similitud de sus características artísticas trasuntando regiones. Su arquitectura y la distribución de los espacios, el acabado de su cerámica, su iconografía, los dioses, su sistema de asentamientos, su patrón de enterramientos, la orfebrería, el trabajo en la piedra y el laminado de los metales, su textilera de algodón y lana de camélidos, etc. son similares o casi similares en cualquiera de los valles, ya sean interandinos o costeños.

El depender de las bondades de la naturaleza en una región de lluvias irregulares, influenciadas por la Corriente de El Niño, con períodos de grandes sequías y avenidas torrenciales, creó necesariamente especialistas en la observación del tiempo, lo que estuvo vinculado con fuerzas naturales que se convirtieron en deidades, que rigen y gobiernan la vida de la aldea. Se considera a los sacerdotes como intermediarios al servicio de las deidades y los hombres, sostenidos por ambos.

De aquel entonces, por distintas evidencias, se sabe que los templos prestaban servicios y orientación a los aldeanos de las comarcas próximas, quienes vivían dedicados a la labranza, cuyo mundo animista encontró poderes y protección en los dioses totémicos de los linajes: la culebra (¿Boa constrictor?), el puma, el cóndor, las falcónidas, el lagarto, a los que no representaron en su forma natural, sino tomando las características más sobresalientes de cada uno de ellos, trazándolos en distintos planos en una misma pieza; como si en realidad fuera una sola deidad que tiene todos los atributos de estos animales divinizados.

Los sacerdotes y los dioses del olimpo Cha-

vín, definidos con los aportes de los linajes preagrícolas, sustentaron su poder en la armonía, no en el terror (no se registra en la historia pueblos en esta formación económica social que fueran durante más de seis siglos subyugados por el terror); sino, tal vez, en condiciones ambientales favorables para el desarrollo agrícola y su crecimiento regular, que permitió no solamente satisfacer las necesidades del pueblo, sino el comercio con regiones distantes, de artículos que no se encontraban en el valle, como las “caracolas” (*Strombus galeatus*, *Spondylus sp.*) para el rito; piedras como el lapislázuli, turquesas, ágata, cuarzos y metales como el oro, sólo posibles de obtenerse a través de un contacto regular.

Varias serían las causas por las que terminaría el estatus de los sacerdotes que ya no respondieron a las necesidades de reproducción económico social. Tal vez la más importante fueron las sequías prolongadas. Al parecer, serían élites que devinieron quietas, poco innovadoras, apegadas a la tradición, élites que se desvincularon de la base productiva, y que en consecuencia no supieron predecir los cambios que se sucederían ni los riesgos de las sequías.

### Las actividades económicas

Caracteriza a esta etapa: a) la siembra “al boleo”, es decir echando la semilla al terreno humedecido por la lluvia, filtración o inundación; b) la “roza” que constituía una técnica de ganar terrenos al bosque, para la siembra, abriendo claros en este por acción del fuego y barbechando; c) el empleo de instrumentos agrícolas simples (azuelas, cuchillos líticos, palos de sembrar, bolsas de fibra vegetal); d) la selección de semillas y, e) los inicios de la agricultura con riego por gravedad con la

construcción de los primeros canales bajo el nivel del suelo, conocidos como canales en zanja.

El gradual desarrollo de la domesticación de plantas, el descubrimiento del ritmo de la vida de las plantas, la aguda observación y experimentación de la siembra, riego, defensa y cosecha de frutos, se fue haciendo a través de generaciones. Cientos, miles de años demoró el horticultor y pescador para transformar plantas silvestres en alimento básico, para pasar de una actividad recolectora a una actividad productora.

No se trataba simplemente de sembrar, sino de alterar un equilibrio ecológico silvestre, natural, y crear un ambiente nuevo; paralelamente a esto cambiar su organización social, evolucionando a una organización familiar de linajes con una nueva visión del mundo. Ello no se dio de manera inmediata.

Los aldeanos no alcanzaron aún una agricultura desarrollada, fueron comunidades agrarias autárquicas, no existen evidencias de sistemas complejos de distribución, riego y control del agua. La siembra se hacía al “boleo”, o en terrenos ganados por roza; pero sobre todo en estos huertos fueron la palta, la guanábana, la lúcuma, la ciruela, las guabas o pacaes, granadilla (*Passiflora sp.*), mitu (*Carica caudicans*), palillo (*Campomanesia lineatifolia*), etc. es decir las frutas, los animales domésticos y de caza, los productos marinos, con la papa, el maíz, la yuca (*Manihot utilissima*), el olluco (*Ullucus tuberosum*), la oca (*Oxalis tuberosa*), mashwa (*Trapaelum tuberosum*), la arracacha (*Arracacia xanthorrhiza*) y otros tubérculos la fuente de su alimentación; a los que se debe agregar el algodón, la calabaza y el mate como produc-



Pirograbado en mate

Spóndilus de cerámica



Áreas con presencia Chavín Costeño o Cupisnique

tos de uso industrial, y la coca (*Crithroxylon coca*) narcótico estimulante. Además el perro ya formaba parte de la actividad familiar.

El proceso de desarrollo cultural no debió ser uniforme en el valle, sino que estuvo condicionado por la diversidad de recursos a lo largo del río. En líneas generales, las actividades principales fueron la agricultura, caza y

recolección en el valle bajo medio y la pesca y recolección de playa en el litoral; además de la textilería con algodón que ya parece ser una artesanía generalizada.

El valle, por consiguiente, fue escenario de dos tradiciones: La agrícola, con una visión transversal que se mueve y emparenta con las aldeas dispersas ubicadas en el trayecto del río

hasta las cabeceras andinas; y la pescadora, con una visión litoral con las aldeas ubicadas a lo largo de la costa. El poblador del litoral, pescador, mantuvo su economía marina primitiva, con una visión distinta a la del campesino, con tradiciones y tal vez idioma también diferente, propio (*pescadora*), como dicen los cronistas del siglo XVI; pero convivió intercambiando productos con los pobladores del interior del valle.

Luego serían etnias con una cosmovisión diferente, endogámicas, con contactos y relaciones de intercambio, no interesadas en subyugar o en dominio territorial, pues dialécticamente el desarrollo de sus fuerzas productivas simples no requería el avasallamiento y control de economías distintas; bastaba el intercambio de productos sin más valor agregado que el que impone la necesidad y el excedente producido.

A partir de estos momentos se inicia un acelerado proceso de desarrollo genético del maíz en todos los Andes y por consiguiente también en el valle Jequetepeque. Las pequeñas mazorcas globosas y de hileras irregulares o alargadas (que corresponden al tipo Kully y Confite Morocho) de cuarenta o más granos empiezan a crecer hasta concluir en aquellas mazorcas grandes y anchas, de hileras regulares, con alrededor de ciento veinte granos, que evidencian nuevas variedades de hibridación.

Para ello han contribuido dos factores: a) la siembra no controlada que facilitó la hibridación natural de diferentes variedades transportadas indistintamente de otros pisos ecológicos, ya que por ser el maíz una planta alógama, su polen fácilmente pasa a otro tipo de maíz, produciéndose un nuevo tipo, creándose nuevas variedades locales. b) las nuevas





El artista no trabajó la perspectiva, por ello presenta en sus estelas las seis caras de un objeto en un solo plano

variedades fueron consolidándose por selección simple de los hombres, quienes seleccionaban las mejores mazorcas para la semilla, talvez inicialmente con una fuerte interpretación mítica.

Paralelo a ello se inició la construcción de obras para una agricultura con riego por gravedad, ya que la comunidad en aumento poblacional, requería con frecuencia, de nuevas áreas para el cultivo.

### Arte y Religión

Recordemos que originalmente para el hombre el arte siempre estuvo relacionado a lo mágico, fue mágico y su plasticidad no es creatividad del artista, obedece a la necesidad de un equilibrio que corresponde al desconocimiento de las fuerzas naturales, siendo su más temprana manifestación las pinturas rupestres con ocre, rojo y amarillo, plenas de movimiento. Son la manifestación vívida de la intensidad del conjunto, de acción coordinada, de chacco, de lucha de hombres y animales, de vida y muerte, de sangre, de ahí el color rojo; primer color que el hombre utiliza, y está asociado íntimamente al éxito de la caza o a la tragedia del cazador, en ambos casos la muerte. Este color no es seleccionado al azar, el hombre lo identifica con su actividad tan plena de sangre, en la que al brotar esta del cuerpo del animal significaba el alimento y la vida, el no hacerlo el hambre y la desesperación. El color rojo más que una tonalidad antojadiza está íntimamente relacionado a la vida y por consiguiente es color sacro y forma parte del rito propiciatorio.

Para el artista chavín, color, movimiento, tamaño, distribución de las figuras, ubicación, todo constituye una unidad indivisible,

contextual. No trabajó la perspectiva, por ello presenta en sus estelas las seis caras de un objeto en un solo plano. Los lados laterales, la espalda, las plantas del pie, los cabellos, el frente, todo era representado en una estela. El perfil con el ojo mirando al frente, las manos invertidas y los pies mostrando plantas y empeines en el mismo plano. En este, se puede observar la evolución de trazos y concepciones, que van desde representaciones naturalistas simples, objetos y trazos lineales a movimiento y dinámica, piezas abstractas, que a pesar de su complejidad no pierden la claridad del mito con sus combates epopéyicos que repetidamente presentan y hasta, talvez, los gérmenes de una escritura.

La cerámica alcanzó una perfección admirable, fue diseñada para ponerla al servicio de las ideas. Era requerida por los sacerdotes para el rito o para acompañar a los *mallquis* (difuntos) en cuyas tumbas se colocaban unas piezas, con alimentos si de platos se trataba, o con algún líquido de valor sagrado (¿agua de la pacarina materna?) en el caso de las botellas o cántaros con “asa estribo”; por ello fue motivo de cuidado especial en su elaboración.

La selección de la arcilla e ingredientes, temperantes, sistemas de cocción, óxidos para pintar, la pericia en el diseño de la estética que combinó lo real con lo mítico, la simplificación de los dioses totémicos a trazos iconográficos, obligó necesariamente a la dedicación de artistas cuyos conocimientos y experiencias fueron heredándose en talleres asociados al templo.

El desarrollo de las artes se puede explicar como el resultado del progreso agrícola, que permitió un excedente de tiempo dedicado a actividades complementarias y un excedente





Cerámica Cupisnique (al parecer muy temprana). Montegrande 1968

de producción que permitió a los pobladores del ayllu adquirir objetos y mantener con su demanda talleres especializados. Talleres que promovieron a su vez la inventiva de nuevas técnicas y formas con las que iban enriqueciéndolo.

Fue un medio de comunicación entre los distintos planos con que concebían la vida, en su eterna circularidad: futuro – presente – pasado, que concluyó al cortarse el mensaje andino con la llegada de la cruz, la espada y la pólvora.

La artesanía más conocida es la cerámica que como objeto de mayor empleo, se clasifica en dos categorías según el objetivo de su fabricación: Utilitaria y de culto.

La primera, como indica su nombre, fue elaborada por artesanos populares para satisfacer requerimientos domésticos y se la obtenía por trueque, de manera simple, en ferias periódicas o “catos” cercanos a los templos, como siempre ha funcionado en los Andes. Su textura es tosca, poco plástica, elaborada en plato de alfarero y cocida en horno abierto, presenta pocas variantes, sus formas trasuntan los siglos y sobreviven. Responde a una necesidad concreta, cotidiana y práctica. Su decoración es pobre, basta algunas rayas incisas o brochazos cremas o rojos. El trabajo de canteras, texturas, torneado, sin ser muy simple, requiere conocimientos básicos y técnicas artesanales fáciles de aprender por cualquier aldeano. Aunque indiscutiblemente las canteras de arcilla no estaban a disponibilidad de cualquiera, sin embargo, por la gran demanda y facilidad de manejo eran accesibles (no es posible pensar en grandes explotaciones individuales sino en pequeños grupos artesanales, cuya unidad de producción estuvo conforma-

da por los más aptos de la comunidad, como lo explica la Etnología, forma de cooperación resultante de sus instrumentos colectivos de producción), cuya posesión no representó estructura de control, poder o prestigio social que lo diferenciara de los demás miembros de la aldea.

La cerámica de culto, en cambio, alcanzó una perfección admirable, fue diseñada para ponerla al servicio de las ideas. Era requerida para el rito de los templos por los sacerdotes, del culto y para acompañar a los difuntos a quienes se les colocaba sólo una o dos piezas, por ello fue motivo de cuidado especial en su producción. Esta cerámica debió haber representado un medio de gran poder y un sistema de acaparamiento para los “sacerdotes del oráculo”, ya que por sus características tendría un alto valor mágico, el que sería únicamente transmitido por los artistas sacerdotes, pues se obtenían a cambio de una considerable cantidad de productos.

La selección de la arcilla e ingredientes, temperantes, sistema de cocción, óxido para dibujar o pintar, la pericia estética que combinó lo real con lo supraterráneo, obligó necesariamente a la dedicación de artistas cuyos conocimientos y experiencias fueron heredándose en talleres artesanales asociados al templo.

Esta cerámica y otras expresiones artísticas como la técnica de tallar en piedra escudillas y vasos, incluso collares de cuarzo, ágata y turquesa, pirograbados en mates como se han encontrado con frecuencia, el trabajo en oro laminado, textiles tejidos en telares de cintura y pintados, no pudieron haber surgido espontáneamente; fueron producto de una artesanía muy elaborada, no por la gleba sino



por especialistas al servicio de los templos, posiblemente por un grupo que tuvo el poder artístico religioso; pero no el político y económico, ya que en esta época el hombre vivía en un mundo prelógico que se explicaba y descubría sólo a través de lo mítico.

Los artistas fueron gente al servicio de la religión, por ello su centro de acción y sustento se encontraba en los templos y por tal razón esta especialidad estuvo controlada por los grupos de poder, estableciendo un nexo entre el pueblo y su religión. Su arte no era para el placer y el disfrute de su calidad estética, fue religioso y contribuyó a afianzar la estructura social.

La cerámica en especial, debía ser un medio de gran poder de acaparamiento para los sacerdotes del oráculo, ya que por sus características, debían tener alto valor mágico transmitido por los artistas sacerdotes, para acompañar al difunto, a cambio de una considerable cantidad de productos.

Los aldeanos ofrendaban a sus dioses y estos protegían a su pueblo. El equilibrio entre ambos y el poder atribuido a sus dioses debe corresponder a épocas de bonanza, producto de condiciones ambientales muy favorables que permitieron a esta religión extenderse velozmente en medio Perú actual, para luego de manera casi violenta extinguirse, cubriéndose sus templos y no reocupándose nunca más; posiblemente a consecuencia de prolongadas sequías, como indican algunas evidencias, perdiendo los dioses, los sacerdotes y especialistas paulatinamente sus poderes.

Las condiciones ambientales nuevamente intervinieron afectando la formación social de manera intensiva, truncando una vía de desa-

rollo que evolucionó por siete siglos. No pudo ser otra la causa, ya que no existen evidencias de invasión por sociedades vía una economía más desarrollada o militarista, que requería un estado con concentración de poder y de organización represiva; pues el desarrollo de los agentes productivos aún no permitían excedentes que posibilitasen esta organización. Tal vez la organización militar se encontraba aún en un nivel de campesinos “guerreros”, organizados para defenderse o incursionar en territorios vecinos por motivos ideológicos o restaurar desequilibrios por asesinatos o raptos, más que una actitud de orden económico, de conquista, avasallamiento y dominación.

### Las huellas Chavín en el valle

En el valle Jequetepeque se encuentra la presencia Chavín desde su cabecera en Cajamarca hasta el mar; pero a diferencia de otras formaciones sociales, en el valle, sus lugares sagrados no fueron reocupados, se evidencia su destrucción exprefesa.

Los principales y más numerosos monumentos se encuentran a lo largo del cauce principal del río, paso obligado de la costa a Cajamarca camino hacia la amazonía, y en los brazos laterales que desembocan al sur y norte del cauce central. Los caminos principales estaban señalados por los cauces del río, levantándose los templos en sus trayectos, a los cuales acudían los campesinos a recibir el apoyo de los dioses y a entregar sus ofrendas para el rito.

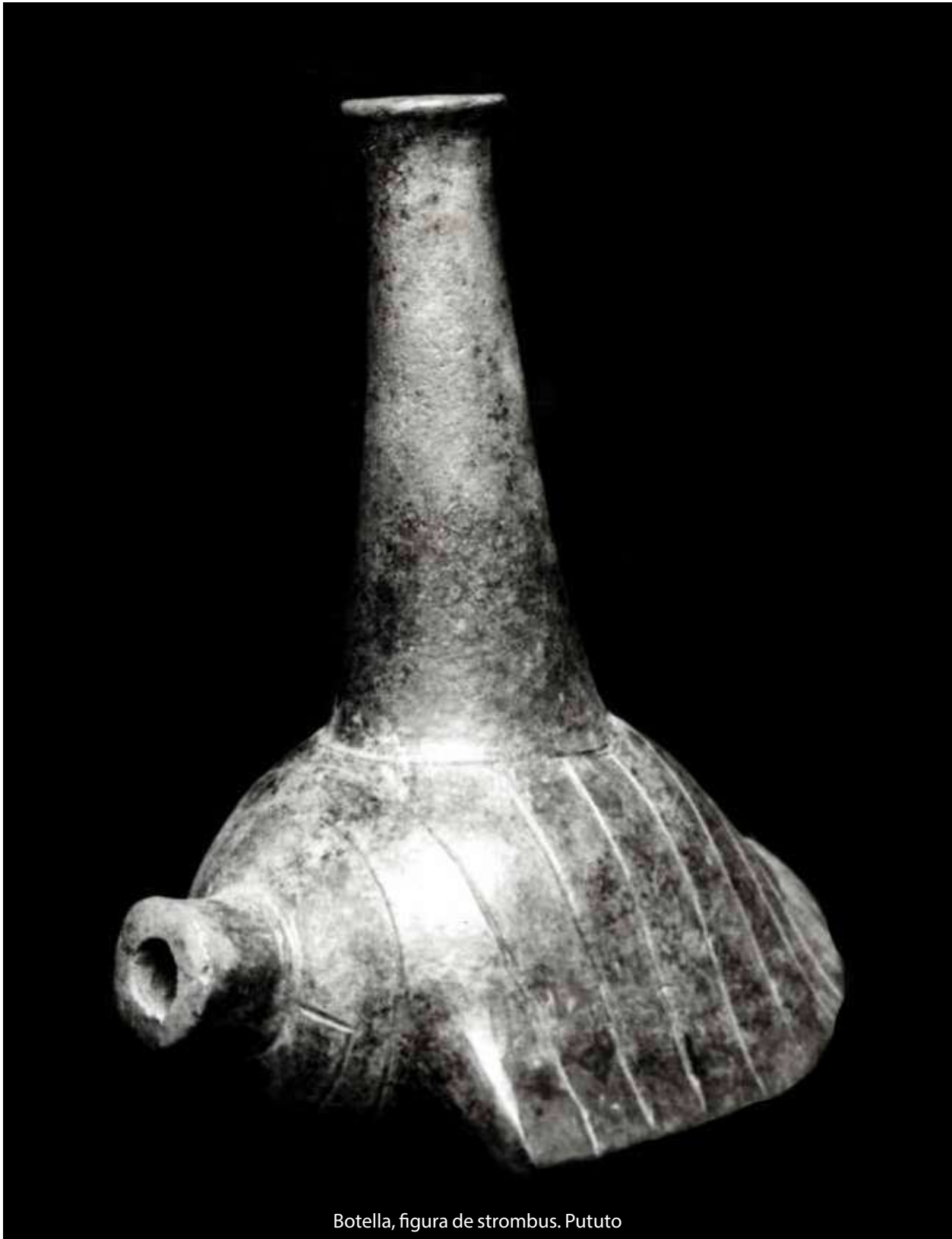
El sistema de asentamiento, como es característico en esta época, está representado por pequeñas aldeas dispersas, con chozas de planta circular y techos de paja, adscritas a un edificio religioso compuesto por tres princi-



Geoglifo el Puma de Tembladera  
(Nótese la gran semejanza con los del templo de Sechín, Casma)



El Strombus daba el viento para llamar a los dioses



Botella, figura de strombus. Pututo

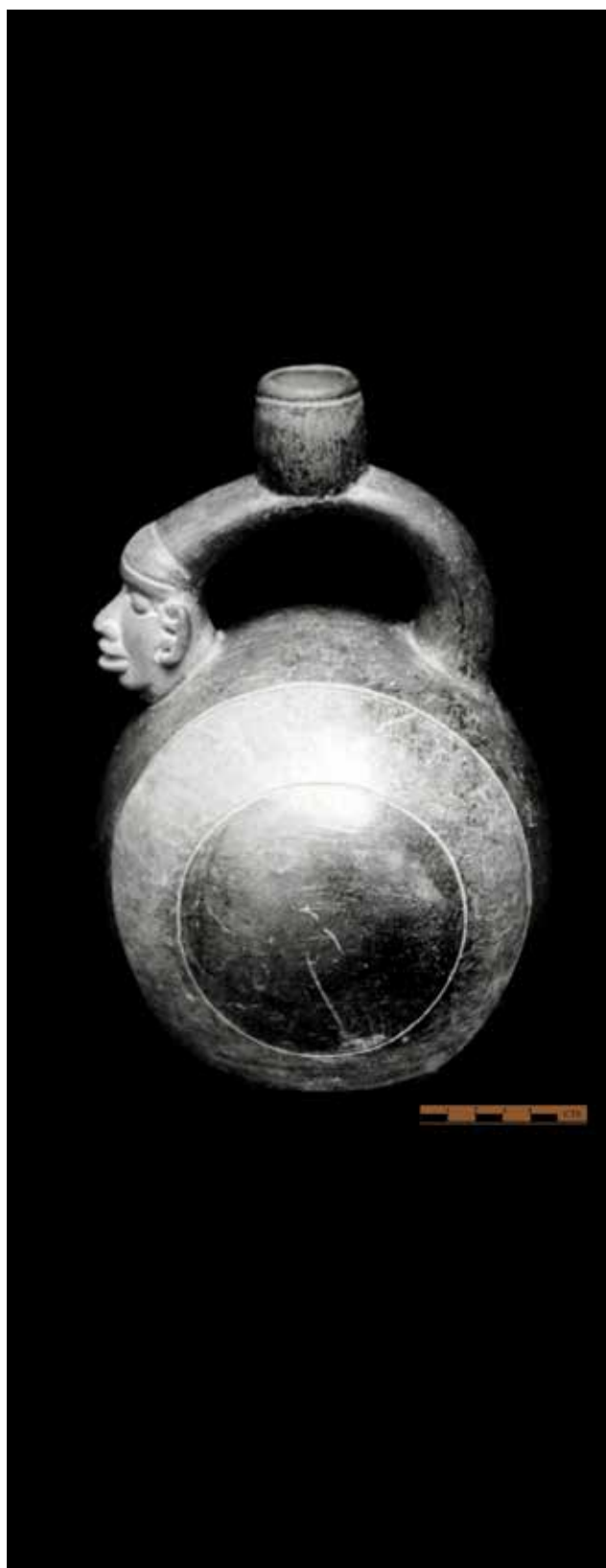
pales plataformas distribuidas en forma de U con una plaza hundida, circular, rectangular, al centro, orientada al Este. Los edificios son construidos con adobes cónicos y barro con lajas, empleando como elemento decorativo imágenes de sus deidades en distintos relieves.

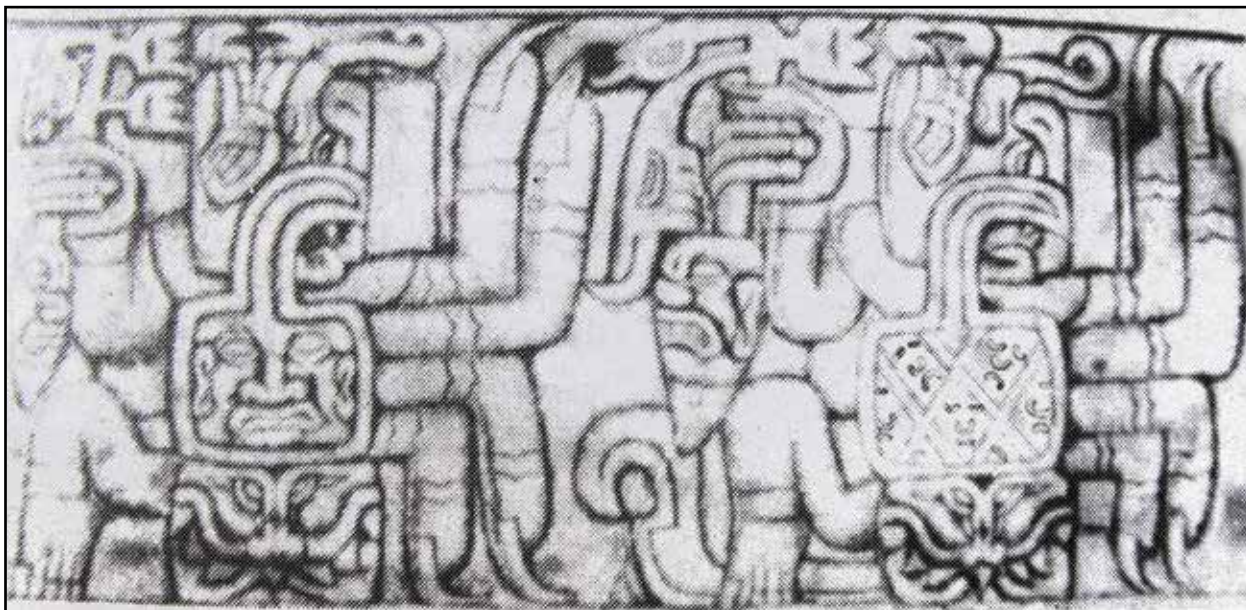
Los principales restos de arquitectura monumental se han encontrado a lo largo del río desde Tembladera hasta Pakatnamú, en Paypay, Montesecco, San Simón de Huabal, Montegrande, Cerro Campana, El Guayabo y Limoncarro (Guadalupe), todos con una gran semejanza, a manera de pequeñas réplicas del centro ceremonial de Kuntur Wasi en San Pablo, en las cabeceras del valle Jequetepeque, aunque aún no se encuentran monolitos de piedra.

Los cementerios que circundan estos monumentos son numerosos y en los brazos secundarios del río también se registran con restos de aldeas, siendo los más conocidos el de Cerro Talambo y Calera de Talambo en Chepén, Ñampol en San José, Jatanca, Tecapa, Tolón y Puémape en San Pedro de Lloc, por supuesto en Cupisnique, asimismo en el período inicial de Pakatnamú.

Son escasos pero muy notables los petroglifos, como los de San Simón en Huabal, Yonán y el geoglifo del Abra del Puma en Tembladera que es una sola figura de cuatro metros de largo por tres metros de alto, en el Valle Jequetepeque.

Decíamos que uno de los monumentos más importantes, de esta tradición en el valle medio, es el complejo de Limoncarro y el Guayabo, caracterizado por ser un conjunto de edificios que en la actualidad se encuen-





Vaso de piedra serpentina, Limoncarro, 1968



Detalle de la base del vaso de Limoncarro

tran recortados por los terrenos de cultivo, la carretera de penetración a Cajamarca y viviendas; sus restos se distribuyen en una área aproximada de dos kilómetros de largo por un kilómetro de ancho.

Este lugar ha sido casi completamente destruido, quedando en la actualidad solamente tres edificios.

En el año 1968 los tractores de la ex hacienda destruyeron un complejo de dos hectáreas, encontrándose valiosa cerámica de forma globular con asa estribo, botellas y de manera espectacular collares, vasos cilíndricos y de doble cilindro y cuencos de hasta treinta centímetros de diámetro, estos artefactos ceremoniales son de serpentina y jadeita tallados en plano relieve, con una perfección de trazo de manera realmente admirable, en los que el personaje central es “el degollador”, la más temprana presencia de este personaje mítico.

Los materiales eran extraídos de los cerros cercanos en cuyas faldas se levanta el “Templete”, donde pudimos ubicar canteras superficiales y bloques desechados.

Todos los restos se encontraban cubiertos con abundante cinabrio (sulfuro de mercurio natural) y muchos no necesariamente formando parte del ajuar funerario.

Este sitio fue investigado por Jorge Zevallós, Oscar Lostaunau, Abel Vega, el autor y otros estudiantes de Arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo, desde su descubrimiento en el año de 1968 hasta el año 1970.

Parecería que los templos fueron abandonados abruptamente y cubiertos con cantos rodados, argamasa o simplemente mezcla

Templete El Guayabo, Limoncarro.  
Destruído por huaqueros en 1968







Serpiente, felino, pez. Huabal

de casajo y tierra; será muy difícil conocer cuáles fueron las razones. Este episodio de hace 3 200 a 2 500 años aproximadamente, ha sido casi ignorado hasta fines de la década del sesenta, cuando excavadores clandestinos (huaqueros) alentados por la desocupación, sequía y verdaderas mafias internacionales de traficantes de objetos de arte precolombino, descubrieron en Montegrando (Tembladera) y luego en todo el recorrido del río la cerámica Chavín, de la cual no tenían conocimiento y la vendían confundiéndola por ser de color negro con la cerámica Chimú, a precios irrisorios.

Poco es lo que se ha investigado y sí mucho o casi todo destruido, de nada servían las denuncias y trabajos heroicos de Oscar Lostaunau por evitar la depredación. Vale mencionar las iniciativas con peculio propio de Walter Alva que máquina fotográfica en mano visitaba colecciones y convencía para llevar al archivo fotográfico cientos de restos, Julio Kcomt en Chépén hacía lo propio, documentos que aún a pesar de sus limitaciones han brindado valiosa ayuda a investigaciones posteriores y son fuente de consulta constante.

## 4.2. Las aldeas en el valle, después del Horizonte Religioso Chavín (500 a 200 años A.C.)

El arte, como parte de la superestructura de las comunidades, nos ha dejado claras huellas de cambios constantes que permiten, en primer orden, señalar etapas o periodizar los estilos artísticos religiosos que se sucedieron, facilitándonos la comprensión del proceso cronológico estilístico; pero se puede caer en el error de entender que fueron etapas divorciadas o dislocadas unas de otras, lo que no fue así. Los cambios en los estilos de cerámica no siempre significan reemplazos étnicos.

El proceso es una continuidad de experiencias e intercambios que los pueblos fueron asimilando, ajustándolos a sus necesidades y dejándolos en desuso a medida que sus necesidades planteaban nuevos retos, cambiando sus respuestas materiales por otras que se ajustaban mejor a sus realidades también cambiantes y que, a su vez, modificaban sus relaciones, sus leyes, concepciones religiosas, su moral, su arte, etc.

Al ir modificando o abandonando la religiosidad Chavín, cubriendo sus templos al parecer de manera intencional, el pueblo fue desarrollando concepciones que respondían al nuevo orden económico, social y político. Se deduce que estas concepciones no eran lo suficientemente claras, ya que no aparecen aún plasmadas en restos que nos señalen una definida personalidad cultural, como un reflejo de nuevas y concretas expresiones internas y externas.

El hombre continuó experimentando, mejorando su agricultura en el valle bajo y medio, y pescando en el litoral. Su organización

social, el linaje, ahora sedentario y territorial, le permitieron desarrollar una concepción de pertenencia étnica, con leyes surgidas de lo cotidiano, con sistemas de parentesco propios de una familia extensa (¿punalúa?) o la gran familia donde la mujer es el tronco y la hermandad es común a todos los miembros.

Los problemas fueron comunes y de todos se esperaba la respuesta. La participación en el proceso productivo fue común y todos tenían una función de acuerdo a la edad y sexo; por lo tanto, la distribución de un producto también tenía un carácter igualitario.

Las relaciones conservaban un equilibrio social que permitió el manejo armónico de los miembros de la comunidad y el sentido de pertenencia, dentro de un espacio territorial propio y común a todos y que los diferenciaba de otras comunidades con quienes comerciaban, entablaban relaciones y también guerreaban. Nos estamos refiriendo al ayllu.

En aquellos tiempos, el valle no logró tener unidad política. La presencia de pequeñas aldeas, móviles y dispersas dentro de un territorio común, es su característica. La comunidad aldeana tenía el poder y lo delegaba al patriarca, que es el germen de una organización más estructurada. El poder patriarcal va siendo hereditario y sucediéndose según los méritos del grupo familiar dominante.

Estos pequeños ayllus, relacionándose de distintas maneras, al parecer lograron innovar las técnicas de riego y ampliar la frontera agrícola, gracias justamente al crecimiento de sus canales y al mejoramiento genético de las semillas por selección simple.

Cronológicamente, este período se ubica

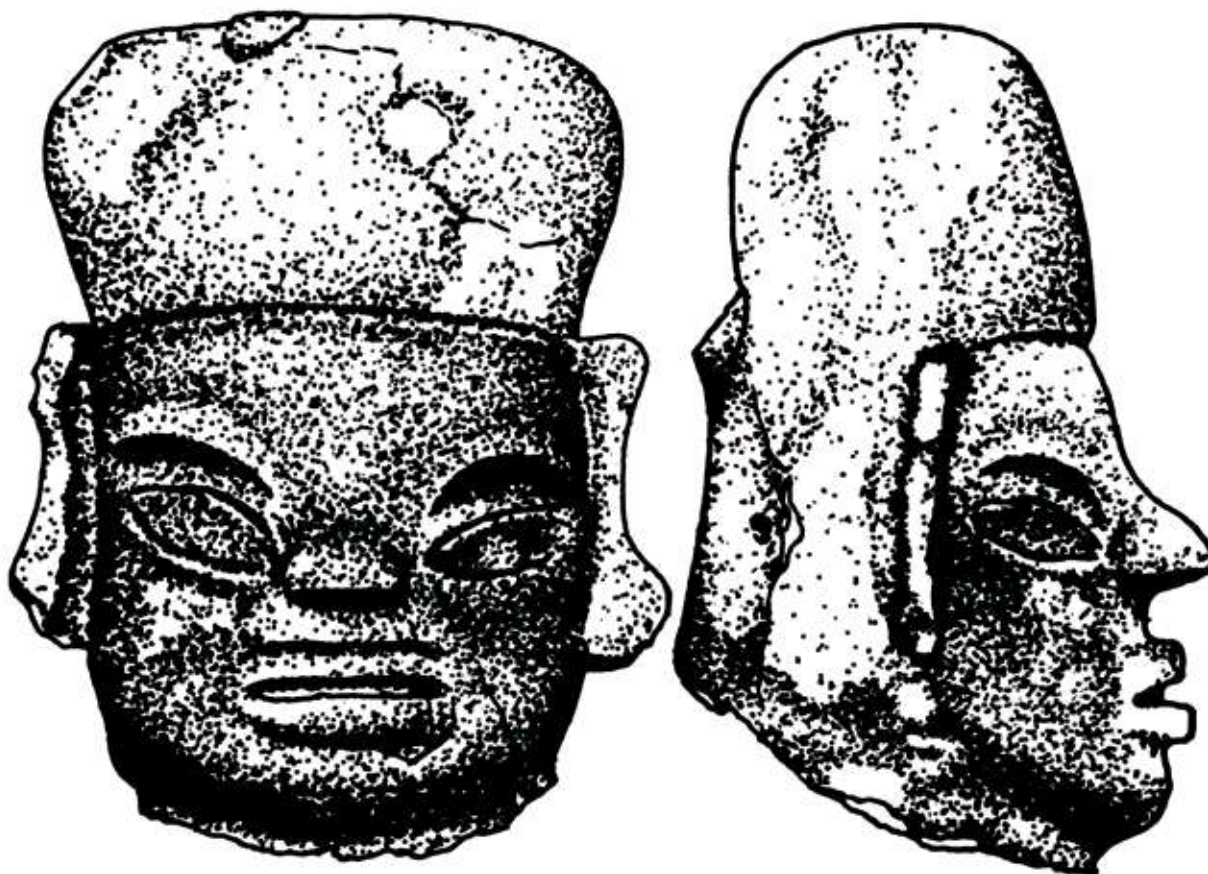


en el valle entre los siglos V y II antes de Cristo, y sus restos son muy escasos. Hasta hace cuarenta años se suponía un paréntesis de misterio; pero el hallazgo de restos que pertenecen a lo que se denomina “Cultura Salinar” en Talambo, Limoncarro, a orillas de la parte media-baja del río, y del cementerio de Puémape, excavado por el equipo científico del Museo de la Nación que dirigiera Carlos Elera, nos indica que ella es la representativa, cuando menos la que abarca mayor extensión en el valle, ocupando la parte media-baja. Sus huellas deben estar sepultadas a espera de nuevas investigaciones o destruidas para siempre por siglos de agricultura y fenómenos naturales.

Que la cerámica que identifica a esta “cultura” se encuentre en el valle no debe causarnos sorpresa, toda vez que las cabeceras del río Jequetepeque y Chicama están bastante próximas. Veinte kilómetros o poco más no es distancia que constituya una barrera infranqueable, ni siquiera dificultosa para estos campesinos recolectores de alimentos que se encuentran en los cerros, como el caracol, del que existen sobradas pruebas de su aprovechamiento en la dieta diaria.

El artista plasmó en la arcilla los atributos de la naturaleza, la quiso representar. Lo logró en cierta medida y nos dejaron no solo objetos sino vivencias, pasajes diarios de la lucha por la supervivencia del hombre y de los animales. Tal vez ya había descubierto los secretos de la concepción, por eso representaba los órganos sexuales e inclusive la actividad sexual de hombres y de animales.

La cerámica de esta época nos certifica diferencias técnicas respecto a la anterior, caracterizada por ser de color rojo, el que se ha logrado gracias a una buena cocción en horno



Fragmento de Poémape

abierto. Además, el empleo de moldes nos indica el inicio de una producción en serie, que debería estar respondiendo a la demanda de una población cada vez más numerosa.

Su cerámica se caracteriza por el uso de la brocha, con la que aplicaban trazos geométricos gruesos a base de arcilla de color blanco, muchas veces flanqueados por líneas incisas. Sus formas más frecuentes son vasijas con gollote o asa estribo, botellas con pico cilíndrico, cántaros con pico asa puente y un conducto común que une un glóbulo simple con una figura antropomorfa o zoomorfa decorada, cántaros con representaciones de carácter escultural de hombres y animales (como el puma,

mono, lechuzas, búhos, patos y otras aves), representaciones de edificios, casas con pilares que sostienen un techo plano o rectangular con frente abierto, y otros.

Con respecto a la construcción el material predominante es la piedra aristosa, empleada en los cimientos de sus viviendas y, los adobes cónicos u odontiformes, utilizados para levantar sus paredes, además de la caña brava y el algarrobo para sus techos.

No se han descubierto aún edificios públicos, administrativos, religiosos o residencias pertenecientes a esta cultura; tampoco se han hallado construcciones militares, aunque es

posible que esta arquitectura estuviera presente en el valle.

Trabajaron el oro y la plata, laminándolos en planchas muy delgadas, con las que confeccionaban aretes, anillos, narigueras, muñequeras y otros adornos para sus collares elaborados con cuentas de concha, turquesa, piedras, cristales de roca, madera y hueso.

En el tejido emplearon el algodón y la lana de camélidos. En sus ceramios se observa el uso de una camisa larga y un gorro como vestimenta común.

El alimento básico lo constituían el maíz, el zapallo y frutas como el pepino y la lúcuma, complementándolo con el consumo de carne de auquénidos, de cuy y de aves, así como con el consumo de pescado. Para estas familias, el mate o calabaza continúa siendo de gran utilidad para el almacenamiento y transporte de agua, así como para múltiples funciones domésticas.

Óscar Lostaunau Rázuri publicó en 1963 el primer cuadro de ubicación temporal de los sitios arqueológicos de la Provincia de Pacasmayo, en el que de manera muy sucinta se refiere a su hallazgo de cerámica con “decoración negativa”, es decir, pintura negra sobre el rojo original, que se identifica con la Cultura Virú, ubicando su mayor profusión en la parte baja del valle, hasta Pakatnamú, lo que significa otra ocupación cultural coetánea a la de Salinar.

Este dato contribuye a tentar extender un posible horizonte norcosteño, cuya característica es la cerámica con decoración negativa, cronológicamente similar, y que se extiende desde Piura hasta Lima (Tablada de Lurín);

pero sus restos se ubican en lugares muy puntuales, cerca del mar, sin una difusión extensa en los valles. Podría ser un estilo que pertenece a los hombres del litoral y que se extiende desde el mar hacia el interior, pero que ha dejado gran influencia en el arte de la cerámica. Es un estilo que tiene su máxima representación en la cultura Virú como heredera o prolongación de las técnicas artesanales Vicús.

Al respecto he recibido algunas comunicaciones personales, y además he observado en Chepén, Guadalupe y San Pedro de Lloc, cántaros y otros objetos de estas culturas, difíciles de identificar su paternidad; la falta de registro y su procedencia clandestina ofrecen grandes dudas de que sean procedentes de tumbas jequetepecanas.

La duda no descarta la presencia del decorado negativo que identifica a la cultura Virú, pues está registrada en Pakatnamú por Doering así como adicionalmente en Tecapa y Jatanca. Por lo demás, esta cultura contribuyó a la consolidación de nuevas ideas.

Durante estos siglos, con el aporte legado, las relaciones con otros pueblos serranos vecinos como los cajamarcas, las comunicaciones frecuentes por las cuencas cercanas del río Jequetepeque con sus vecinos del norte y sur, el desarrollo de la actividad marítima no solo para la pesca e intercambio entre los pobladores de las aldeas dedicadas a esta actividad, sino también para el comercio, que ya presenta indicadores de recorridos en busca de productos marinos necesarios para satisfacer el mundo mágico de sus ideas, como el *spóndylus* y *strombus*, que son propios de aguas más calidas, los linajes y las aldeas dispersas debieron evolucionar a una nueva organización social: la tribu; pero el valle aún

está lejos de constituir una unidad cultural y política.

No conocemos a sus dioses, poco sabemos de ellos. Si bien el desarrollo social avanzó acumulando experiencias, no se registra un cuerpo cultural definido. El hecho de que su expresión artística tenga manifestaciones técnicas empobrecidas no significa un retroceso, pues debió ser el resultado de que el arte saliera de los templos y de sus artistas sacerdotes adscritos, para pasar a los artesanos sin mayor formación.

La cerámica, como el arte, no es necesariamente la expresión de los alcances económicos sociales de los pueblos; sus patrones varían, los conceptos de belleza cambian. En este caso, nos explica más bien el paso de un fundamentalismo religioso a nuevas concepciones.

La crisis dejada por la ruptura de una organización teocrática sólida, que debió estar sustentada en años de bonanza, explicada por el poder de dioses de los que debieron blasfemar, a decir de los templos sepultados y convertidos en montículos por acción de los hombres, para levantar nuevos templos, muy bien podría estar diciéndonos que el conocimiento en manos de pocos especialistas ha rebalsado a éstos, y que el manejo de la agricultura ahora pertenece a una población más extensa.

No por casualidad a partir de estos momentos la ingeniería agrícola empieza a desarrollarse. Las obras comunitarias se centrarán en los grandes canales de riego y ya no en la arquitectura religiosa.

El papel de los líderes pasaría de los templos a la conducción de nuevas formas sociales, a la búsqueda de nuevos equilibrios; pero el animismo, resultado del poco desarrollo de las fuerzas productivas, continuará explicando las causas de las cosas.

No obstante, la observación empírica continuó acumulando experiencias y no todos los resultados dependerían de la voluntad de sus dioses, sino del conocimiento. Los amautas serán consultados. Las matemáticas se desarrollan a pesar de la escritura, he ahí el misterio...

Los ayllus no tuvieron parásitos, pues todos forman parte de una cadena productiva. El líder mantiene el equilibrio en una sociedad a la que sirve.

En sociedades autárquicas no hay acumulación de riquezas, no podría haberla con productos perecibles. Sí hay estatus, pero él no se traduciría en acaparamientos de riqueza sino en prestigio, y este se ganaba con servicios.

El líder no termina en la vida terrena, sino que continuaba cíclicamente al convertirse en *mallqui* (que va a vivir al interior de la tierra), para retornar en un siguiente nacimiento y continuar su apoyo a la comunidad. Por eso los ayllus eran fuertes, cuando conservaban en su interior talesprotectores que los vigilaban, protegían y que retornarían para continuar con ellos. No de otra forma podemos explicarnos el robo de "*momias*" del que nos hablan los cronistas y del que somos testigos aún en la actualidad.



# 5

La economía agrícola: etapa tecnificada

## Cuando los hombres quisieron ser dioses

Los mochicas en el valle ■

(200 años antes de Cristo a 500 años después de Cristo)

Waris, Cajamarca y Lambayeques ■

(700 a 1100 años después de Cristo)





Escudo de Armas que expresa la nobleza de los mochicas del valle

## 5.1

### Los mochicas en el valle (200 años antes de Cristo a 500 años después de Cristo)

La Cultura Mochica, por llamar de alguna manera a la formación económico-social que en estos siglos se desarrolló en los valles de la costa norte, de Nepeña hasta Piura, está presente en todo el valle Jequetepeque, desde la orilla del mar, por el oeste, hasta aproximadamente 40 kilómetros aguas arriba, cerca al pueblo de Tembladera.

Su presencia fue el resultado de la experiencia del poblador local, fruto de las actividades agrícolas, ganaderas y de pesca, que recibieron influencias del norte, del sur y de la sierra cajamarquina; en otras palabras, de los valles Moche y Chicama por el sur, Zaña, Lambayeque y Piura por el norte, y Cajamarca y Chota, a los cuales también indudablemente contribuyó con aportes propios.

El resultado es, pues, un sincretismo de la manera como las generaciones fueron respondiendo a las necesidades de supervivencia, creando respuestas propias y asimilando o adaptando aportes externos.

No olvidemos que las aldeas por aquel entonces estaban interconectadas por una red de caminos naturales que permitían contactos frecuentes entre sus habitantes; que el comercio,

como está demostrado, era una actividad, si no mercantil, complementaria de trueque de alimentos entre pisos ecológicos y, tal parece, de especialistas en el intercambio de artefactos y productos suntuarios entre regiones distantes.

Es posible que la guerra haya necesitado de especialistas a dedicación completa, pues esta actividad es una constante en el pueblo mochica, ya para castigar o para tomar prisioneros y ofrecer su sangre a los dioses. Aunque no se puede pensar en un ejército regular de grandes y frecuentes movilizaciones, sino más bien en campesinos soldados prontos a defenderse o atacar cuando las tribus vecinas extremaban sus recelos. Pero esta especie de ejército pudo haber surgido también por exigencia a los jóvenes como parte de un rito de iniciación guerrera que se perpetuó durante siglos, motivando un círculo de venganzas y obligaciones entre todas las aldeas.

Pero a pesar de sus constantes combates, la unidad cultural no se disgregó, manteniendo similitud en todos los valles, aunque en sus fases finales presenta dos grandes áreas o centros de poder: Lambayeque, con el “ojo alado” característico y Moche, con el “ojo café”. Esta división sugiere la existencia de dos concepciones o tradiciones distintas, puesto que es frecuente en el valle Jequetepeque encontrar ceramios con escenas de combates entre ellos, lo que significaría que este valle fue el límite entre estos dos centros de poder o regiones.

Esta etapa dura setecientos años, y si bien los distintos valles, e incluso, un mismo valle, no parecen haber tenido unidad política, sí tienen similitud sus manifestaciones: una misma actividad económica, un desarrollo armónico de sus fuerzas productivas, similar organización social, arquitectura, textilera,



Pakatnamú, vista satelital

metalurgia, cerámica, formas de vida, religiosidad y mitología, como lo detalla de manera inigualable su iconografía.

Las aldeas dispersas radialmente tenían como centro al templo, erigido sobre plataformas artificiales, al interior de las cuales continuaban “viviendo” sus gobernantes más sobresalientes y las mismas que aumentaban su volumen a medida que nuevas sepulturas lo requerían.

Estas aldeas poseían un nivel de desarrollo económico cultural similar y uniforme, gracias a la constante interacción de artesanos, comerciantes, especialistas, sacerdotes y amautas como transmisores de las observaciones empíricas.

Tal vez, en definitiva, todas tenían como contradicción principal la necesidad del agua para fines agrícolas, aunque cada una era políticamente independiente y propensa a luchar contra sus vecinos, ya por tierras de cultivo, por el prestigio social de sus miembros o por mandato de los dioses.

La demanda de recursos hídricos los llevaría a desarrollar una avanzada ingeniería hidráulica, cuyos canales y reservorios son empleados hasta la actualidad, y sobre los cuales las construcciones modernas, como los canales de regadío que distribuyen las aguas de la represa Gallito Ciego, coinciden.

El dominio de la topografía y de las leyes físicas sin los instrumentos que la ciencia de los últimos años nos alcanza es asombroso. Sorprende que en un mundo animista, sin maquinaria y sin esclavos, la respuesta fáctica sea común denominador, dejándonos un men-

saje de constancia y de la fuerza creadora que residía en la unidad de los hombres.

Si bien en todo el valle se encuentran los restos de esta cultura, son notables los grandes edificios de adobes con plataformas rectangulares superpuestas y la existencia de cementerios a lo largo del río, en sus brazos laterales y en la margen litoral del valle.

Entre las más sobresalientes construcciones debemos mencionar: el complejo monumental de Pakatnamú en su fase inicial, principal centro religioso del valle cuya ocupación es de aproximadamente 500 años antes de Cristo y quedara abandonado al parecer años antes de la llegada de los españoles; Cerro Azul o Caracoles, al borde de la carretera Panamericana (Guadalupe) con sus colosales murallas defensivas y el camino ceremonial en su meseta; los edificios y cementerios de Pa Ñi en el “cruce” de la carretera a Cajamarca (Limoncarro); la ciudadela de piedra en el Alto de Santa Rosa de los Etanos (Pueblo Nuevo), única en toda la costa por sus características, conjunto de ocho edificios de la fase final de los mochicas en el valle; el complejo monumental de La Boca del Río.

A ellos debemos agregar la Huaca Singán (Guadalupe), los edificios y cementerios de San José de Moro, Cerro Zapo y Cerro Talambo (Chepén), la aldea de pescadores de Charcape, Cerro La Mina (Jequetepeque), las impresionantes huacas de Las Estacas (Caín), Rayada (Pacanga), Cotón (Pueblo Nuevo), Sis Nán (San Pedro de Lloc) y desde luego el canal de Talambo que lleva agua desde las cabeceras del río Jequetepeque (Huabal) hasta las pampas del Cerro Colorado y Chérrepe.



### 5.1.1 Las fuerzas productivas

#### La fuerza de trabajo

La raíz mochica no parece ser una sola. Observando los cántaros “retrato”, no sorprende identificar distintos tipos raciales, y nos asalta la interrogante siguiente ¿constituyeron razas distintas que convivieron o se trata de una sola, con genotipos recesivos que son expresados raramente?. Los estudios de antropología física sobre esta cultura son escasos; no obstante, es posible observar una frecuencia de rasgos que los identifican como braquicéfalos de 1,60 metros de altura, de piernas cortas y tronco ancho, ojos almendrados y cabello lacio, con un promedio de vida que no debió ser mayor a los 40 años. Este hombre logró desarrollar habilidades que lo identifican como un

gran agricultor, pescador, cazador, artesano y guerrero.

Los agricultores ocupaban las áreas paralelas al río que las inundaba y canalizaban las áreas marginales del valle. Los pescadores se hacían a la mar en balsas de totora o “caballitos de totora”. La totora (*Schoenoplectus californicus*) es una planta que se desarrolla en las desembocaduras de los ríos y en las numerosas lagunas del litoral. Los alfareros trabajaban los depósitos de arcilla y fabricaban las ollas, tinajas, cancheros y todo tipo de artefacto doméstico. Los tejedores de petates, de textiles, plumería, orfebres, músicos, alarifes, se transmitían los conocimientos en círculos familiares, garantizando así la posesión de una experiencia que les permitía competir, tener prestigio y ser propietarios colectivos. La actividad era especializada, aunque no se dio una red complicada en el traslado de insumos a producto terminado y usuario, no obstante la alta calidad del mismo.

La fuerza de trabajo estaba constituida por la comunidad en su totalidad, existiendo sí la división social del trabajo entre campesinos, pescadores, artesanos, hombres dedicados al culto y a mantener el equilibrio entre fuerzas buenas y malas que atacan y defienden a los seres, los shamanes, los comerciantes, los tejedores, caudillos o jefes políticos. A su vez, entre estos, las ocupaciones eran impartidas de manera gradual según el sexo y la edad.

El trabajo no era igual para todos, aunque en común lo tenían como medio de aprendizaje. Mientras unos nacían y morían sembrando en el mismo lugar, otros (expertos artesanos como el tejedor o el alfarero o el forjador de metales, con un equipo muy sencillo; pero depositarios de la experiencia acumulada du-

rante generaciones de artistas) se movilizaban fácilmente, viajando por el valle o de valle en valle, liberados de las restricciones de la sociedad territorial, difundiendo sus aportes técnicos, habilidades plásticas y concepciones, los que influyeron aún más en la homogeneidad intertribal.

A la similitud cultural debió corresponder un idioma común, el *muchik*, un cuerpo de tradiciones y mitos comunes, aunque claro, con diferencias locales, producto de la inventiva y la recreación imaginaria y lingüística de las distintas aldeas y valles. Estas diferencias, al cabo de constantes interacciones, dieron sus aportes a un mismo cuerpo cultural luego de asimilaciones y adaptaciones comunes.

Existen algunos intentos por señalar el número de habitantes que tuvo esta cultura,

lo que es sumamente difícil; pero sí podemos coincidir que las familias en el valle Jequetepeque no fueron numerosas. Si observamos los espacios dedicados a la agricultura, notaremos que no fueron extensos, que canalizaron el agua hacia las pampas marginales y sembraban en el valle boscoso por el sistema de roza o quema de vegetación. Si esto fuera así, podemos suponer que sólo la quinta parte del área agrícola actual se pudo utilizar y no de manera frecuente sino rotativa, es decir, sembrando un lote mientras otro descansa por uno o dos años, lo que nos daría un total de dos mil a tres mil hectáreas de terreno sembrado.

Consecuentemente, haciendo una proyección tentativa en base a estos criterios o variables, la población activa en el valle Jequetepeque no debió ser mayor de cinco a seis mil habitantes.



Estos pueblos encuentran en la observación de la norma no solo la armonía entre sus miembros, sino también la salud de cada uno de ellos, pues se pensó que la enfermedad no tenía su causa en la falta de medidas preventivas o en desordenes biológicos, sino en la intervención de fuerzas contrarias, animadas, a las que se vencía vía la reparación de una ofensa, la ofrenda, tabúes u otras formas.

La muerte era un estado, un paso a nuevas formas de vida, en las que el difunto asumía nuevas obligaciones y responsabilidades a cambio de recibir de la comunidad retribuciones; de ahí la importancia que le asignaban al respeto y cuidado de sus muertos y lugares sacros, porque estos eran parte de su armonía cosmogónica para alcanzar y mantener el bien común.

La fuerza de trabajo, en consecuencia, no comprendía solamente la edad productiva terrenal, sino también la supraterrrenal. Los

muertos seguían contribuyendo a la producción, al control social, a la vida de la comunidad, porque formaban parte de esta.

### El objeto de trabajo: el medio ambiente

Grandes extensiones de tierras, hoy desérticas o eriazas o dedicadas a la agricultura intensiva, estaban cubiertas por bosques en los que cimbraban orgullosos el algarrobo, el molle (*Schinus molle*) y los frutales silvestres, bajo cuyas copas crecían los arbustos y una diversidad de leguminosas y gramíneas, algunas de las cuales fueron domesticadas.

En las partes inundables del río, en los afloramientos del manto freático (lagunillas como las de al sur de San Pedro de Lloc o en Mancoche, Pachanguilla), en las lagunas formadas en las desembocaduras del río al mar conocidas también como bocanas, en las veras del río, crecían la totora (*Schoenoplectus californi-*

Cerro Dos Cabezas, la Boca del Río



cus), el junco (*Scirpus sp.*), el pájaro bobo, el carrizo (*Phragmites communis*), el espino (*Acacia macracantha*), etc. En los desniveles del litoral había lagunas a causa de filtraciones de agua dulce y marina de gran concentración de sal, con flora y fauna propias y a las que se denomina albuferas.

En las faldas de los cerros humedecidos por la neblina, verdeaba la vegetación de lomas como la achupalla (*Tillandsia sp.*), además del maguey (*Aqave americana*) y otras cactáceas. Esta humedad propiciaba también la existencia de grandes colonias de caracoles de cerro (*Scutalus sp.*) que fueron aprovechados en la alimentación.

Los alimentos silvestres, como los brotes frescos en la vera y algarroba principalmente, facilitaban la vida del venado (*Odocoileus sp.*), la vizcacha (*Lagidium peruanum*), el hurón (*Didelphis marsupialis*), el mono (*Saimiri sp.*, *Cebus albifrons*), el zorro (*Lycalopex sechurae*), la llama (*Lama glama*); de aves como el guacamayo (*Ara sp.*), loro (*Conorus sp.*), tucán (*Ramphastos cuvieri*), búho (*Bubo virginianus nacurutu*), lechuza (*Speotyto cunicularia nanodes*), paloma (*Zenaida sp.*), patos (*Anas sp.*), cernícalo (*Falco sparverius peruvianus*), halcón (*Falco sp.*), águila (*Pandion haliaetus carolinensis*), cóndor (*Vultur gryphus*), gallareta (*Gallinula chloropus pauxilla*), huerequeque (*Burhinus superciliaris*) etc. Además existió una variada fauna de saurios, reptiles, insectos, arácnidos, aves multicolores y roedores, y tras de todos ellos, el puma (*Felis concolor*), el otorongo (*Felis onca*) y el tigrillo (*Felis tigrina*).

En líneas generales, el valle constituyó un área rectangular completamente verde y boscosa, cortada por el río Jequetepeque y flan-

queada al norte por el pequeño río Chamán, cuyo caudal en temporadas de lluvias intensas y cercanas al litoral permitió que se desarrollara una fauna y flora exuberante y rica, que el poblador supo aprovechar.

Todo indicaría que por aquel entonces el límite norte de extensión del valle abarcaba hasta las quebradas de Chorroca, a cuarenta kilómetros al norte en línea recta de la Compuerta de Talambo, comprendiendo el pequeño río Chamán y las pampas del Cerro Colorado, a partir de donde empezaba la hegemonía del río Zaña. Por el sur el límite estaba señalado por el desierto de Cupisnique y por la pequeña aldea de pescadores de Puémape.

Estas características ambientales condicionaron la distribución de la población en tres áreas:

- a) Talambo – Chamán - Cerro Co-lorado,
- b) La franja derecha de la desembocadura del río Jequetepeque, y
- c) Tecapa, en la margen izquierda del valle, todas ellas junto a una cuarta área, asociada a la recolección y pesca en el litoral.

A las características descritas debemos agregar la existencia de salinas en Charcape, ubicadas entre el mar y Santa Rosa de los Etanos, camino a la Bocana de Chérrepe, y que han sido explotadas intensamente en esa época, por los pobladores del valle y por los pescadores para salar el pescado, facilitando el comercio o intercambio con los pueblos del interior, (Salinas que han sido explotadas durante toda la colonia e inclusive hasta mediados del siglo pasado, que fueron destruidas por el gobierno de turno para facilitar la acción de los estancos oficiales de la sal).





Acueducto de Faclo, Guadalupe

Dando unidad a todo el valle, se hallaba el oráculo de Pakatnamú, lugar sagrado donde la casta sacerdotal residió durante siglos hasta la conquista incaica, y cuya influencia debió trascender el valle.

### Los instrumentos de producción

Estas comunidades autosuficientes basaron su desarrollo en su fuerza de trabajo y organización, más que en la complejidad de sus instrumentos. La defensa del bien común que surge en el ayllu permitió la construcción de canales para la actividad agrícola, hechos a fuerza de mano de obra que excava, construye muros, controla y conserva su utilización adecuada. De esta manera, la obra pública fue tarea social, en la que el

conjunto de la sociedad prorratea entre sus consumidores los beneficios, poniendo en sus manos una nueva fuerza de control social que sanciona y premia, complementándola con la sobrenatural.

En estas regiones, la exclusión del beneficio del agua canalizada debió constituir una penalidad muy drástica, equivalente a deambular, a no recibir el beneficio de la seguridad social y, por consiguiente a ser un paria, huérfano del apoyo social y sin posibilidades de subsistir, ya que la venta individual de la fuerza de trabajo aún no era posible; por consiguiente, los sancionados quedaban expuestos a recibir amenazas de la comunidad de origen y de las vecinas, que observaban con recelo al extraño.

El individuo y su familia tenían que aceptar y vivir conforme a la norma consuetudinaria, aprobada y consolidada. Aquí radica el equilibrio de la sociedad, equilibrio que hizo posible que con elementos simples, primarios, se lograra elaborar instrumentos verdaderamente sorprendentes.

Los instrumentos de producción podemos calificarlos, según su estructura y propiedad, en individuales, de manufactura y uso personal, y comunes, de manufactura y uso público o social. Señalamos, según la actividad a los siguientes:

\*En agricultura: sistemas complejos de riego (reservorios, bocatomas madre, acueductos, compuertas, canales madre y secundarios, surcos), el bastón o palo de sembrar (soqui), la pala, la azada en sus diferentes tamaños y formas, los fertilizantes.

\*En textilería: el telar de cintura, el huso para hilar, los tintes y agujas.

\*En metalurgia: el horno de fundición, la fragua de boca, los moldes, el crisol, las medidas, el yunque, las soldaduras.

\*En alfarería: el horno, la rueda de alfarero o torno, los moldes, los óxidos para el decorado, las paletas.

\*En el comercio: la fuerza motriz animal (llama), las espaldas del hombre, la balsa, medidas de cambio.

\*En la pesca: El caballito de totora, la balsa y los remos, el anzuelo, las redes, las cangrejeras, los flotadores de mate, los arpones, los artefactos para salar el pescado.

\*En arquitectura: el molde para adobes, la plomada, las unidades de medida.

\*En la caza: redes, hondas, mazas, lanzas, la estólica, los dardos y la cerbatana.

## 5. 1. 2 Relaciones de producción:

### Actividades de producción

#### La agricultura

El poblador del valle tuvo como ocupación básica la agricultura, con la que alcanzó un alto grado de tecnificación, siendo sus principales alimentos: el maíz, ají, papa, frejol, yuca (*Manihot esculenta*), pallar (*Phaseolus lunatus*), camote, zapallo, maní (*Arachis hypogaea*), olluco (*Ullucus tuberosum*), mashua (*Tropaeolum tuberosum*), quinua (*Chenopodium quinoa*), y otros frutales como la lúcuma, chirimoya, níspero, algarrobo, guaba, cansaboca, pepinos (*Solanum muricatum*), palta, tumbo (*Passiflora quadrangularis*), granadilla (*Passiflora ligularis*), guanábana (*Annona muricata*), guayaba (*Psidium guajava*), tuna (*Opuntia ficus-indica*), mamey (*Mammea americana*), etc. Esta dieta se veía enriquecida con la carne de camélidos, cérvidos, el cuyes, aves y en especial con peces y mariscos.

La siembra se realizaba en pequeños lotes que permitían el autosostenimiento de la familia por cosecha directa y por intercambio en los catos o plazas públicas usadas como mercado, los mismos en los que periódicamente se reunían los pobladores de la zona, ya para el culto, ya para discutir problemas comunes o para intercambiar excedentes. De esta manera con frecuencia se compartían experiencias, de donde resulta el desarrollo de esta actividad.



El viejo canal de Talambo, que regó la margen derecha del valle

La agricultura no era responsabilidad exclusiva del campesino, ya que él sólo constituía parte de la fuerza de trabajo; también lo era de los sacerdotes, quienes como buenos astrónomos sabían medir el tiempo y las estaciones con el fin de hallar la correlación entre estación, momento propicio para la siembra y lluvias, de donde emanaba su poder real. Pero además lo era también del conjunto de familias, ya que la buena cosecha prestigiaba a todos y les aseguraba la subsistencia.

Ello explica el gran trabajo colectivo, y cómo sin más instrumentos que palas y baretas, solo a fuerza de brazos, conocimientos topográfico, de resistencia de materiales y de hidráulica, pudieron construir uno de los más largos canales que se conocen en esta época.

El trabajo de miles de hombres durante años, a medida que la población iba creciendo y obligando a hacer crecer el sistema de riego de manera organizada, hizo posible que se construyera una malla de riego por gravedad, siendo notable el canal de Talambo, en la margen derecha del valle, con sus sesenta kilómetros de recorrido, cuatro metros de profundidad y seis metros de ancho en un subsuelo de guijarros, con canto rodado y argamasa natural en la mayor parte.

El canal tiene su bocatoma en el río Jequetepeque, a 211 m.s.n.m. en la vieja toma de Hualbal, hoy Gallito Ciego, y corre con dirección oeste por 10 kilómetros hasta La Punta (cerro Talambo), cortando el cerro y pasando por los sitios arqueológicos de Huanchaco y San Mateo, que tienen evidencias desde la ocupación Chavín. Luego cambia de dirección hacia el norte, pasando por La Calera de Talambo, sitio de control hidráulico por 2 500 años, regando las pampas de La Calera y Talambo. De este punto, el canal corre 20 kilómetros al

norte hasta llegar al río Chamán o San Gregorio, donde se conecta con el canal de este río, en el lugar conocido como Siete Compuertas, de donde parten canales secundarios hacia la quebrada Chorroca (7 km), hacia el algarrobal de Moro, y de allí sigue al norte para regar las pampas de Las Sandías, Cerro Colorado y Chérrepe.

Este canal termina a cuatro kilómetros del río Zaña con una inclinación promedio de 1,5 metros por mil. Aquí es notable el acueducto de Cerro Colorado, que tiene diez kilómetros de largo y una altura que alcanza en algunos segmentos 7,5 metros, cruza la Quebrada Chorroca que tiene un kilómetro de ancho, y termina en una quebrada por donde el agua es trasladada a las pampas de Chérrepe para regarlas por inundación, enriqueciéndolas con el limo que transporta el agua de “avenida” de verano en períodos de lluvias intensas en la sierra. Además, existen canales que corren al sur del río Jequetepeque, que nacen en Tolón, a la altura del cerro Pitura, donde tenían su bocatoma, para dirigirse hacia Tecapa – Pabur – Santonte – pampas de Cañoncillo. Otros canales son los de Ventanilla, San Pedro y Puémape que parecen más tardíos. El dique acueducto en las faldas oeste del cerro Murciélago o Azul, camino a La Barranca (Guadalupe), también termina en una quebrada por donde se encauza el agua en épocas de abundancia hacia terrenos propicios para el cultivo por la técnica de “inundación”, y está asociado a cerámica Moche, Cajamarca III y Lambayeque mayormente (siglos VI a XII). Además, están los canales de La Calera en Guadalupe, Farfán, Cruce de Pa Ñi, en fin, casi todos los canales en uso en la actualidad eran parte del sistema prehispánico, que llegó a su máximo desarrollo en forma gradual (Ver mapa general capítulo 1).



Cerámico en el que se respeta el escudo del Valle



Conchales de Charcape

Todas estas antiguas redes de canales y campos con surcos, como los de las pampas de Las Sandías o Cerro Colorado, están muy bien preservadas; los surcos tienen forma serpenteante o de meandros, en campos regulares que se extienden siguiendo los desniveles de las pampas. Si bien estos surcos son de los años Chimú – Inca, cuando hubo un uso muy intensivo de la tierra, es de suponer que también la agricultura de la época que nos ocupa tuvo tales características, además de verse enriquecida con el empleo del guano de las islas como abono, que es el más temprano dato sobre el uso de este excelente recurso.

### La pesca

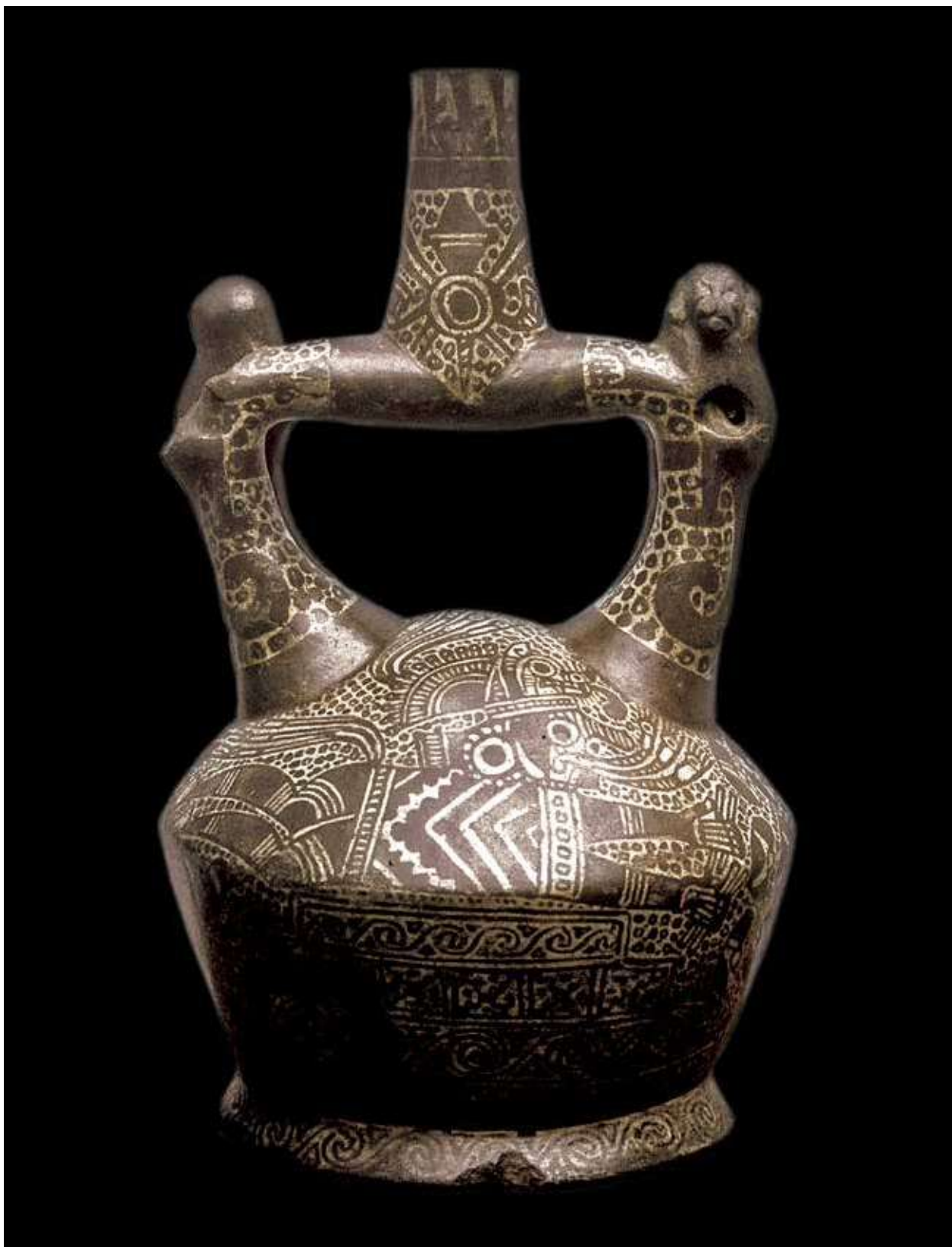
La economía marina siguió en importancia a la agrícola. No solamente aprovecharon los peces, mariscos y moluscos; sino también la grasa del lobo marino (*Otaria flavescens*) para la lumbre del hogar. Las escenas mitológicas

relacionadas con la pesca son frecuentes y las aguas debieron dar una diversidad de mitos y dioses al olimpo mochica.

La pesca requiere una técnica avanzada y gran destreza, adquirida por la experiencia, además de resistencia física, ya que las distintas especies marinas que aprovecharon exigen un adiestramiento que se va adquiriendo con los años dedicados a esta actividad o experiencia.

Los hombres fueron grandes pescadores, y la mujer no participaba en esta empresa; pero no todos los pobladores del valle se dedicaban a tal actividad, sino los clanes que se desarrollaron en el litoral formando aldeas de pescadores saladores dedicados al comercio con el interior del valle.

Aprovecharon todas las especies que conocemos, siendo las más frecuentes: La corvina



(*Sciaena Gilberto*), tollo (*Mustelus sp.*), robalo (*Sciaena starksi*), lenguado (*Paralichthys adspersus*), tramboyo (*Labrisomus philippi*), lisa (*Mugil cephalus*), bagre (*Galeichthys peruvianus*), raya (*Myliobatis peruvianus*), anchoveta (*Engraulis ringens*), cojinova (*Seriotelella violacea*), pejerrey (*Odontesthes regia regia*), chita (*Anisotremus scapularis*), moluscos y crustáceos como la estrella de mar (*Stichaster sp.*), erizo (*Te-trapygus niger*), pulpo (*Octopus fontaineanus*), calamar (*Sepiotheutis sepioidea*) muy muy (*Emerita analoga*), cangrejo (*Platyxanthus orbigny*), caracoles (*Tegula atra*, *Thais chocolata*, etc), sin olvidar sus habilidades para la recolección de mariscos de peña.

El campesino también aprovechó una rica fauna de río, que contaba con especies como el camarón (*Chryphiops caementarius*), life (*Trichomycterus sp.*), bagre (*Pimelodela juncensis*), picalón (*Trichomycterus dispar*), charcocha (*Lebiasina bimaculata*), mojarra (*Aequidens rivulatus*), cascafe (*Brycon atricaudatus*), cachuelos o anchitos (*Bryconamericus peruanus*), fauna hoy casi extinguida.

La pesca se hacía en alta mar con redes, arpones, flotadores y anzuelos, en embarcaciones de totora o, desde la orilla, con espineles o buceando para arponear como se hace para la pesca del lenguado.

A lo largo del litoral se encuentran restos de estas aldeas, siendo la más importante la de Charcape, donde hemos encontrado (1969) cerámica mochica, desde la primera fase o Mochica I, de fino acabado y cuya presencia se explica por la realización de algunos ritos en los que se debió ofrecer bebidas especiales al mar.

## La crianza de animales

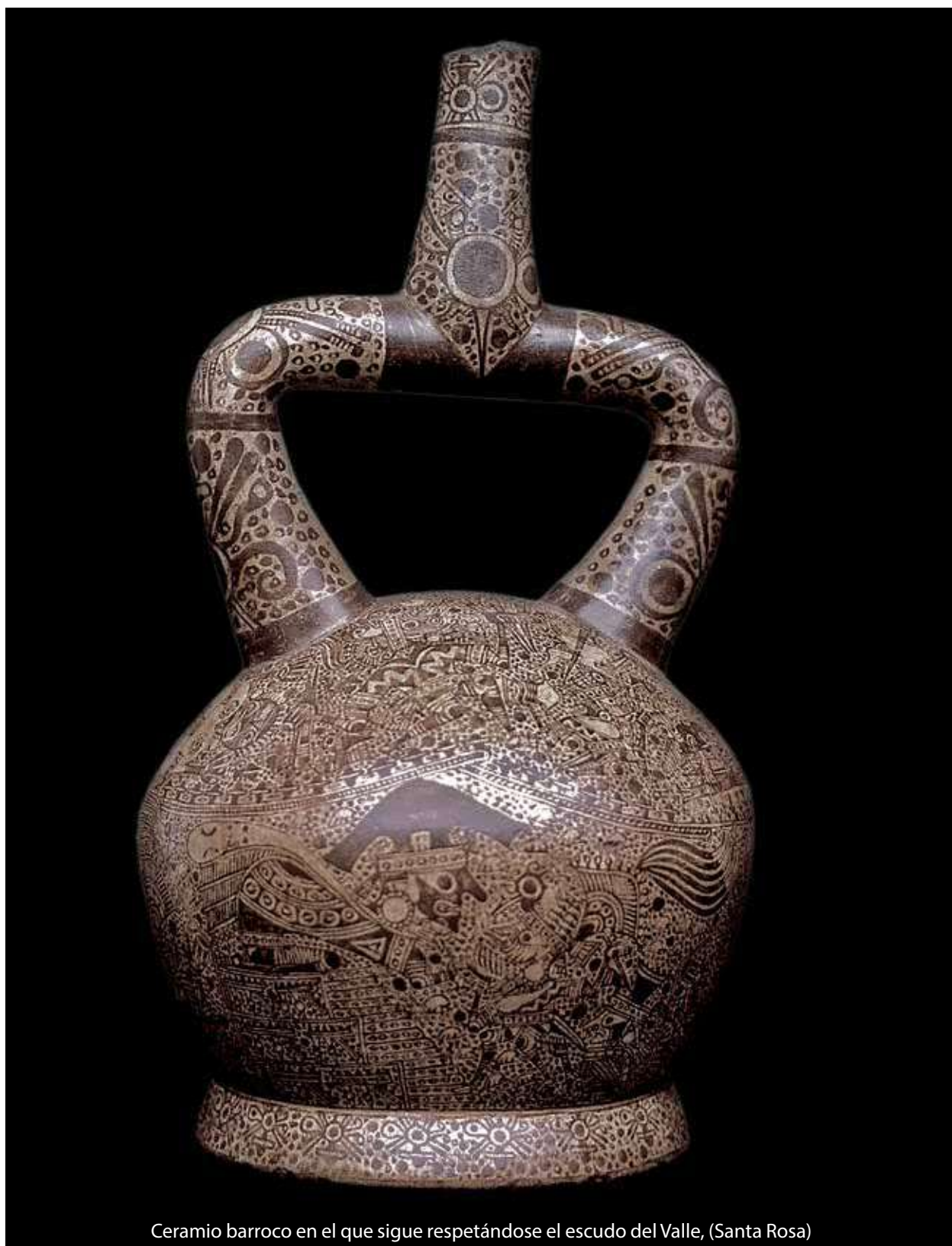
Fue una actividad complementaria. Se crió la llama para aprovecharla como animal de carga preferentemente, el cuy para aprovechar su carne y aves, en especial un pato grande propio del norte que se le conoce como *Joque* para la alimentación, además la gallareta y huerequeque como animales domésticos decorativos y para la limpieza del hogar.

No fueron los rebaños el objetivo de esta actividad, pues las condiciones no lo exigían. Para el transporte local era suficiente unas pocas llamas, y la carne era abundante gracias a la riqueza del mar. Cuando lo creía conveniente, la comunidad realizaba la cacería del venado y de otras especies como pájaros y zorros, así como del lobo marino; pero seguía estando más ligada a actividades suplementarias y no era impuesta como una necesidad de subsistencia.

Para la caza utilizaron redes, hondas, lanzas y dardos arrojados por la estólita; también utilizaron la cerbatana con la que cazaban aves; a los lobos marinos los sometían con golpes de maza y porra en la nariz, técnica universalmente empleada.

Si bien la ganadería no era una actividad económica importante, la comunidad, al parecer, sí desarrolló un control biológico de las especies, no permitiendo cacerías indiscriminadas, como lo señalan más tarde varios cronistas. La protección del medio ambiente, como propiedad de toda la comunidad, fue una de las primeras normas de estas formaciones económico-sociales; luego estaba el cuidado de las especies emparentadas con los tótems de los diversos clanes, que, como se observa en los tocados, era una responsabilidad común.





Ceramio barroco en el que sigue respetándose el escudo del Valle, (Santa Rosa)

Las cacerías constituían grandes acontecimientos inaugurados y con presencia de los gobernantes. Los hombres asistían entonando cánticos y con las mejores ropas, como lo evidencian los ceramios pictográficos.

### Las artesanías

El arte prehispánico como expresión social responde a su contingencia. El autor no es guía del quehacer real de su medio, es quien lo interpreta. Recibe de él las ansiedades, temores y logros. El artista sublimiza y ennoblece al mundo que lo ha creado y es el más preclaro de sus exponentes. Para entenderlo, tenemos que conocer la estructura que lo genera. No podemos hablar del artista sino de su época, porque ella es en primera y última instancia, la fuente de la que surge y a la que representa.

Se ha dicho que el arte para estos pueblos estuvo orientado a describir la realidad cotidiana, que es naturista, realista y expresa vivencias diarias de los runas. Otros opinan que es una forma de escritura, mnemotécnica. Ni lo uno ni lo otro. Primero, no puede ser expresión de actividades diarias o hechos, pues hubo acontecimientos de mayor trascendencia en los que participaron todos los miembros de la comunidad sin excepción, como la construcción de los canales que recorrían las pampas desérticas, con una malla de tendidos que superan los cien kilómetros, o llevando agua de un valle a otro en auxilio frente a la carestía. Sin embargo, no existe un solo ceramio que muestre los ciclópeos canales de riego con los que se alimentaron cientos de años todas estas comunidades.

Para una sociedad organizada en linajes y de economía autárquica ¿podía ser más trascendente expresar la belleza en ceramios

con formas de animales pequeños o con trazos de imágenes que se repiten con elevada frecuencia?

La pintura, al margen de la técnica alcanzada: plana, sin perspectiva ni volumen, repetitiva de escenas, debe responder a la tradición de mitos propios.

La artesanía mochica estuvo bastante desarrollada, alcanzando un esplendor no igualado. Pero, ¿cuáles fueron las condiciones para ello?, pues no solo es sorprendente el dominio estético sino también el técnico. En textiles lograron hasta 150 urdimbres por pulgada, en metales se trabajaron las aleaciones, en cerámica alcanzaron el dominio de la temperatura y la oxidación para dibujar en los recipientes. Destacaron también en la talla en piedras duras y cristales como el cuarzo, en la elaboración de miniaturas de metal, en plumería, etc.

¿Serían artesanos adscritos al servicio del templo que recibieron una intensa capacitación de por vida, o tal vez artesanos itinerantes que iban llevando sus productos a las diversas comunidades o produciendo en cada una lo que el gusto local demandaba?

Es posible que todas estas formas se hayan dado a la vez; pero si la artesanía alcanzó estos niveles, se explica por la tradición de grupos o familias especializadas y por la gran demanda impuesta no por la libre determinación del campesino, sino por el mundo religioso que impregnó todas las vivencias diarias.

La actividad artesanal fue muy variada, diversificada y especializada, y los oficientes o artesanos podían trocar su producción para

obtener alimentos, productos u otros objetos suntuarios. Se observan ceramios que representan comerciantes que anuncian sus productos silbando.

La riqueza de la artesanía se puede explicar como el resultado del desarrollo agrícola, que permitió un excedente de tiempo dedicado a actividades complementarias, las mismas que permitieron la formación de los especialistas y un excedente de producción que a su vez permitió a los pobladores del ayllu adquirir objetos suntuosos y mantener, con su demanda, talleres especializados a dedicación exclusiva.

Al mismo tiempo, la inventiva de nuevas técnicas y formas iban enriqueciendo el arte con connotaciones de carácter religioso y conceptos ideológicos.

Las artesanías del valle Jequetepeque recorren hoy el mundo, y no son los metales propiamente o los tejidos los más conocidos, sino el trabajo en cristales de roca y la cerámica, especialmente la pictográfica y naturalista.

Los artistas despliegan una amplia gama de motivos, desde una acusada tosquedad o simplicidad, hasta un naturalismo-animista o una abstracción convencionalista; por ello, su arte tiene un mensaje que conjuga estrechamente lo subjetivo con lo real, es decir, que siempre está ligado a un mundo de ideas solo por ellos comprendido. Esto explica la imposibilidad de reconstruir esta sociedad partiendo de su plástica, o interpretar la concepción de sus ideas sin antes conocer científicamente su desarrollo económico, que en primera y última instancia orientó su proyección artística, deificando a las fuerzas terrenales al rango supraterranal. Y aunque parezca lo contrario, la raíz

de este arte no estuvo en el calco de una sociedad, ya fuera para descargar tensiones, afectos psíquicos o satisfacer necesidades, sino que estuvo compenetrada de manera mucho más intensa, vital e imprescindible.

### La metalurgia

El valle no es rico en minerales. No existen en él minas de oro y plata, a excepción del cobre, que se encuentra en Chérrepe y en la zona de Cerro Puémape, pero son áreas de escasa mineralización. Hay hierro en el distrito de San José, en las quebradas de Santa María y de Horcón específicamente. En el distrito de Chepén, en Cerro Talambo, se hallan depósitos de cobre, plomo, plata y otros, pero, como en los casos anteriores, son pobres.

Los instrumentos de cobre que se encuentran, como agujas, anzuelos, artefactos de labranza, adornos personales, depiladores, cuchillos, dardos, lanzas, cascos, pectorales, coronas, escudos, etc., o de otros metales como el oro y la plata, utilizados en artefactos de uso ritual, o de aleaciones como la tumbaga, posiblemente, en su mayoría, fueron adquiridos por intercambio o comercio. O tal vez el artesano orfebre adquiría previamente el mineral en bruto o en barras, como se lo ha encontrado en repetidas oportunidades.

Fueron grandes conocedores de los metales. Conocían el oro, la plata, el cobre, el plomo y una serie de aleaciones como el cobre dorado, resultante de una aleación de cobre y oro en proporciones especiales junto a otros elementos, con el objetivo de que una fina capa de oro sobresalga a la superficie. Desarrollaron técnicas variadas para trabajar los metales, como la soldadura al fuego y en frío, el repujado, el vaciado a través de moldes, la filigrana, etc.

## La textilera

Por las condiciones climáticas, los textiles no se han conservado en el valle, conociéndose solo algunos fragmentos; pero por la variedad de vestidos que se observan en la cerámica pictográfica, esta actividad también constituyó una de las más importantes. Se trabajó el algodón y las fibras de los camélidos, se utilizó el telar de cintura y se confeccionaron camisones, taparrabos, fajas, tocados, bolsas y preciosos mantos de vistosos colores en los que representaban de manera geométrica a sus deidades principales.

De acuerdo al registro iconográfico, fue la mujer la que asumió esta actividad, la misma que requería una alta especialización; pero también realizaba otras actividades conexas como la plumería, la elaboración de lentejuelas de metal (oro, plata, cobre) o cuentas de chaquiras. Esto nos indica la existencia de sistemas de canje complementarios, de trueque entre artesanos de distintos lugares donde existía la materia prima, sea de las áreas de montaña o bosques para el aprovechamiento de las plumas decorativas, de cavernas para obtener la piel del murciélago, de zonas con mineral o de tradición orfebre o pescadores, o los *llacxa camayoc*, quienes “labraban conchas, piedras y turquesas que extraían del mar” para hacer cuentas que adornarían los vestidos de los señores norteños.

La chaquiras, como material textil en la ropa suntuaria, hace evidente la estrecha ligazón de las distintas artesanías. La chaquiras en su mayor parte procede del *spondylus* y de algunas variedades de *strombus*, los que son traídos de los mares cálidos norteños.

Esta actividad fue practicada por las

campesinas para la elaboración de su propia vestimenta o de la familia; pero también era una actividad artesanal especializada y se realizaba en talleres donde se producía “a pedido según modelo” o a solicitud de interesados o en cantidades mayores, en serie. En este último caso, la producción era masiva y estaba ligada al comercio, como se representa en la cerámica.

Hay piezas de cerámica mochica que representan a un hombre ofreciendo vestidos, dato que nos hace pensar que la ropa producida era ofrecida a cualquier persona que quisiera adquirirla, sobre todo por que la holgura de sus modelos no implicaba medidas o tallas precisas.

## La cerámica

Si es verdad que los mochicas plasmaron su realidad en la arcilla cocida, no es tan fotográfica su representación como se asevera. Es decir, la razón por la que ellos moldearon tal figura, no es la que pretendemos observar con nuestros conceptos y valores occidentales y cristianos, ya que el marco histórico en el que se desarrolló este arte es completamente distinto al nuestro. Él es resultado del débil desarrollo de las fuerzas productivas de aquel entonces y de la impotencia del hombre en su lucha contra las fuerzas incomprensibles de la naturaleza; como tal, sus vivencias transcurrieron inmersas en una explicación mítica, animista y mágica. Su arte tenemos que comprenderlo como el reflejo subjetivo proyectado en la conciencia del hombre yunga, acerca de los poderes extraterrenos que regían su vida diaria.

La cerámica mochica, según el objetivo de su fabricación, se puede calificar, en líneas



Al llenar con agua el cántaro, brota por el orificio suavemente gotas de agua que bebe un sapo (una pacarina) ...





Gracias por humanizar y embellecer la arcilla





generales, en dos categorías: utilitaria y de culto.

La primera, como indica su nombre, es elaborada por artesanos populares y requerida para el uso doméstico. Es tosca, poco plástica, a veces presenta pocas variantes, sus formas trasuntan los siglos y aún sobreviven. Responde a una necesidad concreta, terrena y práctica. Su decoración es pobre, y bastan algunos brochazos cremas o rojos, como se observa con la cerámica destinada para este uso actualmente. El trabajo de canteras y texturas, sin ser muy simple, requiere conocimientos básicos que no dificultan a cualquier hombre de la comunidad conocerlos. Si bien las canteras no estaban a disposición de cualquiera, resulta claro que por la gran demanda, facilidad de manejo y grado de desarrollo económico, no es posible pensar en grandes explotaciones individuales con acumulación de plusvalía. Ella debió ser elaborada por artesanos cuya unidad de producción estuvo reclutada entre los aptos de la comunidad (como lo explica la etnología comparada), utilizando una forma de cooperación resultante de sus instrumentos colectivos de producción, cuya función, sin embargo, no representó estructura y control económico o político.

La cerámica de culto, en cambio, alcanzó una perfección admirable: era hecha para el servicio de las ideas, inspirando su belleza una concepción mágico-religiosa. Ella por ser requerida para el servicio de los templos, de los sacerdotes, militares, para determinadas fiestas cultistas, para acompañar a los difuntos llenas de alimentos y bebidas especiales, fue motivo de cuidado esmerado. La selección de la arcilla y componentes, temperatura de cocción, óxidos para dibujar o pintar, el dominio estético que conjuga lo real

con lo supraterráneo, obligaron necesariamente a la dedicación de artistas cuyos conocimientos y experiencias se acumulaban en centros artesanales especiales, los mismos que, por el dominio y conocimiento de la teogonía estaban fuertemente asociados al templo.

Los artistas fueron gente al servicio del culto. En consecuencia, su centro y sustento se encontró en los templos, y como tal, esta especialidad estuvo al servicio de los grupos de poder, fungiendo de nexo entre el pueblo y su religión. Su arte no fue para el placer estético, terreno, presentista; fue religioso y buscaba afianzar una estructura y un control político-económico.

En el arte de culto podemos observar evolución de trazos y concepciones que van desde representaciones naturalistas, simples, objetos y trazos lineales a movimiento y dinámica, piezas abstractas e inclusive barrocas, que a pesar de su complejidad no pierden la esencia de la mística mochica, e incluso hay piezas que nos parecen hablar de dinastías o tribus por las diferencias de sus escudos de armas, o que nos describen paisajes o mitos, y hasta tal vez lleven los gérmenes de una escritura, como lo proponía don Rafael Larco.

Además de la cerámica que representa una diversidad de mitos y combates epopéyicos, merece mencionarse la encontrada a orillas de la desembocadura del río Chamán en Santa Rosa de los Etanos. Posiblemente son pinturas que nos narran mitos o frecuentes combates con los pobladores de Mocupe y Zaña.

También se debe mencionar a la cerámica escultórica sexual, cuya presencia está asociada a una idea mítica, así como a un acto normal asociado a la germinación de nuevas





Camino Mochica, pampa de Faclo

vidas, para los que indiscutiblemente han tenido su propia interpretación. La más temprana representación de los órganos genitales, masculinos y femeninos, ambos en una sola pieza o por separado, ocupando una vasija, la encontramos en la cerámica Vicús I. Más tarde, con el desarrollo de la escultura, ya no se representan estos órganos aislados, sino en el contexto corporal; pero siempre en dimensiones desproporcionadas, tratando de resaltarlos, es decir, poniéndolos en primer plano. Paralelamente, a ello y sin perder su esencia de interpretación mágica, se van dando formas o animando las escenas del apareamiento y sus diversas variantes en su más grande representación plástica.

La representación sexual no solamente está referida a los hombres, sino que abarca incluso al mundo animal, con diversas representaciones de cópula de los sapos (*Bufo spinolosus*), llamas y de las aves; es decir, animales que habitan en el agua y en la tierra, muy relacionados a la fertilidad. También está referida al mundo vegetal, como el maíz y tubérculos humanizados. Es decir, se trata de un equilibrio cosmogónico unido por una idea central de reproducción o fertilidad, de la que el hombre no es un ser aislado, aparte, sino un elemento más dentro de la concepción animista y teogónica mochica. Concepción central que, unida al gran desarrollo del trabajo en cerámica, consigue plasmar en magníficos vasos que admiramos, el filum sagrado de la reproducción de las especies.

Esta cerámica desaparece con la llegada Wari al valle, y aunque en un principio fue influenciada por ella, más tarde cae completamente en desuso. El arte mochica en general decayó, ya sea por la invasión de artesanías serranas de Cajamarca y Ayacucho, a través

del comercio, o por causas aún desconocidas, aunque, por supuesto, no sería la invasión una de ellas, pues la cultura mochica, tan desarrollada, no podía ser aniquilada por las armas y controles militares desde Ayacucho, como hay quienes lo proponen. El caso de Grecia y Roma es un ejemplo en el que el conquistador fue influenciado por la cultura de los conquistados.

El centro de poder migraría hacia el valle La Leche, donde va a perdurar y a transformarse en una cultura propia, quedando estos valles desolados posiblemente por catástrofes. Como consecuencia, los artistas se volvieron artesanos y empezaron a producir más en serie para el comercio.

### 5. 1. 3 La organización política

Los mochicas en cuanto a su organización política posiblemente evolucionaron a una organización superior de gobierno; es decir, transitaron del linaje a la etnia y de ahí al pequeño estado de control social local. Alcanzaron incluso la transición a la sociedad de clases y su nivel de desarrollo económico social corresponde a la agricultura tecnificada. Si bien no fue un pueblo ganadero, el control del medio le permitió una cacería periódica que le proveyó la proteína animal complementaria a su dieta, como lo fue el pescado, los cuyes y las aves domésticas.

El hombre constituyó ya el centro de la familia, siendo ésta monogámica respecto a la relación de pareja, pero extensa en cuanto a la unidad familiar.

Esta familia extensa es la base del ayllu o comunidad, la misma que permitió mantener un equilibrio entre la producción y la



Camino ceremonial del complejo arqueológico en la cumbre del cerro Caracoles (o Azul o Murciélagos)

población, desarrollándose clanes con actividades específicas o especializadas, ubicados en espacios definidos y cuyos excedentes se intercambian con los vecinos.

Estas sociedades territoriales encontraron en la unidad su mayor fuerza y capacidad de respuesta a las contradicciones; su cohesión obligó a buscar la seguridad social de todos sus miembros, radicando en ella el derecho a la inventiva y observación de las normas y la aplicación de sanciones a los infractores. Un bien o un mal afectan en primera instancia a quienes lo realizan, pero también a la aldea en su conjunto, según la dimensión de ésta, lo que nos sugiere la importancia y control de la observación de las normas, las que más que una abstracción moral fueron prácticas, en cuanto afectaban las relaciones entre los hombres.

Llevando el control social, alrededor del cual giraba toda la conducta de las familias, se encontraban los mandatarios, caudillos locales que basaron su poder en la herencia o en un prestigio adquirido, y que gobernaban áreas extensas del valle. Los sacerdotes eran los responsables del culto y del equilibrio entre las fuerzas de las deidades y los hombres que las invocan, y radicaban hasta después de muertos en los templos, junto a los dignatarios y demás miembros del séquito cultista administrativo.

Ocho siglos de desarrollo propio experimentaron estos pueblos que alcanzaron la fundición del cobre y los metales preciosos como el oro y la plata, que les sirvieron para producir nuevos instrumentos. Su organización puede considerarse que corresponde

a los inicios de un modo de producción que caracteriza a los pueblos andinos. Características que son plenamente evidentes varios siglos más tarde, tales como:

- Pequeñas comunidades que combinan sus actividades logrando su autosuficiencia y que, en sí mismas, contienen las posibilidades mínimas necesarias para una reproducción y plusproducción.

- La presencia de un sector directriz que se identifica con el control social y que se sobrepone a las comunidades, asumiendo la administración de la fuerza de trabajo, los medios de producción y las actividades productivas.

- Este sector se encarga del planeamiento y ejecución de las obras públicas de interés común, apropiándose de parte del plusproducto producido.

Esta sociedad tenía como base la comunidad primitiva agraria, siguiente forma de la comunidad primitiva natural o nómada, que surge en los milenios pasados, cuando el hombre crea agricultura apropiándose de la tierra. Esta comunidad aldeana dio lugar a una casta aglutinante.

Esta formación social conserva dentro de sí los elementos de la comunidad primitiva con los gérmenes de una sociedad de clases. Grupos agrarios autosuficientes que carecen de propiedad privada, aunque el usufructo de la tierra es individual, la cual es redistribuida temporalmente a los individuos, en tanto que la casta dirigente como unidad superior, organiza y dirige los trabajos públicos de interés general, ejercitando el poder para obtener un plusproducto por diversos medios.

Corresponde pues, a una etapa distinta de la formación primitiva, donde la comunidad es la base de la economía (sin clases), y a una formación secundaria (clasista), donde la esclavitud o la servidumbre conforman la base del sistema.

Se tipifica por la combinación de la actividad productiva de las comunidades aldeanas, cuya mayor parte de la producción agrícola o artesanal obtenida en el tiempo no ocupado en el trabajo agrícola o por especialización de ciertos miembros de la familia en la aldea está destinada al consumo inmediato.

Se caracteriza también por la intervención de una autoridad para alcanzar el afianzamiento ideológico, trabajo público, rotación de tierras, seguridad, explotación de minas, artesanías especializadas. Esta autoridad, cuya organización en contrapartida, recibe un tributo exigido en especies y en trabajo gratuito.

La ausencia de propiedad privada de la tierra permitió la construcción comunal de un sistema de irrigación que llevó, a través de canales y reservorios, a un mejor aprovechamiento del agua. Es la ingeniería, particularmente en la agricultura por irrigación, el máximo exponente del desarrollo alcanzado por el pueblo mochica y la mayor fuerza de control social, gracias también a condiciones atmosféricas que permitieron la expansión agrícola, tal como recientes estudios lo vienen demostrando. Aquí radica la verdadera llave del desarrollo de esta sociedad y no en el impuesto aprovechamiento de la fuerza productiva a través de la presión extraeconómica, violenta, ejercida sobre el individuo y sostenida por ejércitos regulares, mercenarios y esclavistas, o por un esclavismo patriarcal y doméstico y por lo tanto no productor, cuyo desarrollo es-



Edificio Mochica de Pacatnamú

taría siempre favorecido por el comercio exterior y por la producción de mercancías.

No existen pruebas de que el esclavismo haya existido como tal, que los esclavos hayan sido propiedad individual o colectiva de las comunidades, y que con un posterior desarrollo de la economía agrícola, el número de estos fuera creciendo. Como máximo debió darse, y aunque al parecer de manera restringida a los personajes de gobierno, el cautiverio, forma transitoria en la que el cautivo podía ascender a ocupar cargos importantes en la comunidad. La identificación de nuestros pueblos ancestrales con aquellos estados que tuvieron como expresión de su desarrollo la construcción de grandes obras sustentadas en el trabajo de los esclavos, no puede hacerse de manera simple y mecánica.

Los grandes trabajos públicos fueron consecuencia de la ideología comunal del ayllu,

del bien común, y se explican en la búsqueda de una armonía con la naturaleza, presente desde la comunidad primitiva nómada y que ha continuado por siglos, tal parece hasta nuestros días, en el poblador de los Andes.

Los tres departamentos que tenían gobiernos esclavistas orientales, de guerra (pillaje externo), finanzas (pillaje interno) y obras públicas, no se manifestaron en la sociedad mochica. El botín, propio de sociedades con valores de transacción mercantiles, no fue el eje dinamizador de las relaciones. Tal vez si acaso la contradicción fundamental se manifestó entre la producción y la demanda y su distribución social.

Siguiendo esta caracterización, podemos decir que se trata de pequeños estados que eran autosuficientes y que combatían entre sí por el dominio total del valle, pero que sus niveles de desarrollo no les permitieron aún el do-

minio de un valle sobre otro. Tal vez podemos decir que en su etapa culminante esta pudo ser la característica política.

Los sitios donde radicaron y se sepultaban los gobernantes, sacerdotes y guerreros fueron construidos y frecuentemente mejorados por medio del trabajo multitudinario con aportes de tiempo de libre, de productos y de materiales de construcción como los adobes. En estos sitios se acumulaban tesoros de valor mítico, alimentos, alhajas, objetos de uso doméstico, textiles que les daban un poder de avasallamiento y que hacían codiciar su conquista, en fin, todo lo que exigía a su vez una defensa de la que en definitiva dependía la sobrevivencia de la comunidad.

#### 5.1.4 Ideología

Esta sociedad entiende a su mundo como parte de un equilibrio total, donde cada sujeto, cada elemento interactuante influye y es influido a su vez en lo que le corresponde hacer, siendo la sumatoria de todos un plano comunitario, la dinámica de su mundo.

El caudillo, el sacerdote, el campesino-soldado, el pescador, el artesano itinerante y local, el comerciante, el shamán, la mujer, el niño, la flora, la fauna, las costumbres, el dios principal, los dioses totémicos, las aguas, el día y la noche, las estaciones, todos constituían una unidad donde las diferencias eran reconocidas por los atributos de cada cual. De ahí el severo castigo a los que quebrantaban la norma, la religiosidad con sus muertos, la ofrenda a sus dioses, la ausencia de obras faraónicas para el disfrute del hombre. Es que debió ser una sociedad profundamente comunitaria, como lo es el ayllu.



Si revisamos la vivienda, nos damos cuenta de que era simple. Los grandes monumentos, en realidad, no eran palacios o templos para los hombres; eran sarcófagos que iban creciendo a medida que los principales que obtenían méritos suficientes construían sus tumbas. En las plataformas superiores se levantaban las viviendas y las salas para el rito. De ahí el constante adosamiento de nuevos muros y plataformas, que culminan en pirámides escalonadas o rectangulares pintadas con alegorías míticas como la Huaca de las Estacas en Pacanga.

Tampoco podemos idealizar al suponer que no existían diferencias; por supuesto que sí existen diferencias de poder hacer el mal o el bien, de predecir, de curar, de elaborar obras de arte para el rito y para los difuntos, de conocimientos, de valor en el combate, de habilidad, de organizador, diferencias por encargo de los dioses para el gobierno de la comunidad, de género y edad, etc., pero estas no se traducían necesariamente en acaparamiento económico y de la fuerza productiva de la comunidad en provecho propio.

El animismo fue consustancial a todo. La vida se explicaba por la lucha del bien y del mal, una dualidad que caracterizó a los pueblos andinos. El Ai Apaec o dios hacedor (desarrollo del politeísmo al panteísmo) que lucha con otros seres con más o menos semejantes atributos es la máxima representación. Su mundo tiene una explicación preológica, pues los sucesos se consideraban consecuencias de fuerzas buenas y malas luchando eternamente, sin descanso; de su victoria dependían la vida o la muerte, la cosecha o el hambre, la libertad o el sacrificio del vencido.

La iconografía mochica es muy valiosa. En

realidad es un diccionario ilustrado, como la define Hans Horkheimer; pero no es suficiente para conocer el pueblo en su totalidad, de ahí que el campo ideológico lo podemos inferir ayudándonos de la etnología. Sus ideas y alegorías son representadas en la cerámica a través de imágenes y colores que se repiten (rojo indio y crema) no por casualidad, con diversos atributos míticos. Se nota un gran cuidado en los entierros, que llevan toda una disposición precisa, de acuerdo a la concepción de su mundo. La ubicación de los cadáveres, el lugar de las ofrendas, los alimentos, la construcción del sarcófago, que puede ser de caña brava, madera o un fardo con abundante algodón como los encontrados en Pa Ñi, caracterizan al valle Jequetepeque.

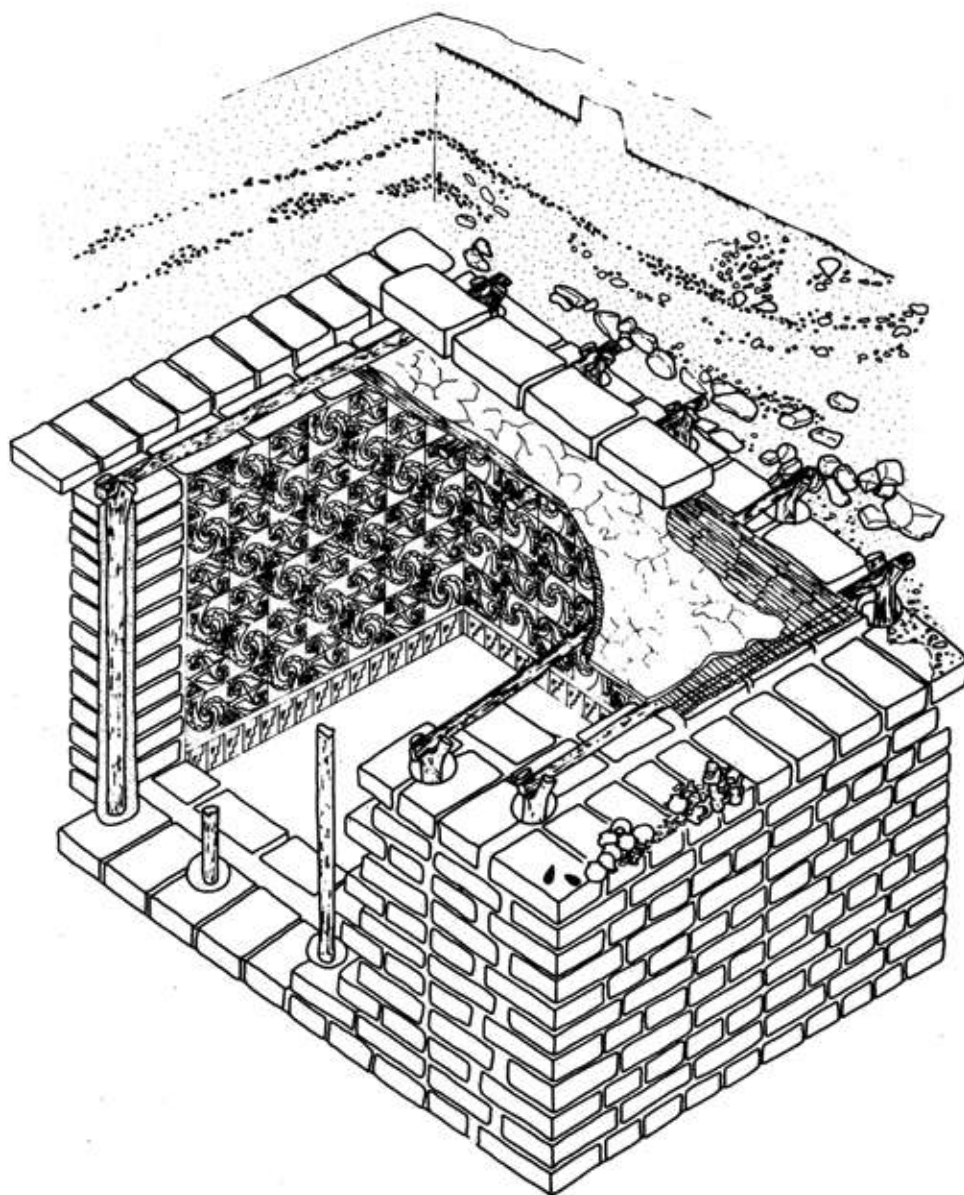
A nivel macrosocial la diferencia de las ofrendas que acompañan al difunto dependían, al parecer, de las características y posibilidades de cada región. Así por ejemplo, en los valles de Moche y Chicama, la cerámica es muy fina, mejor elaborada y decorada, pero casi no se encuentran artefactos de oro y plata; contrariamente, en Lambayeque, Sipán por ejemplo, donde el trabajo del orfebre es excelente y de un máximo desarrollo, además de ser bastante frecuente el uso de piezas de oro y plata en especial, la cerámica tiene mal acabado, es áspera y repetitiva, de formas moldeadas.

En el valle Jequetepeque, el ajuar funerario tiene su mayor representación en la cerámica con dibujos de escenas trazadas con pincel muy fino. Se han encontrado cántaros con pico y asa estribo, botellas esféricas de base plana, pico y asa de medio arco, que es la forma frecuente y preferida, en los que se ha logrado pintar todos los espacios con paisajes naturales, actividades diarias, mensajeros en movimiento, reproduciendo escenas de com-



El desconocido complejo arqueológico Mochica, del Alto de los Etanos... a la espera de los investigadores





Sarcófago Cerro La Mina, Jequetepeque. Ilustración Alfredo Narváez

bate entre dos ejércitos o entre dioses humanizados.

Los metales casi no se encuentran, excepto armas y artefactos utilitarios; son muy pocos los hallazgos o informes sobre tumbas con ofrendas de oro. Aquí vale mencionar el hallazgo en Pa Ñi, a comienzos de 1970, de una tumba con ofrendas de oro, que ocasionó admiración, pero que desgraciadamente fue des-

cubierta primero por huaqueros que destruyeron su contexto; finalmente, la entonces Policía de Investigaciones del Perú de Pacasmayo dio por referencia solo un esqueleto completamente disturbado. Otro de los hallazgos fue el de Cerro La Mina en Jequetepeque (1990), cuyo aporte de valor histórico, perdido irremediamente por la codicia y la ignorancia, podría rivalizar con la tumba del Señor de Sipán, si tomamos en cuenta todas las declara-

ciones que pudimos registrar por aquel entonces de los descubridores encarcelados, amigos y compradores de algunas piezas, así como las crónicas de diarios de Trujillo y Pacasmayo, y finalmente las únicas piezas de cerámicas registradas en excavación científica, han sido robadas del museo de El Arco Iris en Trujillo. Todas estas grandes expresiones artísticas posiblemente tratan de explicar y representar mitos y tradiciones epopéyicas, posibles en pueblos que han alcanzado un desarrollo que les permite vivir sin apremios, con un tiempo libre dedicado a la experimentación y contemplación del mundo, que ha formado escuela artística y con sensibilidad por lo bello.

Hablamos de un pueblo que tiene normas y conceptos claros de la educación, entendida esta como la manera de transmitir experiencias y motivar la observación. No de otra forma nos explicaríamos cómo los especialistas fueron descubriendo de manera precisa fórmulas de producción como las metalúrgicas por ejemplo, para trabajar y alear metales hasta llegar al platino, con mil quinientos años de anticipación al resto del mundo; para llegar al descubrimiento de principios y leyes hidráulicas que les permitieron la construcción de grandes canales, evitando la erosión de los suelos y aprovechando la fuerza del agua por gravedad, para resolver el problema de los desniveles; o para establecer la relación directa entre clima y siembra, entre temperatura y cerámica, etc.

La educación era práctica, transmitía experiencias de padres a hijos según la activi-

dad económica de cada familia, también las normas de conducta de cada quién. La represión debió ser muy cruenta, como se observa en la cerámica, variando desde la cercenación de una parte del cuerpo hasta la muerte.

La aplicación de la norma parece haber estado a cargo de una persona en especial o era atribución de los mayores del ayllu; pero en estas comunidades la norma es conocida y observada por todos, asegurando su cumplimiento.

El control social es intenso en estas sociedades territoriales, siendo en la mayoría de las veces los pobladores quienes aplican el castigo. A la autoridad se le presenta magnificada, con múltiples símbolos que debieron hacerla temible dentro de un gobierno de formas teocráticas y, severa en la imposición de la justicia.

Es en esta época que el valle Jequetepeque adquiere su verdadera personalidad, legando a las generaciones siguientes las bases para su desarrollo, las mismas que son enriquecidas con nuevos aportes; pero no cambiadas del todo. La cultura alcanzada por los hombres del valle Jequetepeque fue como sus edificios, sobre los cuales se adosaron construcciones y tumbas nuevas, intrusivas, alcanzando un solo cuerpo de importancia, a través de los siglos, hasta que fue roto el desarrollo autónomo de estos pueblos.

Me atrevería a decir que aún subsisten los patrones culturales, que su esencia se mantiene.



Viajero que enlaza míticamente dos mundos

## 5.2

### Waris, Cajamarca y Lambayeques

La Cultura Mochica por estos siglos fue cediendo su homogeneidad y territorios, teniendo al parecer en los valles de Jequetepeque, Zaña, Reque y La Leche, es decir desde Pacasmayo hasta Lambayeque su último bastión. En esta región, la última fase (Mochica V) es muy intensa, abundan restos y cementerios con cerámica que identifica a los últimos siglos de esta formación económico social, la que va a presentar cambios que manifiestan el germen de una nueva: La Lambayeque, la misma que pronto se ve expulsada por la intrusión de los Waris desde Ayacucho a través de Cajamarca.

Son años de gran convulsión; difícil por ahora señalar áreas y cronologías exactas con respecto a la supremacía en el valle de los lambayeques, cajamarcas y waris. Es posible que con frecuencia los límites se hayan movido. No obstante, por ahora, podemos señalar a la margen derecha del río Jequetepeque y a las orillas del río Chamán como el gran asentamiento wari y lambayeque.

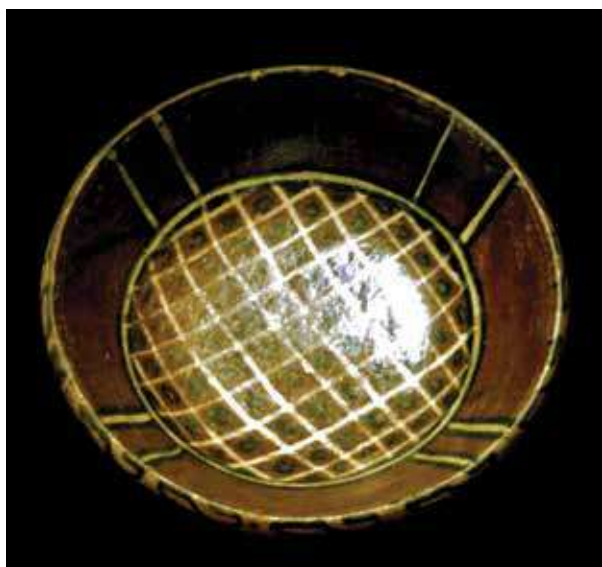
¿Cómo la impronta Wari se extiende y abarca el valle? Es difícil de responder satisfactoriamente. ¿Fueron las armas superiores de bronce, como lo afirman unos, concluyendo en consecuencia el valle anexado al imperio Wari? ¿Fueron los dioses tiwanacos más poderosos, que superaron a los yungas, y

por lo tanto se cambiaron las castas sacerdotales? o ¿es la presencia de nuevas corrientes económicas más fuertes y apropiadas que revolucionaron las estructuras conservadoras de los clanes y pequeñas sociedades territoriales.

Respecto a la primera interrogante, no se encuentra en el valle ni en las cuencas cercanas, ni siquiera en la Toma de Talambo que controlaba el riego de medio valle, arquitectura militar que nos explique la presencia de un dominio militar imperialista. En respuesta a la segunda interrogante, tampoco se encuentran centros ceremoniales u oráculos de poder, erigidos a los dioses extranjeros. La tercera, podría ser la más correcta, pero no es posible aún sustentar.

Los edificios públicos muestran superposiciones arquitectónicas que indican ocupaciones prolongadas desde los mochicas hasta las últimas ocupaciones incas. Tampoco se registran destrucciones expresas ni abandonos de templos, aunque sí reacomodos e introducciones de otras técnicas y modificaciones simétricas con nuevas plataformas y ampliaciones laterales.

En general, se observa un avance respecto a las artesanías; en los textiles aprovechan de manera más frecuente la lana de camélidos, se conoce el bronce, el olimpo se modifica, la arquitectura aprovecha las lajas, aparecen nuevas formas de asentamientos con palacios junto al templo y barrios artesanales, la población urbana se multiplica y la contradicción principal parece ser ahora las relaciones urbanas y campesinas, desarrollándose el comercio que exige a su vez una mayor producción artesanal y nuevos especialistas: los comerciantes, que recorren distancias mayores hacia la sierra y selva y por el litoral, construyendo caminos



y descubriendo rutas marítimas y medios de transporte y embarcaciones mayores.

La idea del espacio se amplía, conviviendo el ayllu o comunidad local articulado con unidades políticas más extensas. No parece que en esta época el valle haya tenido unidad política, no existe un centro de poder y control. Pakatnamú continúa siendo el centro religioso más importante del valle, no tiene huellas que denoten una marcada presencia wari, muy por el contrario, su presencia es inferior respecto a las otras ocupaciones.

La presencia wari se encuentra en todo el valle, pero sólo en cementerios, en construcciones de viviendas y de manera intrusiva modificando o ampliando los edificios mochicas.

La ciudad arqueológica de Wari, ubicada a 25 kilómetros al noroeste de Ayacucho, fue la capital de un complejo estado denominado Wari, de fuerte influencia Tiawuanaco. Se dice que su expansión controló primeramente la

costa de Ica y Lima, luego Ancash, Cuzco y Sicuani y en la época de su esplendor avanza sobre Cajamarca y de allí a La Libertad y Lambayeque.

Su religión logra integrar representaciones de los dioses tiawanacos, wari y Pachacamac, en un personaje antropomorfo con un tocado de donde surgen elementos simbólicos a manera de rayos, con los brazos ocupados en sostener unos cetros o báculos cuyos extremos adoptan la cabeza estilizada de una serpiente, un cóndor o un puma o una cabeza con elementos de ambos, cuando este dios es presentado de perfil suele tener alas que nos recuerda al viejo dios chavín de la estela de Raimondi.

Los waris llegaron con su concepción de vida urbana, expandiendo el modelo de centro urbano amurallado, bien planificado, simétrico y dentro de un planeamiento interno cuadrangular de diversas funciones.

Al valle trajeron la cerámica conocida por los arqueólogos como Wari 2 B; es decir la que corresponde al momento de su máximo esplendor y expansión, conocida por su policromía con los colores básicos de blanco, rojo y negro, hecha en molde y con formas de vasos, cántaros, jarras, platos y tinajas.

Esta presencia wari no parece haber sido muy intensa ni duró mucho tiempo, tal vez cien años, ya que llega acá en las postrimerías y, como se sabe, en esos momentos la ciudad capital quedaría abandonada, sucediéndose una depresión casi generalizada en la sierra; contrariamente en la costa, los pueblos locales se mantuvieron relativamente prósperos.

Es el momento cuando los Lambayeque



con bríos propios retoman de manera autónoma su cultura local, tomando los elementos heredados y fusionándolos con su nuevo dios Ñaylamp. El valle Jequetepeque estuvo por aquel entonces formando parte de esta nueva formación social.

Los restos que nos informan la vida en estos siglos se encuentran dispersos en todo el

valle; pero básicamente con entierros intrusivos en cementerios y edificios mochicas. Son representativos y tienen su origen los centros urbanos de Farfán (Guadalupe), Coslachec en la cúspide del cerro San Sebastián de Chapén, las huacas de San José de Moro en Chapén, además de las evidentes ocupaciones de Pakatnamú en su fase media, El Alto de Santa Rosa de los Etanos, La Calera y el reservorio

de Talambo, Pa Ñi, Mazanca, Ñampol, Charcape, La Boca del Río, y todo el recorrido del río Chamán donde se conocen hasta siete huacas de este período, un área de los petroglifos de San Simón de Huabal y Yonán en la parte alta del valle.

Sin lugar a dudas que el lugar más importante se encuentra en el Alto de Santa Rosa. conocido también como Santa Rosa de los Etanos. 0Consta de un conjunto de ocho edificios piramidales de piedra y decenas de plataformas que sirvieron de base de viviendas en las faldas del cerro, que en una época de esplendor debió albergar a tres mil habitantes. Todo el conjunto está protegido por tres murallas sucesivas de hasta dos metros de altura en la actualidad.

El complejo ocupa una extensión de dos hectáreas, ubicado en las faldas y pampa oeste del cerro San Ildefonso. El lugar es abrigado y está protegido de los vientos por declives naturales del terreno, en una hondonada, por lo que no es posible verlo desde la pampa y se encuentra mirando al desierto de Chérrepe y Mocupe, debiendo constituir una población limítrofe del valle, de ahí la característica de su construcción defensiva.

En la superficie se registra gran cantidad de fragmentos de cántaros que caracterizan a esta época; pero también se encuentra cerámica mochica de la etapa final en la que tal vez tiene su partida de nacimiento.

Asimismo es importante la aldea de pescadores de Charcape, ubicada en la margen izquierda de la carretera de Guadalupe hacia la Bocana de Chérrepe, asociada a minas de sal cercanas, cuyos restos ocupan una extensión de doscientos cuarenta mil metros cuadrados,

siendo característica una capa estratigráfica de escamas de pescado de 20 a 60 centímetros de espesor, en toda el área, lo que nos indica claramente la intensa actividad de pesca, salazón e intercambio.

### 5.2.1 El Trabajo y los Elementos para la Producción

El valle en estos años fue objeto de diversas oleadas migratorias, no de otra forma se explica la aparición de nuevas conductas y tradiciones, cuyos orígenes son foráneos. En líneas generales podemos señalar a la corriente wari que se posesiona mayoritariamente del canal de Talambo y del río Chamán hasta su desembocadura; una corriente Cajamarca que baja por los cauces del río Jequetepeque y se asienta en sus áreas agrícolas hacia Chocofán y Mazanca y finalmente una corriente norteña producida por la expansión Lambayeque.

Estas corrientes por deducción tienen una superposición cronológica, la primera correspondería al siglo VII, la segunda al siglo VIII y la tercera a los siglos IX y XII que son momentos de gran expansión lambayecana, la que logra anexar hasta el valle Chicama.

La penetración foránea, más que militar, debió corresponder en un inicio a factores climáticos, que tanto han influido en la historia de los pueblos andinos, tal vez grandes y prolongadas sequías o inundaciones obligaron a emigrar y luego a retornar al terruño, como las crónicas del siglo XVI narran. Retornos que lo hacen imbuidos de nuevas ideas y que facilitaron además la migración de pobladores andinos.

Estos constantes movimientos si bien en-



riquecieron con sus aportes y experiencias al poblador, dificultaron el desarrollo de una identidad cultural local; en consecuencia la comunicación debió hacerse a través de diferentes idiomas.

Las comunidades de economía autónoma se abrieron integrándose con otras, desarrollando una interdependencia, organizándose nuevas formas de producción: la agrícola, la pesca y la artesanal. La primera en el valle, la segunda en el litoral y la tercera cerca a canteras de arcilla y caolín y en las ciudades a manera de barrios o burgos.

El comercio no alcanza los niveles desarrollados de la moneda, este tenía fundamento en las diferencias de actividad, clima y altitud.



El hombre del valle subía a la sierra en demanda de productos de la zona llevando a su vez algodón, pescado salado, sal o maíz. En esta forma se nos presenta como una actividad destinada a complementar los productos demandados mediante el intercambio entre las distintas localidades del valle, que podemos llamar comercio interno, y entre valles costeros, la sierra y la selva.

Todas estas actividades se desarrollaron en un medio similar al descrito en los capítulos anteriores, estando enriquecida su fuerza productiva con un sistema de canales y reservorios que le permitieron regar nuevas tierras. Posiblemente es la época en que la expansión agrícola en el valle alcanza su máximo desarrollo, ya que todos los sistemas de irrigación,





que hasta en la actualidad subsisten, están asociados a esta.

Los instrumentos continuaron siendo los mismos, no se observan cambios mayores, salvo la balanza y medidas de volumen que se volvieron frecuentes y que además debieron constituir unidades comparativas de intercambio a manera de valores de mercancía elementales. Contrariamente la intensificación de algunos como el molde alfarero, si bien per-

mitieron una acelerada producción en serie de las botellas con ventajas de abaratamiento, sin embargo, la belleza y plasticidad que el creador o artista conseguía decayó a una simple repetición artesanal.

Las verdaderas innovaciones no se patentaron en los instrumentos que manejaron, sino en la experiencia acumulada y en la observación empírica, transmitida de padres a hijos o de amauta a discípulo, y estas en el valle se hacen evidentes en la construcción, remodelaciones y ampliación de los sistemas de regadío, dada la inmensa tradición agrícola. Para la arquitectura aparece, aunque en su fase tardía, el molde de tapia que permite la ampliación o construcción de muros en los edificios, murallas defensivas y de control.

Lo mismo podemos decir de la construcción de caminos, que nos hablan de un comercio y relaciones entre pueblos florecientes. A su vez aparecen de manera inconfundible los silos o almacenes en los palacios y templos, que nos indican una plusproducción puesta al servicio de las castas.





### 5.2.2 Actividades, Relaciones e Ideología

El poblador del valle continuó desarrollando su actividad agrícola; pero con el surgimiento de los centros urbanos y aldeas centralizadas modificó sus relaciones. La agricultura recibió nuevos aportes, el reservorio de La Calera de Talambo es un ejemplo, permitiendo represar veintidós mil metros cúbicos de agua al servicio doméstico de su población urbana.

La actividad ganadera debió incrementarse. El empleo de la lana para el tejido de la vestimenta requería mayor cantidad de este producto y en consecuencia, los pequeños rebaños de propiedad individual o de propiedad

comunal alimentados en pastizales de la comunidad debieron ser más numerosos; pero además de la lana, la llama y la alpaca (*Lama pacos*), animales mansos y poco ágiles susceptibles de domesticación, ofrecían su carne, su cuero, así como huesos y tendones ampliamente utilizados para la fabricación de calzado e instrumentos musicales.

No creo que la división del trabajo caracterizado por la separación de la agricultura de la ganadería se diese en el valle; la ganadería debió ser sólo una actividad complementaria.

Respecto a la metalurgia, la fundición del bronce constituyó uno de los grandes avances, permitiendo la fabricación de utensilios y armas muy superiores por su calidad y funcio-



Edificio Cajamarca en Cerro Caracoles



Lugar de control del ingreso del canal de Talambo al valle, frente al "mágico" cerro Pitura

nalidad, aleación de 0,94 de cobre y 0,06 de estaño, con lo que se logró una dureza máxima. Si bien estos metales no son habidos en el valle Jequetepeque, es posible encontrar artefactos hechos de ellos y la explicación de su presencia es el comercio.

La pesca por su parte tomó nuevos bríos, las aldeas pescadoras y mariscadoras intercambiaban con las aldeas agrícolas una mayor producción de pescado salado, acentuándose con esta actividad una división del trabajo entre campesinos y pescadores.

La textilería por sus características debió ser una de las primeras actividades que se concentraron en las ciudades, en barrios tejedores. Pakatnamú fue un centro excepcional, los tejidos encontrados en este lugar son muy variados siendo más comentados los tapices, de los que Doering piensa que adornaban las paredes de los palacios.

La textilería no llegó a ser una actividad exclusiva de un grupo, fue una actividad también complementaria, pues cada familia se autoabastecía; pero los tejedores artesanos del burgo se dedicaban a la elaboración de ropajes y tapices para los personajes del gobierno, a los que se les pagaba con los granos de los silos.

La artesanía cubrió un vasta especialidad: plumería, tejedores de canastas, petates, textiles, artefactos de metal, pintores, alarifes, ceramistas; cada vez más lo que antes era exclusividad de un grupo de especialistas a dedicación y adscritos al templo, se desborda y sale del lugar para llevar sus productos a una población que demanda estos artículos, ganando nuevos mercados.

Las artesanías recorrían todas las regiones

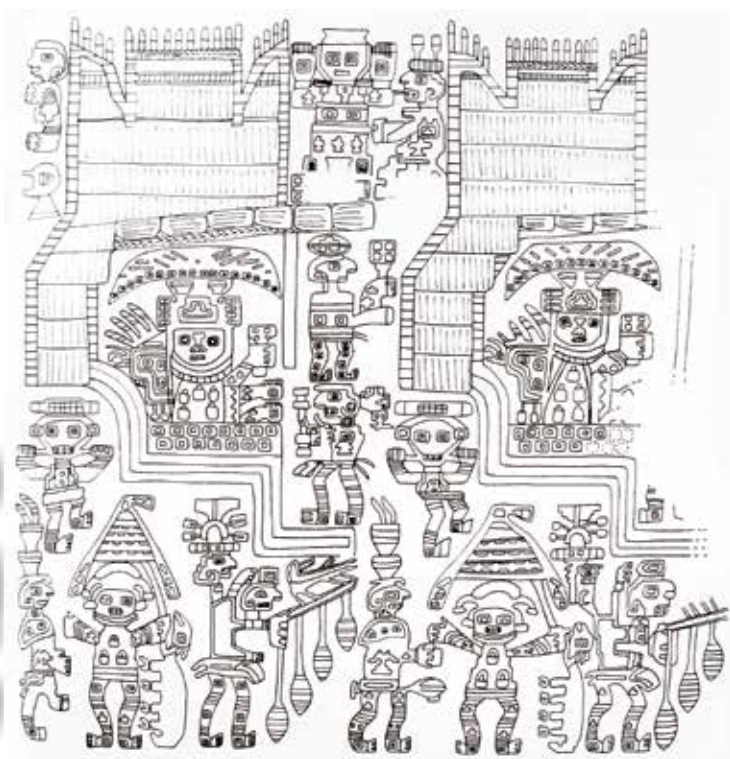
en un intercambio incesante y es posible distinguir dos tipos de artesanos, el que se concentra y reside en barrios de especialistas produciendo para el comercio y el que produce para el consumo interno, de la familia o de autoconsumo.

Las artes plásticas, en cerámica básicamente, son más sencillas, a veces realistas, escultóricas, otras bastan unos trazos geométricos o tricolores o simplemente se logra el color crema o negro. La producción de tinajas es notable, elaborándose algunas de hasta un metro de diámetro como máximo por una altura similar o poco más. Prima la cerámica utilitaria en especial jarras, platos, cuencos, botijas, ollas y cantimploras.

Con respecto a la estratificación social, se presenta una evidente diferencia en el vestuario y en las tumbas. Esta se observa entre los pobladores urbanos, campesinos y pescadores, así como los integrantes de la casta dominante y de la gleba o pueblo. La mujer continuó siendo relegada a un plano inferior, apareciendo representada sólo en escenas domésticas.

Fueron comunidades de gobiernos teocráticos, cuya casta sacerdotal-militar ostentó el poder político; sus personajes recibieron el cuidado de sus sirvientes a quienes escuchaban desde sus plataformas elevadas. Los señoríos en el valle debieron ubicarse en La Cadera de Talambo, El Alto de Santa Rosa, Pa Ñi, Jequetepeque, Ñampol y Mazanca, sin mayor unidad política, lo que permitió que años más tarde fueran anexados al estado Chimú. Pakatnamú continuó siendo el oráculo principal.

Esta sociedad desconocía aún la propiedad privada de los medios de producción y si bien la distribución de los bienes se orientó en parte



Textil hallado en Pakatnamú (Donan...)

al pago o tributo al señor, no estamos frente a una clase social o sociedad dividida en clases sociales antagónicas, sino gobernadas por castas. En suma era una cultura en la que la división social del trabajo y la especialización del mismo aceleró la estratificación social.

Una idea del boato del señor o cacique local nos la da la leyenda de Ñaymlap, este legendario creador del reino Lambayeque llegó del mar acompañado de varias esposas siendo la principal *Ceterni*, cortesanos como *Pituzofi* el músico, *Ñiñacola* el maestro de cámara, *Ñiñaquintue* canciller, *Fonga* el que acomodaba el camino para el paso del señor, *Ochocalo* el cocinero real, *Xamuchec* el encargado de la pintura facial, *Ollopcopoc* maestro del baño y *Llapchillulli* el proveedor de telas plumarias,

según la leyenda recogida por Cabello de Balboa en el año 1586.

Observamos un conjunto de especialistas al servicio del señor, a quienes sustentó la comunidad con el pago de tributos, plusproducción, en especies a cambio de su protección. Especialistas que en otro plano servían a la comunidad cambiando sus servicios o artesanías, por parte de la producción destinada al intercambio de productos; todo ello dentro de una forma de organización comunitaria de familias extensas o ayllus, con igualdad o reciprocidad de relaciones internas.

La presencia de nuevas conductas, no modificaron la organización agrícola, más bien la reforzaron. Se manifiestan cambios ideológi-

cos. El Aic Apaec dió paso al dios wari y a un olimpo nuevo. Ocuparon lugar importante el dios de ojo blanco y negro, el arco iris bicéfalo como expresión de lluvia revivificadora, el dios Ñaymlap de ojo alado y lagrimales, los ídolos de madera y otros.

Los enterramientos, como expresión clara de una ideología, se modificaron; los cadáveres son colocados en posición fetal, con envolturas de tela o dentro de una tinaja, como se observa en los cementerios de esta época ubicados en la falda sur del Cerro Azul o Caracoles en Guadalupe, a los que se les denomina como sitio Las Tinajas por tratarse de un cementerio delimitado, donde la tumba es una tinaja o simplemente un pozo de metro y medio de profundidad, llevando el difunto siempre un elemento marino y abundante comida. Actualmente está destruido por la construcción de la Ciudad de Dios y familias que han invadido estos terrenos a orillas del Cerro Murciélagos o Azul o Caracoles, que son los nombres como se le identifica.

La dualidad de funciones en el gobernante ya aparece separada, pues la construcción de palacios es distinta a la de los templos. Por estos años el sacerdote y el guerrero compartían el gobierno, lo que fue motivo también de recelos y disputas hasta que los segundos lograron dominar y subyugar a los primeros.

Esta sociedad agrícola pescadora, debió continuar desarrollando una ideología relacionada con la producción, distribución y aprovechamiento de los recursos, por lo que los fenómenos telúricos asociados con las estaciones y éstas con la siembra, cosecha y mareas, adquirieron singular importancia, deificándolos. La luna y las estrellas ocuparon el altar, fueron los nuevos dioses y los indicadores para la medición del tiempo. Los mitos que explican tal supremacía fueron conocidos hasta el siglo XVII. Por desgracia los visitantes cronistas no los han recogido íntegramente, o se encuentran archivados a la espera que abnegadas vocaciones los descubran.



# 6

La economía agrícola: etapa intensiva

## Los canales fueron las luces de la Luna

Los pueblos Chijmor ■  
(1200 - 1470 años después de Cristo)



Los cielos, los mares y los sembríos se  
ordenan desde este sagrado terral:

## el oráculo de Pakatnamú



## Los pueblos Chijmor (1200 - 1470 años después de Cristo)

El estado Lambayeque parece ser el primero que logra conquistar y dar unidad política a varios valles, logrando durante su máximo desarrollo abarcar los valles de Jequetepeque, Zaña, La Leche, Olmos e inclusive se encuentran ocupaciones en el valle Chicama, en sitios administrativos de importancia mayor como en El Brujo (Magdalena de Cao), lo que haría suponer una mayor amplitud territorial de este estado.

Sus orígenes tienen explicaciones mitológicas, aunque dadas las fuentes de donde se obtuvieron, es posible su correlato arqueológico.

Miguel Cabello Balboa (1586) y el padre Ruviños y Andrade (1782), recogieron las leyendas de su creación:

*“La tradición que se mantiene desde la antigüedad... (Ñamla o Ñaylamp funda Lambayeque) y desde allí, se expandieron todos estos valles desde el partido de Pacasmayo, hasta el de Motupe y Olmos ...”*

La versión describe a la estatua del dios

Ñampayec y la relación de gobernantes hasta el decimosegundo y último de la dinastía, Fempallec, quien por retirar la estatua del dios de su huaca principal (Chot) y seducir a una joven, es castigado con lluvias intensas a las que sucedieron fuertes sequías; en respuesta el pueblo se rebela, lo aprisiona, ata de pies y manos y lo arroja al mar. Entra la nación en un estado caótico siendo en consecuencia, fácil de conquistar por los chimos.

Por su parte el estado Chimo tiene su partida de nacimiento en una leyenda casi similar, recogida en una crónica atribuida a don Carlos Marcelo Corne, recopilada en 1610 y publicada en 1925 por su descubridor Carlos A. Romero, que sostiene respecto a la llegada de Tacaynamo fundador del reino chijmor y toda su dinastía:

*“No se sabe de donde hubiese venido ... vino en balsa de palos... avía sido enviado a gobernar esta tierra ...de la otra parte del mar... se presume que dicho indio no era de parte muy remota ...por la balsa de palos que se usa en la costa de Paita y Tumbes...”*

El valle Jequetepeque aparece integrando los dominios del pequeño estado lambayecano en las leyendas recogidas por Miguel Cabello Balboa (1586) y del Padre Ruviños y Andrade (1782) explicando la creación de éste.

Al valle Jequetepeque se le encuentra también formando parte de los dominios del chimo en la crónica atribuida a don Carlos Marcelo Corne, que sostiene respecto a la llegada de Tacaynamo fundador del reino chijmor y toda su dinastía:

*“Guacri Caur hijo de Takaynamo aumenta su poder en el valle de chijmor. “Luego Nañ-*



*cenpinco domina el valle hacia las cabeceras de la sierra, extendiendo sus dominios hasta Santa y por la parte de abajo del valle de Chicama hasta Pacasmayo junto a la villa de Saña, veinticuatro leguas de esta ciudad ...”*

A Guacri Caur le siguen siete gobernantes cuyos nombres no se registran hasta el octavo, Minchancaman, que lleva al máximo esplendor al estado chijmor, conquistando desde Carabaillo a Tumbes, en cuyo tiempo los incas al mando de Tupac Yupanqui lo invaden y luego de diez años de guerra lo anexan a su imperio.

*“Matando mucho número de yndios y quitándoles el oro, plata y otras cosas que tenían ... en especial hizo mayor estrago en este valle por las resistencias que se le hizo ...”*

Al valle donde nace y se desarrolla el reino le llamaban chijmor (Trujillo), chimos a sus gobernantes, y por extensión a todo el territorio que ocuparon se les denomina en la actualidad Chimú.

Como podemos deducir si bien las leyendas por su propia construcción sólo son explicaciones míticas, guardan correspondencia con el dato arqueológico. Es decir, el pequeño estado Lambayeque es anterior al Chijmor y por lo tanto ocupa el valle Pacasmayo y, por evidencias, también el de Chicama; luego los Chimos conquistan Chicama y Pacasmayo, para después ocupar Lambayeque.

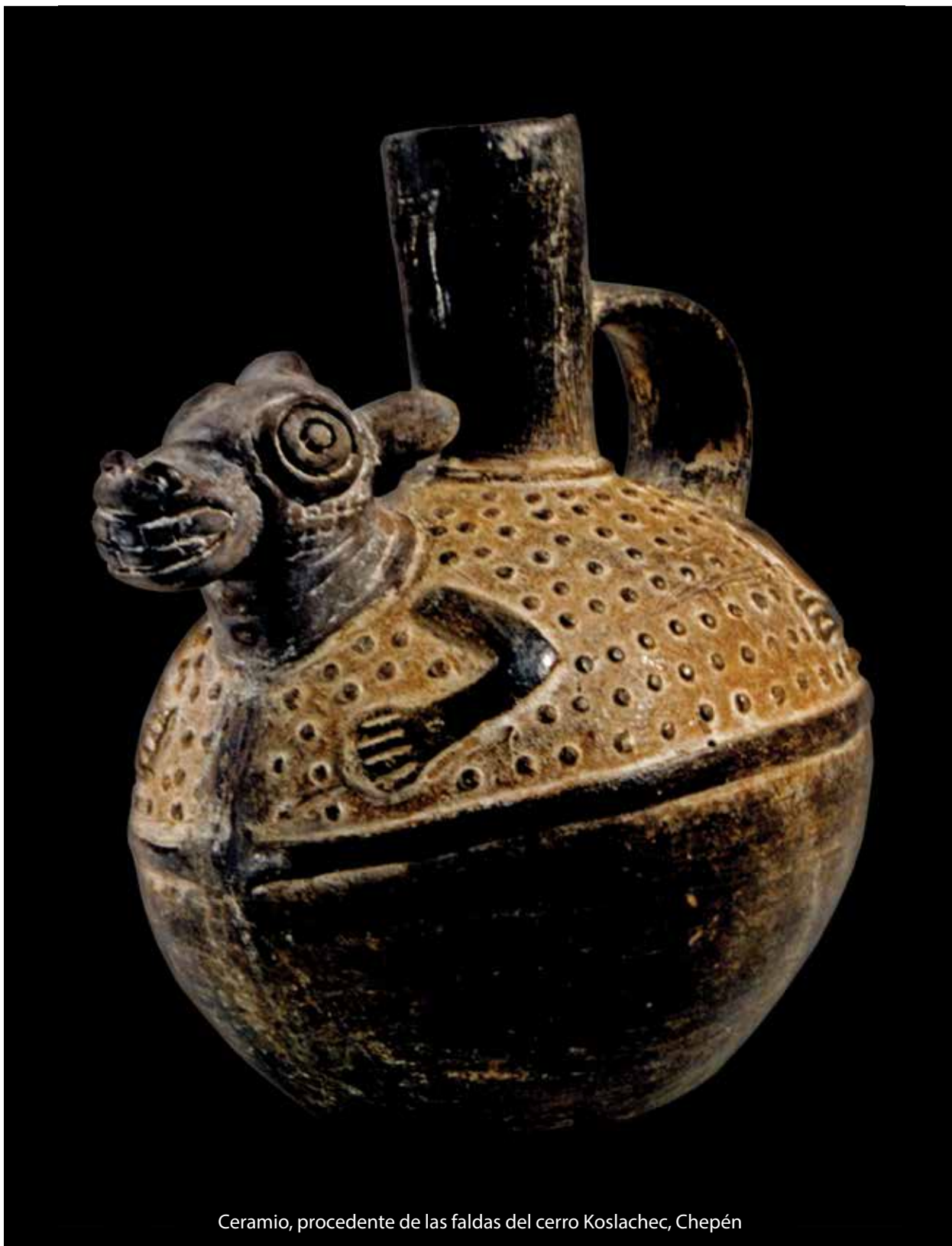
De ser ciertas estas versiones, diríamos, uniéndolas con los relatos del Padre Calancha (1629), que Guacri Caur envió un capitán y “gran número de gente diestra que escogió entre la más belicosa y después de varios encuentros, dudosas batallas y alternadas victorias a

*costa de muchas vidas... compraron doce leguas de señorío, venciendo la perseverancia lo que había arriesgado la valentía... llamaron a este capitán Pakatnamu que el chimo nombró gobernador, que en su lengua quiere decir padre común o padre de todos, por que llorando a los vencedores acariciaba a los vencidos... a su adulación se llamó el valle de Pakatnamu y hoy se llama corrupto el nombre, el valle de Pacasmayo; y el cerro donde fundó su casa, cuyas reliquias viven, conserva sin corrupción el nombre de Pakatnamu...”*

El valle Jequetepeque forma parte entre los siglos XII y XV del estado chijmor; pero como tributario, puesto que ya su cultura al igual que moches y lambayeques estaban caracterizadas por recíprocas influencias, pues todos tenían ancestros comunes. Los gobernantes locales tenían un gobernador chimor y una casta minoritaria ejercía el control sobre ellos.

*“...en las cumbres de estos pobres y miserables montes, el conjunto del río, y el primero o cabeza se llama Pacatnamu...y muestra hoy una gran suma de edificios y ruinas en que vivía el gobernador del chimo y sus familias y otros que fueron huacas, en que como en templos adoraban sus ídolos y celebraban su culto...” (Ibidem)*

El nuevo estado ocupó todo el valle actual más las pampas aledañas, como la pampa de Las Sandías y las de Cerro Colorado, donde se conservan aún los surcos y meandros de sus cultivos. Sus restos los encontramos en todo el valle; pero son los más significativos la Huaca Singán dedicada a la luna, Pakatnamú, Farfán (Guadalupe), las huacas de El Chino, Cotón, Montevideo, Huaca Blanca (Pueblo Nuevo), el conjunto de Cerro Dos Cabezas y la Mesa o La Boca del Río (Jequetepeque), las huacas:



Ceramio, procedente de las faldas del cerro Koslachec, Chepén

Rayada, Las Estacas, Chimborazo (Pacanga), El Mirador, Cerro Salivan, Koslachec (Chépén), Ñampol, Chocofán, Tecapa, Cultambo (San José), Cis Nam, Uricape, Sinsicape, Santonte, Mazanca, Cañoncillo, Jatanca, Kala (San Pedro de Lloc) y desde luego los canales de Talambo con sus 60 kms de recorrido, el de Verdún y Pa Ñi, además de los caminos y puestos de control que se conservan de manera sorprendente en las pampas del Portachuelo de Catalina.

### La Lengua, Propiedad y Trabajo

El poblador de la costa norte presenta, cuando menos desde la época mochica, unidad racial. Los rasgos físicos son similares e inclusive en la actualidad existe gran semejanza entre los habitantes de las caletas de pescadores o comunidades que se han mantenido cerradas. Es común encontrar grandes semejanzas entre los oriundos de Moche, Huanchaco, Santa Rosa, Éten e inclusive de lugares más lejanos como Paita y Sechura o Carquín y Huacho: complexión gruesa, piernas cortas, cara redonda y ojos almendrados ligeramente inclinados, cabello lacio, 1,60 mts de altura, color aceitunado, además de ser siempre gentiles, amables y risueños.

Poseían un lenguaje que era común y otros menores hablados por grupos sociales específicos, como resultado de un constante desplazamiento en la región, idioma que ha sobrevivido hasta los comienzos del siglo XX en que se extingue definitivamente.

No sabemos cómo se denominó su lengua en la época precolombina, aunque es posible que se llamara muchik como refieren algunas crónicas de comienzos de la colonia. Zárate y Oviedo dice refiriéndose a los idiomas en el

imperio incaico *“hay otras lenguas que llaman mochicas...”*.

Calancha nos dice que la lengua que se hablaba en el valle de Trujillo era la Quignam.

*“Los vasallos de Pacasmayo dieron en hablar su lengua y los demás hasta Lima, aunque corrompidos en algunos vocablos; los demás valles de los llanos hablaban la lengua Muchic que conservaron hasta Motupe y otra que se llama Sec ...”*

Como idioma propio de los pobladores del litoral dedicados a la pesca y cuyo medio es el mar nos dice:

*“...se llama la Pescadora, más parece lenguaje para el estómago; que para el entendimiento; es corta, oscura, gutural, de-sabrida... con estas dos lenguas (Muchic y Quignam) más comunes se tenía la correspondencia de los valles, y se manejaba mucho el comercio y contrataciones de estos territorios...”*

Si bien los cronistas de los primeros años de la invasión hispana nos describen la realidad que ellos observan, no pecamos al hacerla extensiva a los siglos anteriores, pues los cambios culturales eran muy lentos, casi invariables durante siglos.

Las comunidades mantuvieron sus propias normas y tradiciones. El matrimonio monogámico como parte de la familia extensa fue la célula mínima del ayllu. La ceremonia matrimonial era sencilla y en ésta participaba toda la comunidad.

*“...Ponían en presencia de los que trata-*



*ban el casamiento, al varón y mujer que se habían de casar, y en medio de estos dos una olla nueva y en ella harina y sebo y quemábanlo todo con mucho fuego que atizaban los desposados hasta que se encendía la olla y viéndola con fuego, decía el padrino ya estáis casados, pero advertid que os habéis de querer de manera que tanto ha de trabajar el varón como la mujer, que por eso atizasteis juntos, y no ha de holgar el uno cuando trabaja el otro...” (Ibidem).*

Como se observa, el valor supremo de la pareja es la unión en el trabajo, radicando en éste el concepto de valor de una persona. Si bien esta ceremonia se realizaba ochenta años después de la conquista, no se observa influencia occidental en ella, debiendo haberse realizado de igual manera en los últimos siglos

o desde el inicio del matrimonio monogámico, que en estas comunidades agrarias autosuficientes, es resultado del concepto de igualdad en el trabajo y la responsabilidad compartida de la familia, si bien por razones obvias debió existir la división del trabajo por especialidad y sexo. Trabajo íntimamente relacionado a la agricultura, la misma que se regía por un calendario de estrellas, contando el año desde la aparición de las Cabrillas que llamaban Fur. Ellas eran las portadoras de la siembra y del ganado indicando los momentos propicios para la siembra.

El ayllu continuó siendo propietario colectivo de los medios de producción, donde las tierras se daban en usufructo a sus miembros. La agricultura continuó como centro de las actividades económicas, llegando a su má-

# Aquí nació una civilización que compartió y amó a los seres y a los dioses



ximo desarrollo el aprovechamiento del agua, con la extensión de los canales de regadío y los reservorios. Los canales de Talambo por esos años regaban las pampas de Las Sandías y de Cerro Colorado hacia Santa Rosa de los Etanos, Pueblo Nuevo y Pacanga; asimismo los canales de Chocofán, Mazanca y Verdún, Pa Ñi, regando gran parte de los terrenos de cultivo del actual distrito de San José, margen izquierda del valle, asegurándoles la producción agrícola.

Además las artesanías se desarrollaron de manera sorprendente. La cerámica utilitaria mantuvo su demanda práctica y la religiosa decae en su acabado; ya no fue hecha por especialistas adscritos al templo, a escuelas o círculos cerrados de artistas, era confeccionada por ceramistas o artesanos, en cantidades

mayores para responder a la gran demanda por su abaratamiento. La cerámica deja de ser la ofrenda más importante en el ajuar del difunto, ya que es el *Spondylus princeps princeps* y *Spondylus calcifer* los que debían acompañar al difunto para ser entregado a sus dioses, por ser el alimento preferido por éstos.

Los artesanos operaban a tiempo completo, algunos ayllus eran especializados en una actividad con la que obtenían gran prestigio, estando obligados a recurrir al trueque para conseguir sus alimentos intercambiando con otros los frutos de su trabajo manual. Organizados en gremios, radicaron en las ciudades y siendo sus especialidades: albañiles, alpargateros, carpinteros, cocineros, chicheros, hamaqueros, ollereros, pescadores, petaqueros, orfebres, pintores, sastres, saline-

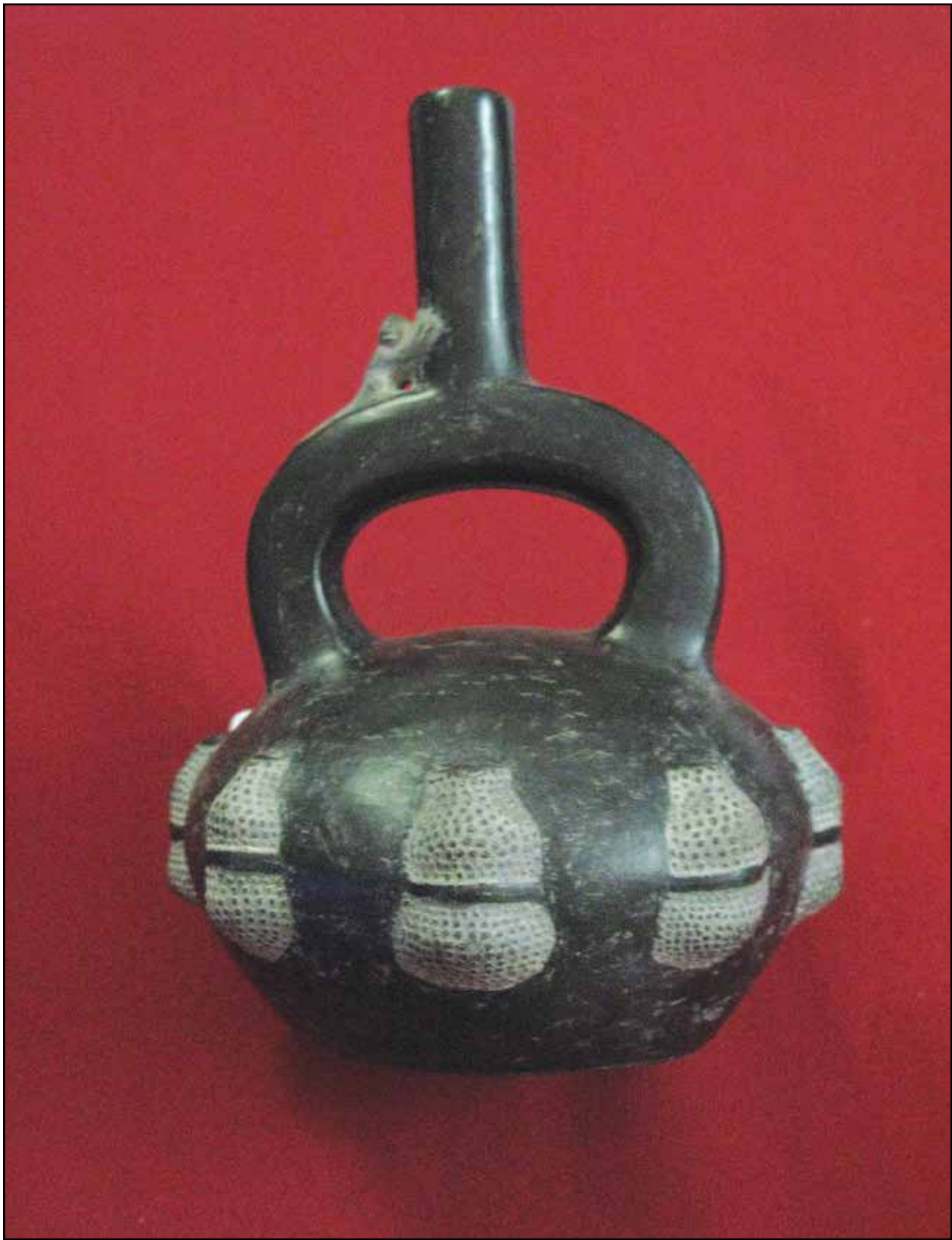




# Todos los sitios **para orar**



# La belleza de la sed





ros, tejedores, tintoreros, venaderos, silleros, tejedores de algodón, chucocamayos (especialistas en tocados, sombreros), canteros, barqueros o marinos, músicos, bufones, danzantes, cargueros, ejército profesional, sacerdotes, shamanes, cantores. Artesanos libres que se desligaron de la protección colectiva del ayllu, deambulando por distintos valles o poblaciones para colocar sus mercancías, junto a los comerciantes con quienes ejercían sus operaciones en común, agrupados en gremios cuyas actividades estaban normadas por las costumbres, las mismas que se facilitaron por el buen empleo del trueque directo, de equivalencias y por medidas de valor de cambio o moneda, mercancía y moneda símbolo que se denominaba caefoer (caefaereio, acción de pagar o trocar una cosa).

Respecto al medio ambiente, los valles costeros y los extensos bosques de algarrobos aledaños posiblemente tenían las mismas características con que se las describe Calancha en su obra que citamos:

*“... atraviesa un caudaloso río por este valle, enano cuando nace en las sierras i gigante cuando muere en el mar; no tiene más nombre que Nec con que generalmente estos indios nombran a sus ríos ... cría este río cuyas aguas son claras, limpias i saludables, varios peces, nobles i plebeyos, grandes y menores: pejerreyes, guanbinas, boquiblancos, lizas, suches, cachuelos, robalos, mojarras, bagres i otras especies de pescado... todos de apetito...”*

Documento irrefutable de la gran riqueza acumulada en los bosques y montes que permitieron el desarrollo de la ganadería durante los primeros años de la colonia.

### Normas, Dioses e Ideología

Adoraban y tenían como dios superior a la luna, relacionada a la agricultura, ganadería y al mar. Sus huacas se denominan Sian que se traduce como casa de la luna, donde prestaban servicio vírgenes de por vida o hasta ser entregadas en matrimonio. En los eclipses de sol hacían festines a la luna festejando su victoria, en los de luna lloraban en bailes lúgubres mientras duraba el eclipse. Creían que esta cuando no aparecía, aquellos días iba al otro mundo a castigar a los ladrones que habían muerto, sacrificando para su retorno niños de cinco años, encima de algodones de colores

acompañados de chicha y fruta.

Adoraban al mar al que llamaron Ni, ofreciéndole en sus frecuentes ritos harina de maíz blanco para solicitarle su protección y buena pesca. También lo hacían a unas piedras especiales, totémicas, que denominan Alecpong que quiere decir deidad en piedra, eran de tal manera veneradas que no se atrevían a pasar junto a ellas en su camino ni a mirarlas de manera directa. Piedras que en la actualidad ya no existen y de las que nos dan razón algunos relatos del siglo XVI.

Las normas fueron ordenadas por los dioses: la luna principalmente, para regular la conducta entre los hombres protegiendo la armonía social; y son estos los que señalan el castigo, que más que reeducativo de la conducta del infractor, tienen carácter ejemplar.



Mito de Pata

rizador, represivo.

Un mito sobre el poder de la luna y su castigo moralizador es el de las estrellas Patá (Marías) recopilado por Calancha. Hubo un malhechor que la luna quiso castigar, para lo cual envió a dos estrellas a que lo apresaran (acción que se denominaba patá en la lengua natural del valle) y lo llevaran entre las dos a entregarlo a los buitres para ser devorado por estos, los que son representados por las cuatro estrellas que están más abajo de las Marías; quedando en memoria de este castigo ejemplar las siete estrellas en el cielo, para recordar a los hombres la prohibición del hurto y de la holgazanería.

*“...lo entregaran para que se lo comiesen buitres, que son estos gallinazos figurados en cuatro estrellas que están más abajo de las Marías, i que en memoria de este castigo ejemplar están aquellas siete estrellas en el cielo...”* (Calancha 1638)

Vale mencionar que los pobladores de este valle creían que los castigados o pecadores, subían al espacio celeste, no les correspondía ser sepultados, no descansando en la tierra, que era el lugar más deseado, porque podían continuar su existencia en los lugares sagrados protegiendo a su comunidad, a la que seguían perteneciendo y con la que se comunicaban constantemente, recibían visitas e inclusive festividades especiales en su honor. La muerte era un siguiente nivel de vida.

A los ladrones los colgaban vivos a medio ahogar, aunque fuese por hurtos pequeños. Cuando no se descubría al ladrón ponían en el campo y camino principal un palo alto en el que se colgaban mazorcas de maíz verde que advertía a los transeúntes el peligro y obligaba

a los lugareños a descubrir al ladrón, invocando a las estrellas Patá.

A quienes perdían el respeto a sus templos, huacas o ídolos o faltaban a la obediencia de su cacique, los llamaban ramar y los enterraban vivos entre los huesos de otros semejantes acompañados de animales inmundos; castigándolos no sólo en esta vida, sino a vivir en la inmundicia en la siguiente.

Sus entierros tenían un largo rito, se iniciaba lavando al difunto, el que era llorado cinco días y enterrado en posición fetal; es decir con las rodillas encogidas y con las manos a la altura de la cara o sobre el pecho, llevando entre ellas un spondylus. Posición que suponían con la que el difunto oraba.

Los entierros, siendo una proyección al siguiente nivel de esta vida, reflejaban su sociedad terrenal, existiendo en los cementerios y edificios la estratificación social de su época. Los gobernantes y castas dominantes tenían un ajuar muy rico, artefactos de oro y plata incorruptibles por la oxidación en la tumba, cerámica, mantos vistosos; pero sobre todo mullo o caracolas (*Spondylus*) que era la riqueza más codiciada, con las cuales contentaban a sus dioses por ser estas su bocado favorito.

Al respecto, Waldemar Espinoza (1987: TII, 88) tomando citas de Marúa (1590), señala que las conchas y sus derivados (mullo y chaquira) tenían un crédito excepcional, se las consideraba hijas del mar al que a su vez se le ponderaba madre de todas las aguas, por lo que constituía la ofrenda preferida para los dioses y para los muertos. De la importación de las caracolas y sus derivados dependía la tranquilidad espiritual de la población, por ser el



Complejo arqueológico Far Fan

artículo idóneo para las ofrendas, el nutriente preferido de los dioses, admirables objetos de lujo y moneda para adquirir cualquier cosa.

*“...yo no me alimento de estas cosas, dijo: manda que me traigan mullo. Y cuando le trajeron lo deseado lo devora al instante. Cap cap rechinaban sus dientes mientras masticaba”* (Mito de Macahuisa relatado por Ávila, 1598 cap. 23).

El mullo y las chaquiras derivadas de éste era la mayor riqueza que podía poseer un hombre, era negociable y su obtención

requería el traslado desde las aguas calientes del norte, hallándose sólo en los mares tropicales y subtropicales como el *Spondylus calcifer* que se encuentra desde el golfo de California en México hasta Punta Pariñas en Piura, entre los 5 a 10 metros de profundidad. Pero para efectos rituales y cada vez que ambicionaban caracolas de mayor prestigio recurrían a los *Spondylus princeps*, el que se encuentra desde Baja California hasta Santa Elena en Guayaquil (Ecuador), determinando esta necesidad el comercio con tales regiones a través de la isla de La Plata en el Ecuador. Su acaparamiento constituía



no sólo un prestigio, sino también una mercancía negociable como lo es para nosotros el oro, además de sus grandes poderes atribuidos para atraer las lluvias, simbolizando la fecundidad.

*“Conchas coloradas, que estos naturales entonces estimaban más que la plata ni el oro... gran fuerza de mollo muy rico, que es cierta masa de conchas del mar, más estimada entre ellos que oro ni plata...”* (Sarmiento de Gamboa 1572: 244).

El campesino, el pescador, el artesano común, era propietario además de los bienes comunales, de su fuerza de trabajo y de al-

gunos enseres domésticos como cántaros y chuculas, de los instrumentos propios para el desarrollo de su actividad. Sólo estaba en condiciones de poseer un poco de mullo o un *Spondylus calcifer* para su sepultura, con el cual halagar a sus dioses, el mismo que debió costarles muchas exigencias.

En el valle Jequetepeque, cuando las sequías azotaban, la población ayunaba no comiendo ají, que era un condimento extremadamente usado al punto de tener valor de moneda de cambio, aunque de menor importancia que el mullo; absteniéndose de tener relaciones sexuales, obligando a ayunar también a los animales caseros y azotando a los perros para





que llorasen.

La luna era quien les daba la vida, era el dios superior que vencía al sol, ya que esta lo ocultaba en los eclipses. El padre Calancha que radicó varios años en el valle, y de quien se obtiene la mayor información sobre las costumbres y creencias de los lugareños, menciona el mito que explica esta superioridad, pero lamentablemente no lo describe.

La llegada de los incas se volvería doblemente odiosa para los lugareños; pues a la conquista militar que fue cruenta, sumaban la imposición de un dios considerado menor para los pobladores del valle.

Mención especial se debe hacer a los médicos o curanderos del valle que causaron asombro a los peninsulares por las curaciones que lograban, gracias básicamente al conocimiento de las plantas, siendo constantemente comparados en las crónicas con los médicos europeos a los cuales superaron. No olvidemos que en Europa, por estos años, la Santa Inquisición y otros grupos interesados vivían a la caza de brujas, confundiendo curación con prácticas diabólicas; mientras que nuestras naciones andinas trepanaban cráneos, conocían de anatomía comparada, y las propiedades curativas de las plantas así como también el efecto de la sugestión.

Pero no todo era felicidad; la ley que más

me ha sorprendido es la que el cronista referido nos cuenta, respecto a los médicos que llamaban los lugareños Oquetlupuc, quienes venerados y con salarios que se daban del erario público tenían honrosos privilegios; *“pero los que por descuido o ignorancia mataban al enfermo, lo mataban a él a palos i pedradas, i lo ataban al difunto con una soga, i enterrando al muerto, dejaban al médico sobre la sepultura para que se lo comiesen las aves de rapiña...”*

Aquí vale recordar que el único cronista del valle, el padre Antonio de la Calancha, recogiendo informes vernaculares de los pobladores lugareños, explica la fundación de Pakatnamú por un bravío y misericordioso capitán del mismo nombre y cuyo nombre toma el valle; pero bien sabemos por las investigaciones arqueológicas que la ciudadela oráculo tuvo sus orígenes dos mil años antes con las primeras huellas cupisnique y especialmente salinar y que fue el centro religioso más importante de esta parte del norte, sucesor de Kuntur Wasi (San Pablo, Cajamarca en las cabeceras del valle Jequetepeque).

El valle anexado al reino Chijmór en los años de gobierno de Guacri Caur es cuando aparece la leyenda de Pakatnamú que escribe el fraile Calancha, aunque todo indica que Pakatnamú (Pacatnamu, Pacainamu) es el nombre de un gobierno de este recinto, o más bien como suponen otros, sea el conquistador chimú Wasabara (“el exterminador de indígenas” en lengua quingnam. (Yenque. 2006:53)) en los años 1200-1250, a quien Guacri Caur le da el nombre de gobernador Pakatnamú.

MANU RAK, divinidad protectora hallada como centinela en un templo de Far Fan





7

La economía mercantil

---

# Llega la *mama* blanca

Conquistaincayencomiendaespañola ■



Arivalo inca, expresión de ruptura de la  
continuidad ancestral

Por los años de 1470, la región norteña fue conquistada por Túpac Inca Yupanqui, y el último gobernante chimo, Minchan Caman, fue llevado al Cusco, con todos los honores, quedando en reemplazo su hijo Chumun Caur, al que, a su vez, le sucedió Guaman Chumo, que tuvo un gobierno local y limitado, hasta que los europeos ingresaron a nuestra escena histórica en la década de 1530.

En realidad, la presencia incaica no cambió de manera importante la vida en el valle Jequetepeque. Cincuenta o sesenta años es poco tiempo para alterar un proceso de decenas de siglos, menos aun si los cuzqueños fueron respetuosos de las tradiciones de los pueblos conquistados, por supuesto mientras reconocieran al inca como soberano absoluto y adoraran al sol como dios principal, de ahí que es posible denominar a esta etapa histórica como Chimú - Inca.

Los lugares representativos de la presencia inca en el valle son escasos; tal vez el que nos recuerda más a este momento es el Camino del Inca, que aprovecha trechos del viejo camino mochica, que viene del sur cruzando los desiertos de Paiján y Cupisnique, corta la carretera Panamericana a la altura del cruce de San José y se dirige al norte por las pampas de Playa Chica, Playa Grande y Chérrepe, hacia el pueblo de Lagunas, con

un importante puesto de control en Playa Chica. Otros lugares importantes son ciertos sectores del complejo de Cerro Colorado (Pacanga), los de Chocofán (San José) y los cementerios de Chérrepe.

Pakatnamú quedó abandonado. Lo mismo ocurrió con los templos o edificios acondicionados por los chimos, lo que permitió el surgimiento de nuevos lugares de importancia ritual, como el cerrito Namul o Cerro de La Virgen, en Guadalupe, y Koslachec en la falda norte del cerro de Chepén. Tradición milenaria que no parece llegar con los incas, que propugnan la creencia en los apus o dioses tutelares de las comunidades, dioses locales, que vivían en los cerros a los que se les visitaba, imploraba, alimentaba y rendía tributos. Namul fue además uno de los cementerios más importantes durante estos años, y Koslachec era la residencia del “piojoso” Mollep, sacerdote indígena considerado un semidios por los lugareños, que consideraban tenía el poder de hacer que las comunidades multiplicaran su población, y que fuera raptado por los lambayecanos para obtener sus favores.

Durante los primeros años de la conquista hispánica, en el valle subsistieron los cacicazgos de Chérrepe, San Pedro de Lloco, Moromoro, Chequén y Xequetepeque sobre los que se formaron los repartimientos toledanos de indios, hasta que, a consecuencia de las lluvias torrenciales del evento de El Niño en el año 1578 se despobló Chérrepe y Moromoro. Parte de los viejos pobladores de Chérrepe formaron Pueblo Nuevo y Lagunas, y más tarde los de Moromoro pasaron a formar el pueblo de Chepén.

Los primeros encomenderos fueron don

Francisco Pérez de Lezcano y su esposa doña María Luisa de Mendoza, quienes recibieron la margen derecha del valle (encomienda de Chérrepe), y don Pedro Gonzales de Ayala, que recibió la margen izquierda (Jequetepeque - Lloco) y que el virrey Toledo de visita en el lugar subdividiera (1568) en Tecapa para Juan de Villafranca Lescano y Moromoro para Francisco Ruiz de Alcántara.

Al centro se levantaría el monasterio y santuario de San Agustín dedicado a la Virgen Extremeña (“La Chapetona”), y a quien el Virrey don Francisco de Toledo en 1568 la visita, cumpliendo una promesa, entregándole las tierras del valle a su servicio, el mismo que controlaría la propiedad del valle incluidos los bosques de algarrobales, que los nativos tenían que labrar para el sustento del monasterio por el sistema aborigen de las mitas.

Por deducciones de las diferentes probanzas de indios, durante el siglo XVI, el valle se encontraba poco poblado. Diez años de guerras con los incas y luego las guerras de conquista española en la que participaron, diezmaron la población. Además, es posible, como se viene verificando con el registro arqueológico, que se hayan producido una serie de catástrofes como lluvias torrenciales y sequías que dispersaron las aldeas aborígenes antes de la llegada de los cuzqueños.

Los pobladores sobrevivientes escucharon nuevas prédicas y fue pronta su conversión. Los hombres conviviendo en ayllus desestructurados, roto el espíritu de comunidad ancestral y sus normas consuetudinarias de reciprocidad, de minka y de creencias en la circularidad eterna de la vida, pasaron a depender de los encomenderos, a quienes pa-



# Las vírgenes también **son** peruanas





gaban tributos a cambio del usufructo de la tierra entregada para su labranza. La otrora intensa actividad agrícola decayó, abandonándose las tierras de cultivo y olvidándose los canales de riego que llevaron agua a las actuales pampas marginales del valle.

La religiosidad española vino a impregnar la vida con su herencia y visión medieval del universo, contribuyendo de este modo a desarrollar una nueva personalidad en el valle, cuya identidad cultural es mestiza, heredera de miles de años de cultura local y regional y de cultura morisca y peninsular. Crisol en el que se fundieron las naciones más desarrolladas por aquel entonces, y de las que emergería un mestizo creyente, con ansias inquietas de conquistar nuevos mundos.

*“Desde Guancabelica asta el nuevo reino i Panamá que bogeadas son más de mil leguas se lleva la común devoción a la Madre de Dios de Guadalupe (...) el día de su fiesta principal que es a ocho de diciembre (...) júntanse en el pueblo (que tiene quatro o seys calles y doscientas personas de todas suertes) cinco i seis mil almas (...) entre indios, Españoles i mestizos (...) Ranchéanse por el campo i forman las tiendas i pavellones una estendida población (...) Aze agrado a la vista la variedad de aduares en multitud de tiendas, la diversidad de naciones labra hermosura, en colores de trages; todos se agasajan i todos se comunican (...) Además de tierras i campos que donó a la Madre de Dios el fundador Francisco Pérez de Lescano, le dejó en erencia abundancia de tierras para pasto i labranzas Don Francisco Cheqén, Cazique del pueblo de Moromoro, que se despobló i del pueblo de Chepén que oy vive (...) Indio Cazique*



Ventana de la vieja iglesia de Chérrepe



Puerta de la vieja iglesia de Chérrepe



Restos de la primera iglesia y venta de Chérrepe (1550) ahora El Alto



Restos de la segunda iglesia y pueblo de Guadalupe (1565), "Anlape"



Monasterio de los Ermitaños de San Agustín (1630)



Spóndilus, el alimento de los dioses (candelabro siglo XVI)

*con tanta fe que nombra eredera a la Madre de Dios (...)*“ (Fray Antonio de la Calancha, 1638. Libro III, cap.XIV).

La actividad religiosa en el valle fue muy intensa, con la riqueza del templo propietario de las tierras de cultivo y los diezmos de carácter obligatorio y sagrado, se construyó en catorce años el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y el Monasterio de los Ermitaños de San Agustín, el que en su momento de mayor importancia hospedaba hasta cincuenta frailes y una escuela de artes y oficios de donde salían a catequizar el norte peruano. Los documentos de esta actividad se encuentran en los retablos, imágenes y pinturas de características similares que aún no son estudiados.

Las aldeas aborígenes se dispersaron. La

nueva población mestiza, indígena, negra, fue concentrándose unidas por sus habilidades: los olleros en San Pedro de Lloc, pescadores en las caletas de Pacasmayo y Chérrepe, los agricultores en los pueblos actuales. Guadalupe sería una venta frente al templo para hospedar a los peregrinos.

La filosofía de San Agustín reproducida en la religiosidad de los frailes agustinos, contribuyó, que duda cabe, a desarrollar una sociedad liberta a diferencia de otras regiones de yanaconas y pongos. No hubieron templos para blancos y para indios, ni muros que los separen, como en Lima y el Cercado de Indios de los que aún queda la “Plaza del Cercado”, por ejemplo.

En el norte se desarrolló una nación mestiza, diferente, altiva, creyente, amistosa

producto de ignorar la desconfianza. Las puertas abiertas y los brazos extendidos siempre la ha caracterizado. No perdió la sonrisa, parece que tal costumbre no fue olvidada, basta observar la frecuencia de ceramios retratos sonriendo. La risa fue una de sus más saltantes costumbres, por ello hasta la actualidad se caracteriza el norteño, hablo de la costa y Cajamarca que son una sola expresión que han interactuado influenciándose mutuamente.

Es el tercer momento del desarrollo de la religiosidad en el valle, vale recordar que: El primero se encumbró hace tres mil años en las cabeceras y nacientes del río en San Pablo y Tembladera con su templo mayor Kuntur Wasi. El segundo lugar, cronológicamente se ubicó a orillas del mar y en el desierto, en la desembocadura del río, Pakatnamú, lugar de culto y oráculo sacerdotal desde el cual se dirigían las normas sociales dictadas por los dioses, era, qué duda cabe, el vaticano de los siglos I a XV de la región. Y el tercero, de expansión y lugar de culto, se ubicó en medio del valle, que refleja la nueva visión de ocupación territorial llegada, el Monasterio de los Ermitaños y el santuario se levantarían entre algarrobales que luego se irían deforestando.

De aquellos años de colonia queda muy poco, las casonas ya no existen. En Guadalupe y en San Pedro, algunas paredes formando parte de nuevas casas se mantienen reaprovechadas, las demás son republicanas. Tan solo las campanas de las iglesias, el santuario y monasterio de San Agustín nos la recuerda. Allí están de pie esas arquerías y cúpulas de cal, arena y clara de huevo, el “calicanto” que fue el material con el que pegaron sus ladrillos.



Templo de Kuntur Wasi



El oráculo de Pakatmanú



Santuario de Nuestra señora de Guadalupe

Dicen las tradiciones que había un túnel desde el templo hasta el cerro por donde los frailes llevaban a la virgen para mentir a los pobladores del valle que esta se había ido molesta a lavar los pañales de su niño y no quería regresar. Los indios ofrendaban tributos para animar a la virgen a volver al templo, y entonces en algarabía festejaban su regreso.

Dicen que en el templo se bautizaban creyentes y existe la pila bautismal, fechada en el año 1634 donde lloraban los niños al recibir el óleo y agua sagrada.

Dicen que la virgen fue traída de Extremadura por don Francisco Pérez de Lescano a Chérrepe donde existen aún los muros de su primera capilla y venta, para llevarla a Trujillo y que la primera estación de la nueva época fue justamente esa venta construida oficialmente en 1550 para facilitar el viaje entre Trujillo y Paita, con alojamientos, caballerizas, ramada y una hermita construida por el mismo encomendero y el albañil aragonés Alonso Urrea, y que el español Alonso de Moguer la tenía a su cargo y en cuyo altar mayor se colocó a la flamante imagen en bulto de la virgen extremeña, copia tallada por un sevillano y traída en caja de cuero con Bula Papal por el encomendero, y donde el fraile agustino Diego Ordóñez administraba sacramentos y celebraba misas diariamente.

Dicen que la virgen quiso quedarse en el valle y la mula que la transportaba, terca, no se movió de las faldas del cerro.

Dicen que sus milagros fueron muchos y se quedó para siempre, rodeada de generaciones creyentes.





Pila bautismal, 1634

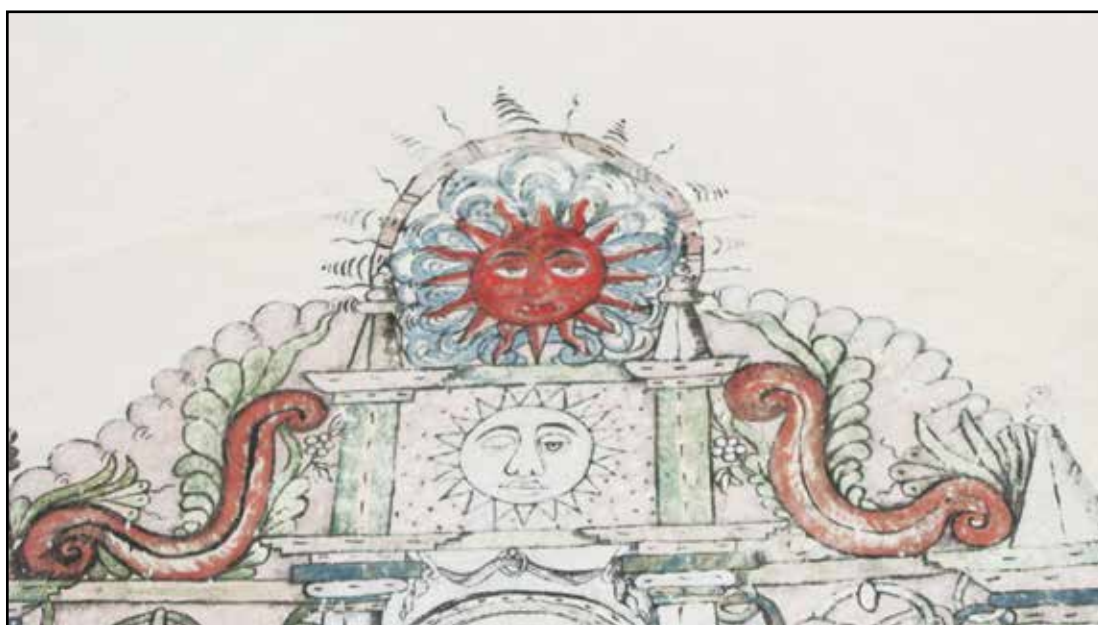


Todos somos **cristianos**



En el año 1565 los agustinos dejan la ermita y levantan una iglesia sobre una huaca Chimú en la antigua ciudadela de Anlape, cerca del cerro Namul, o Cerro de la Virgen. Un fuerte terremoto destruye Trujillo y Lambayeque el catorce de febrero de 1619

a las once y treinta de mañana. La iglesia de adobe se derrumbó y el día diecisiete se trasladaron los agustinos al lugar actual “entre un molino y la acequia Ful”. La Virgen Extremeña sentó sus reales en estas tierras yungas.



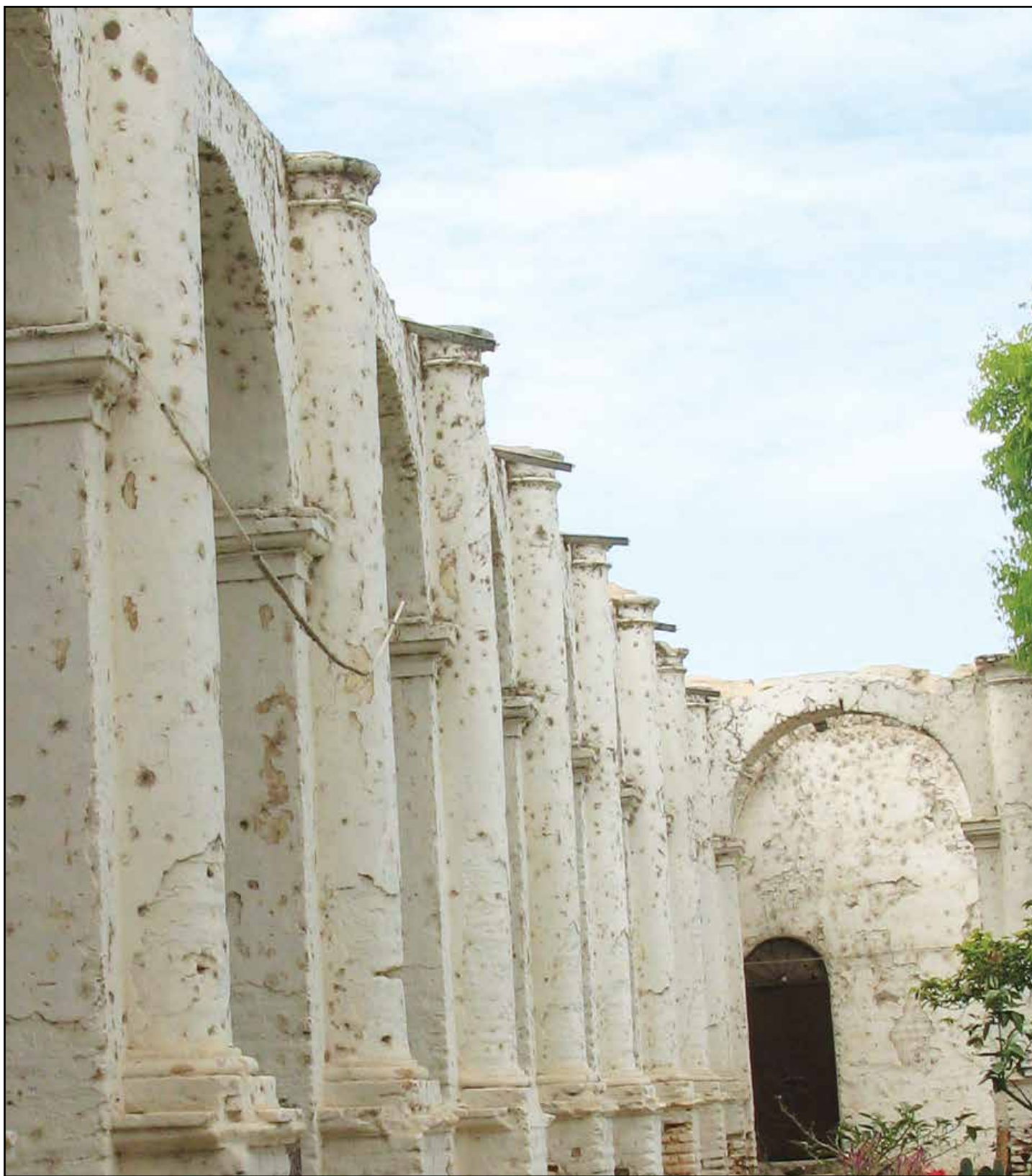
# La extirpación de idolatrías nunca nos venció







Manos de indígenas artistas que leyeron  
la magia mudéjar de los árabes, nos legaron  
el encanto de su destreza  
y el calicanto se hizo arte



Monasterio de San Agustín

Aquí las oraciones se derrumbaron **para sobrevivir**



A la sombra del calicanto **descanzan las oraciones**



Cuando niños **inventábamos susurros**  
de plegarias de frailes por las noches





Catacumbas

Desde el fondo de la tierra  
se edificaron las plegarias



8  
Anexo

La  
biblioteca  
lítica de  
Yonán

Petrolifos de Yonán ■





## Los ideogramas de Yonan

El ideograma expresado en pictografía o en petroglifo es una forma de escritura. Es el origen de esta. Es la idea llevada a un signo, comprensible sólo por los autores o por la tradición. En los Andes Culturales, podría decirse que fue desarrollada por los sacerdotes del templo; que esculpida en granito esta “escritura” fue una de sus especialidades al punto de convertirse en género artístico. Es el caso de las estelas de los templos chavín. Pero hubo también otra expresión que no aceptó, no conoció o no dominó los cánones sacralizados de los trazos, es la que conocemos como petroglifos, que vendría a ser, diríamos, el principio popular de la escritura; ya que estos no se encuentran asociados a los templos, si no que están más directamente relacionados al ambiente natural, al aire libre, y en el caso de los valles de la costa norte, al agua, por lo que se descubren en ambas márgenes de los ríos o en cauces muertos que en oportunidades deben haber tenido escorrentía.

El valle Jaquetepeque es una muestra de esa íntima relación, todos los petroglifos están ubicados a lo largo de su recorrido y frente al río. Lo mismo sucede en otros valles, como el Zaña con los de El Palmo en la margen

izquierda del distrito La Florida (San Miguel, Cajamarca) alguna de cuyas figuras tienen un parecido a los trazos Chavín; o los de Cerro Mulato a menos de un kilómetro al norte de Chongoyape (provincia de Chiclayo) mirando al río Chancay, cuyas figuras de fácil identificación son los peces, gusanos, aves y lagartos. También siguiendo hacia el norte costero podemos recordar la quebrada de Los Boliches que es un afluente del río Olmos y está ubicado a 1,5 kilómetros del cruce de la carretera Panamericana con la carretera a Bagua y presenta una sucesión de figuras desde un claro estilo Cupisnique a trazos sinuosos Chimú, al parecer serpientes en movimiento y caracoles de cerro.

Pero volvamos al valle Jequetepeque. Este tiene cuatro conjuntos de petroglifos: La quebrada de El Pongo, cerca de su confluencia con el río Jequetepeque (600 m.s.n.m), lugar donde el río toma su nombre y que según versiones de Antonio Núñez Jiménez (1986 T1) en las cercanías se encuentran tuestos de factura Virú o pintura negativa; Pay Pay en la margen derecha del río con San Simón de Huabal, muy cerca del poblado de Pay Pay, ambos conjuntos de claros trazos Cupisnique; y Yonán, de los que hablaremos posteriormente. A estos conjuntos debemos sumar los petroglifos de El Mirador, camino a San Gregorio, en el vecino y pequeño río Chamán cuyo valle está históricamente anexado al Jequetepeque.

### Yonán

En las faldas del cerro Santa Clara, a un kilómetro del pueblo de Yonán, siguiendo la carretera a Cajamarca y a orillas de esta, en la margen izquierda del río se encuentra el conjunto más grande del valle y, al parecer

por sus características, uno de los de mayor concentración de figuras en los Andes.

Sobresalen las figuras antropomorfas en especial, y en menor número, aves, círculos concéntricos, espirales, figuras geométricas, serpientes, líneas paralelas y arcos de ángulos rectos como tratándose de surcos o meandros. Sobre el número de figuras no existe una opinión precisa, podría señalarse alrededor de 500, todas en un área no mayor a los 500 metros cuadrados y a inicios de una pequeña falda con dirección Este mirando al río.

Sobre el conjunto existen publicaciones, debiendo mencionarse las investigaciones de Antonio Raimondi y de Antonio Núñez Jiménez (1986) quien ofrece un detallado dibujo de las figuras que tal vez considera importantes o indicadores.

Que son ideas gráficas, no cabe discusión, nadie iría a hacer "dibujitos" en esta parte del cerro, más aún si petroglifos se encuentran en todas partes del mundo. Luego cabe preguntarse ¿por qué razón se hicieron estas figuras?, ¿quiénes?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué se escogió este lugar?, ¿qué expresan?.

Las respuestas más simples podríamos intentar formularlas apoyados en la observación directa de campo:

¿Por qué razón se hicieron estas figuras?

Nos contaba hace algunos años la señora Doraliza Zolón de Montenegro Segura, que por aquel entonces tenía 98 años de edad y en completo estado de lucidez, que sus padres venían a este cerro para implorar lluvias llevando agua del río y lo rociaban ritualmente; todavía la gente del lugar le guarda un respeto





Aquí empieza el peligro de la vida y  
el reto de la civilización

especial, no es un cerro cualquiera. Más aún, frente a él, se encuentra un manantial que sale del cerro y que surte de agua a Tembladera, agua que por el grado de pureza no necesita potabilizarse y de cuyas nacientes no se tiene conocimiento, pero es un manantial que da agua permanente para surtir de este líquido a toda la población.

¿Quénes los elaboraron?

Debieron ser gentes adscritas a invocar, sacerdotes locales, que respetaban el lugar dándole el carácter de fuerza telúrica. Si Yonán tiene alrededor de quinientas figuras y la mayor concentración de estas corresponden a los siglos V a XV, vale decir que una figura no fue hecha solo para una ceremonia, sino que debió ser utilizada en diferentes oportunidades tal vez por la misma persona que la talló.

¿Cuándo?

Se observa una sucesión de figuras relacionadas o emparentadas con las que se registran en los ceramios y tallas en madera, que se puede deducir una larga y prolongada secuencia que se origina por los años 500 antes de Cristo; aunque se registra mayor número de ellas con características propias de los chumú. Podría decirse luego que este cerro fue seleccionado para un rito milenario desde las postrimerías de la cultura Cupisnique (cuyas figuras han sido hurtadas) en el lugar y que ha continuado siendo escenario 2000 años después.

¿Cómo?

Las figuras son expresadas con la técnica de un percutido superficial en su mayoría y otras están hechas con trazos logrados por





# La piedra también oró a los dioses



Cerro Santa Clara

frotación. Las técnicas de tallado son muy simples: picando suavemente la cara del bloque de piedra expuesta al ambiente para dar forma al dibujo, o frotando la silueta de la figura hasta lograr una profundidad apropiada (0,5 – 1 cm.).

¿Por qué el lugar?

El mundo andino se expresaba con mitos de argumentos animistas; el poder de los cerros es uno de ellos. Hasta en la actualidad se escucha hablar, en la costa norte especialmente, del poder que determinados sitios tienen, ya sean las dunas (como Médano Blanco en Sechura; árboles santeros causantes de desgracias como el ceibo en Tumbes y Centro América, determinadas plantas que los curanderos manejan, árboles donde ha vivido o acostumbraba pernoctar un curandero (más conocido como brujo), huacas como casi todas las que conocemos, cerros como el Cerro Colorado (Pacanga) y el Cerro Pitura (Tolón) a quienes hoy los brujos invocan en sus sesiones.

Es posible que el cerro Santa Clara haya sido objeto de creencias, de un gran poder, por eso

se escogió como escenario para estas sesiones mágicas y trascendió durante siglos hasta la llegada de los extirpadores de idolatrías que indudablemente salían del Monasterio de San Agustín en Guadalupe.

Observamos que existen tres momentos de mayor frecuencia en los conjuntos de petroglifos del valle, que podría significar que, la importancia de los cerros debió migrar de San Simón de Huabal y Pay Pay (con figuras Cupisnique) a El Pongo (con figuras Mochica) y finalmente Yonán.

¿Qué expresan?

He ahí lo complicado de definir: tal vez mitos de la luna o surcos asociados al agua y por lo tanto forman parte de los ritos propiciatorios para la agricultura. Luego si todas las figuras miran al río y algunas de ellas tienen la forma de surcos y serpientes (que es la expresión del río) podemos pensar que el lugar ha sido empleado para ritos propiciatorios del agua en años de carestía.

Las figuras no intentan recordar una



Los petrolifos en el cerro Santa Clara

oración a la que se puede leer, tampoco por las distancias entre las piedras tienen relación unas con otras, ¿serían conceptos ofrendas? como el *pagapo o pago* que en la actualidad los pueblos del sur andino realizan, con la fe de que recibirán la protección de la *pachamama*, o talvez la tradición de que el viajero dejaba en el lugar la promesa de volver.

Yonán es un capítulo más de los que nos muestran la intensa y milenaria religiosidad que existe en el valle. El más temprano Kuntur Wasi (La Casa del Cóndor) el templo Cupisnique en las cabeceras de San Pablo, donde la religión se consolidaba en este oráculo, siendo lugar de peregrinación para venerar a los dioses totémicos y del cual la fe local de cada pueblo se replicaba en pequeños templos marginales.

Luego cuando Kuntur Wasi pierde su influencia y nuevas tradiciones de expresión religiosa se desarrollan, como ocurrió con todos los templos de su época, que se descubren sepultados al parecer por los hombres, por razones desconocidas el centro ideológico migra a la orilla del mar y los barrancos. Las nuevas castas sacerdotales residen en

Pakatnamú y cual Vaticano se encarga de orientar y traducir la fe a los pobladores de este valle y los de los pequeños vecinos.

Creyentes siempre, con una fe inconclusa, buscaban los hijos del valle a quien les de fuerza para vencer sus angustias rindiéndole culto a nuevos dioses mestizos.

Años más tarde llegaría España con su fe medieval trayendo a María, protectora, quien reemplaza a la madre tierra, Pachamama y al mar, que les daban sustento, y caminaron hacia ella.

La Chapetona, como le dicen, fue su amparo. Los dioses cambiaron pero la religiosidad inconclusa continuaba marchando... los dioses agoreros ocuparon lugares abandonados, la esperanza se cubrió de nuevos hábitos, y los dioses blancos destronaron a los naturales.

La fe en la esperanza cambió su nombre, la religiosidad continuó con dioses extraños que se fueron haciendo propios, los pueblos continúan creyendo a través de los años.













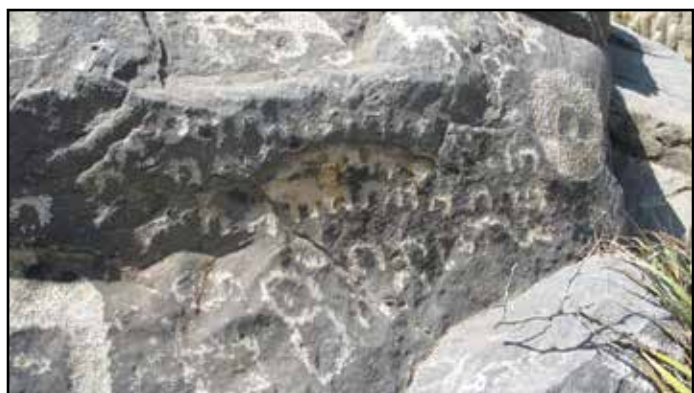
































## De la estupidez a la ignorancia

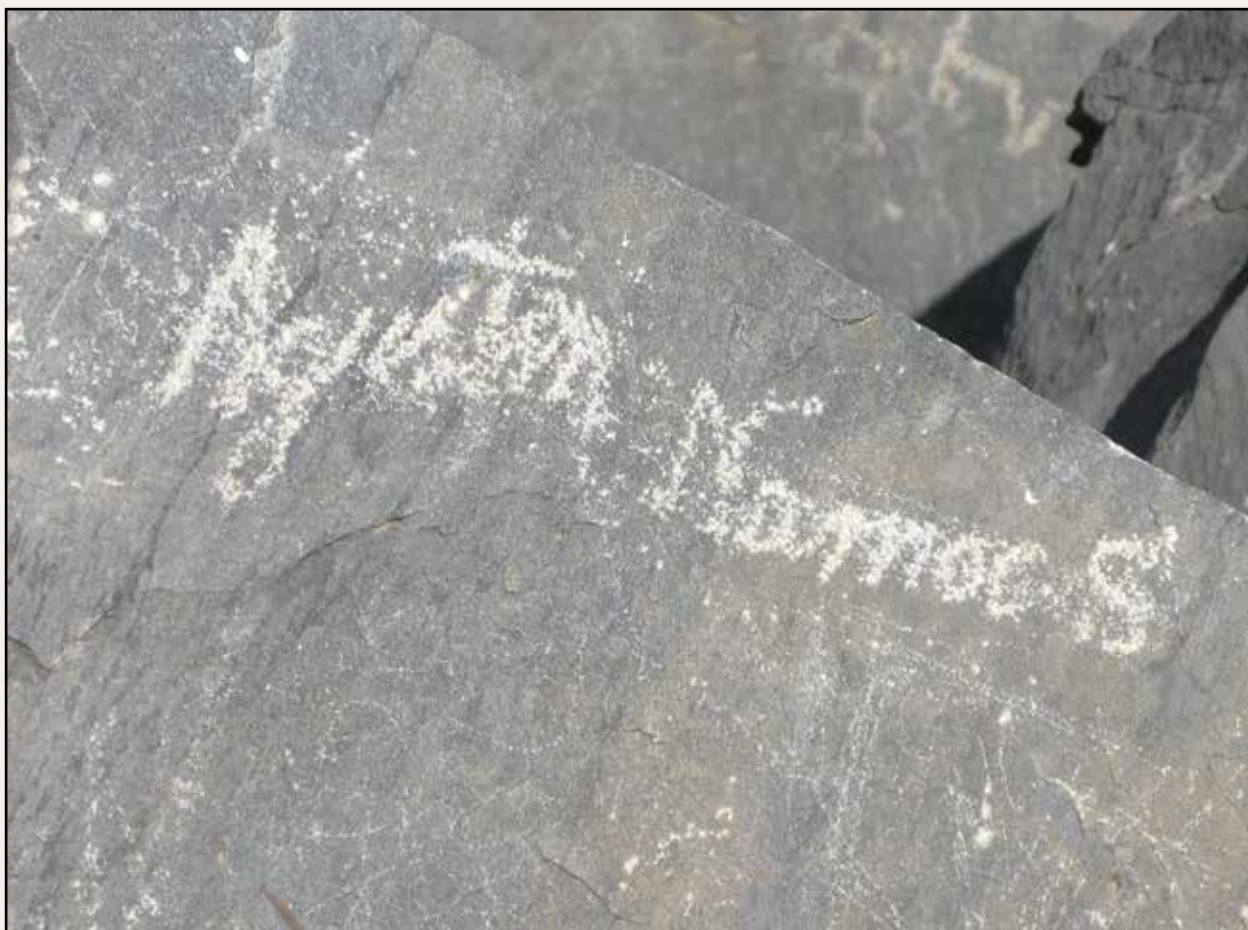
Cando visité por primera vez Yonán, en la década de los años setenta, pude observar la destrucción de algunos sectores. Algunas rocas estaban barrenadas para sacar figuras; otras, como la piedra de tres huecos, la de mayor tamaño y con figuras en todas sus caras visibles, que parecen tener asociación ideográfica entre ellas, había sido reventada con la intención de ser trasladada, con algunos *recuerditos* dejados por mitómanos.

Luego de algunos años, en 1998 regresé

al lugar con unos colegas, faltaban piedras como la que vulgarmente le decían *el astronauta* y otras de evidentes trazos que caracterizan a la cultura Cupisnique, que deben de haber sido llevadas por gente inescrupulosa años antes, pues Antonio Núñez Jiménez ya no las menciona en su obra publicada en 1986.

Además habían nuevos *recuerditos*, uno de ellos mencionaba a una emisora local a manera de propaganda.

Cuando he regresado en el mes de febrero



(2007) exclusivamente a fotografiar para la edición de este libro acompañado por el arqueólogo guadalupano Henry Castañeda, hemos podido observar que lamentablemente la destrucción continúa, y que ahora tiene un ingrediente nuevo: las excursiones de colegiales. Por doquier se encuentran pinturas y grafitos con los nombres de los visitantes, o de las promociones de escolares, y lo que raya en un síndrome de falta de identidad, que podría denominar *Toledo* (en alusión directa a la manera de hablar y desenvolverse del ex Presidente de la República) de muchachos que raspan las piedras para poner el nombre

de sus clubes; y lo peor, los eslogan de las barras bravas (delincuenciales), como “trinchera norte”, “Comando Sur” y otras denominaciones, sin haber asistido al Estadio Nacional y menos aún sin conocer Lima.

Ello no es exclusividad de jóvenes aculturados sino también de adultos, quienes como ególatras ponen sus nombres sin el menor rubor por la destrucción, como se puede observar en las vistas que se adjuntan.

Cabe preguntarnos, ¿cómo explicar que gente que se toma la molestia de ir al lugar,



Estación de la Via Crucis del Cerro de la Virgen en Guadalupe. Octubre 2006



Nombres cincelados en el cemento que cubre la cúpula de cañón corrido de la ermita de la virgen. Febrero 2008

con los costos que ello ocasiona, a su vez contribuya con su destrucción?. Más aún ¿que los profesores organizadores de estas excursiones no expliquen la importancia de su conservación y observen plácidamente como sus discípulos pintan y rayan sobre las figuras?

Es inexplicable cómo lo que el tiempo y visitantes del lugar durante siglos, curiosos algunos y estudiosos otros, no han disturbado, en estos últimos años se venga destruyendo uno de los lugares más importantes para la

humanidad de aquellos años, cayendo por acciones incalificables, y no deja de sorprender también la indiferencia de las autoridades.

Pero lo sucedido no es exclusivo de Yonán, ello viene sucediendo en todos los lugares históricos y hasta en las obras más recientes, como se puede observar en la fotografía expuesta en esta página. Nuestras expresiones de cultura están siendo destruidas, víctimas de la estupidez o en el mejor de los casos de la ignorancia.

## Bibliografía

- ALCOCER, Francisco (escribano receptor)  
1580 **Probanzas de indios y españoles referentes a las catastróficas lluvias de 1578 en los corregimientos de Trujillo y Zaña.** Versión paleográfica y comentarios de Lorenzo Huertas Vallejos. Edit. CES Solidaridad, Chiclayo 1987.
- ALVA ALVA, Walter  
1986 **Cerámica temprana en el Valle Jequetepeque.** Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie. Vol 32.
- AVILA, Francisco de  
1598 **Dioses y Hombres de Huarochirí.** Talleres Gráficos. P. Villanueva S.A. 1966
- BECK MUNCHEN, Verlag  
1983 **Vorspanische Gräber von Pacatnamú, Nordperú.** Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie. Band 26 München.
- BARRETO, D.  
1984 **Las investigaciones en el Templete de Limoncarro.** Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 6, 541-597.
- BURGA, Manuel  
1976 **De la encomienda a la hacienda capitalista. El valle de Jequetepeque del siglo XVI al XX.** Instituto de Estudios Peruanos. Lima. 316 pags.
- CABELLO BALBOA, Miguel  
1586 **Miscelánea Antártica. Una historia del Perú antiguo.** Edit. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1951.
- CALANCHA, Antonio de la  
1638 **Corónica Moralizadora de la Orden de San Agustín en el Perú.** 7 tomos. Edit. Univ. Nac. Mayor de San Marcos, Lima 1985.
- CASTILLO BUTTERS, Jaime  
2004 **“Programa Arqueológico de San José de Mora”.** Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
- DEZA MEDINA, Carlos  
1995 **“Estudio de la Arquitectura de Cerro Chepén-Horizonte Medio”.** Informe presentado a la U.N.T. -OGPRODEIN Trujillo-Perú.
- DEZA RIVASPLATA, Jaime  
1964 **Pakatnamú.** Historia de la Provincia de Pacasmayo. Universidad Nacional de Trujillo. Trujillo - Perú.  
1991 **El apogeo de las lanzas.** Edit. Asociación Peruana de Arqueología. 2da. edición Lima  
2001 **¿Se seca la costa?** Universidad Alas Peruanas, Lima, Perú.  
2006 **El agua de los Incas.** Universidad Alas Peruanas, Lima, Perú.
- DEZA, Jaime; RAMÍREZ PRADO, Fidel  
2000 **Cuando los desiertos eran bosques.** Universidad Alas Peruanas, Lima, Perú.




- DEZA, Jaime; TACSA, Oscar; ARANA, Fernando; MATSUMOTO, Toru  
1990 **Hacia una Metodología para la Investigación Arqueológica en Áreas Desérticas del Litoral Peruano: Desierto de Chepén - Zaña.** Asociación Peruana de Arqueología. CONCYTEC. Informe I.N.C., Lima.
- DOLLFUS, Oliver  
1964 “Cambios climatológicos en los Andes Peruanos” **Bol. de la Sociedad Geográfica de Lima. T.40-41.**Lima
- DONNAN, Christopher  
1986 **The Pacatnamu Papers.** Guillermo Cock Editores. Universidad de California. Los Ángeles. E.E.U.U.
- DONNAN, Christopher Y CASTILLO Luís Jaime.  
1994 “La Ocupación Moche de San José de Moro, Jequetepeque” en: **Moche: Propuesta y Alternativas.** S. Uceda y E. Mujica Editores. EPIGRAFE S.A. pags. 93-146 Lima.
- 1994 “Excavaciones de Tumbas de Sacerdotisas Moche en San José de Moro, Jequetepeque”. en: **Moche Propuesta y Alternativas.** S. Uceda y E. Mujica Editores. EPIGRAFE S.A. pags. 415-424 Lima.
- ELING, Jr. Herbert H.  
1978 “Interpretaciones Preliminares del Sistema de Riego Antiguo de Talambo en el Valle de Jequetepeque, Perú” **III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina. Actas y Trabajos.** Tomo III, pág. 401-419, Lima.
- ESPINOZA SORIANO, Waldemar  
1987 **Artesanos, Transacciones, Monedas y Formas de Pagos en el Mundo Andino. Siglos XV y XVI.** Tomos I-II. Banco Central de Reserva del Perú, Lima.
- ELERA, Carlos; PINILLA, José; VASQUEZ, Víctor  
1992 “Bioindicadores Zoológicos de Eventos ENSO para el Formativo Medio y Tardío de Puémape. Perú” **Revista Pachacámac. Museo de la Nación.** Vol. N. 1. Lima, Agosto. Pags 9 - 19.
- GÁLVEZ, César; BECERRA, Rosario y CASTAÑEDA, Juan.  
1993 “Recolección y Consumo de Caracoles Terrestre en Yonán, Valle de Jequetepeque.” **Actas de IX Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina.** Cajamarca 1992. Tomo I.
- 1993 “Caracoles Terrestres: 11,000 años de Tradición Alimentaria en la Costa Norte del Perú”. En **Cultura, Identidad y Cocina en el Perú.** pp 55-147. Olivas (Compiladora) Universidad San Martín de Porras. Lima
- GÁLVEZ, César; MORALES, Ricardo y CASTAÑEDA, Juan.  
1994 “Los Cañanes en la Dieta del Poblador Rural del Valle Jequetepeque, Perú”. **X Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina.** Universidad Nacional Daniel A. Carrión. Cerro de Pasco, Perú.
- GONZALES, José María  
1877 “Monografía de la Provincia” San Pedro, 27 de Noviembre 1877. **Reeditada Rev. Pakatnamú.** Lima, Año 1 N° 1 - 1983, pág. 5-10.
- HECKER, Wolfgang y HECKER, Gisela

- 1990           **Ruinas, caminos y sistemas de irrigación prehispánicos en la provincia de Pacasmayo, Perú.** Serie Patrimonio Arqueológico Zona Norte, 3. Trujillo. Instituto Departamental de Cultura- La Libertad.
- KEATINGE, Richard  
1978           **The Pacatnamu Textiles.** Archaeology Vol. 31, pp. 30-41, New York.
- KOSOK, Paul  
1965           **Life, Land and Water in Ancient Peru.** Long Island University Press. New York. EE.UU.
- LOSTAUNAU RÁZURI, Oscar  
1963           “Ubicaciones en el tiempo-espacio de los sitios Arqueológicos de la Provincia de Pacasmayo”. Edic. de El Cincuentenario del **Diario La Unión**, Pacasmayo 14 de Agosto de 1963.
- MIETENS, D.  
1973           **Geología y Mecánica de Suelos. Estudios de Factibilidad Técnica y Económica.** Proyecto Jequetepeque -Zaña. Tomo VII apéndice VI Salzgitter Industriebau GMBH.
- NARVÁEZ V., Alfredo  
1994           “La Mina: Una Tumba Moche I en el Valle Jequetepeque”. En **Moche Propuesta y Alternativas.** S. Uceda y E. Mujica Editores. EPIGRAFE S.A. pags 59-92
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, Antonio  
1986
- PUIGROS INGENIEROS CONSULTORES  
1985           **Estudio a Nivel Definitivo de Desarrollo Agrícola del Valle Jequetepeque.** Proyecto Especial Jequetepeque Zaña, Tomos I y II.
- QUISPE CRUZ, Edgar  
2007           “**Crónicas del Señor de Mesjepeque**”. IMNORT EDITORES (Eds). Guadalupe, Pacasmayo.
- RAVINES, Rogger  
1981           **Mapa Arqueológico del Valle del Jequetepeque.** I.N.C. Proyecto Especial de Irrigación Jequetepeque - Zaña. Lima 1981.
- REINDEL, Markus  
1990           “Arquitectura Monumental del Intermedio Temprano en la Costa Norte”. En **Rev. del Museo de Arqueología.** No. 2 Universidad Nacional de Trujillo, págs. 119-143. Trujillo - Perú.
- ROMERO, Carlos A.  
1936           “Un Manuscrito Interesante”. Versión de modesto Ruvíños y Andrade (1782). **Rev. Histórica.** 10: 289-363. Lima.
- RUBIO DÍAZ, Emilio.  
1994           **Patrón funerario y análisis osteológico del Formativo Superior de Puémape, Pacasmayo.** Tesis bachillerato Universidad Nacional de Trujillo.
- SALTZGITTER Industrieban G.M.B.H.  
1969           **Estudio Semidetallados de Suelos.** Lima.



- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro de  
1572 **Segunda Parte de la Historia General llamada Indica.** Bac Madrid, Tomo: 35: 193-279.
- SÁNCHEZ GONZALES, Iyari  
2007 **La Leyenda de Pacainamú y su Dinastía.** IMNORT EDITORES. 63 pags. Guadalupe, Pacasmayo.  
2007 **Los Encomenderos y Caciques de Chérrepe.** EDICIONES EL FERROCARRIL. 12 pags. 9/9/07 Museo Antonio Raimondi, San Pedro de Lloc.
- SILVA PEREZ, Hernán; SILVA PEREZ, Eduardo  
1992 **Chérrepe Arqueología e Historia.** Trujillo, Perú.
- TAM CHANG, Manuel y AGUIRRE, Iris.  
1984 **“El Complejo Sur-Este de la Meseta 2 de Montegrando”.** Beiträge Zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie. Band 6 513-519.
- TELLENBACH, Michael  
1987 “El Proyecto Arqueológico Valle de Jequetepeque” en **Rev. Kuntur** No. 6 Julio-Agosto, págs. 2-9. Presidencia de la República. Asesoría Cultural. Lima.
- TORRES YÉPEZ, José Amilcar  
1938 “MONografía de Pacasmayo” en **Diario La Unión.** Edición especial. Pacasmayo.
- UBBELOHDE-DOERING, H.  
1983 **Vorspanische Gräber von Pacatnamú, Nordperú.** Materialien zur allgemeinen und vergleichenden Archäologie, Vol 26.  
1985 **Pacatnamú y sus construcciones.** Verlag Klaus Dieter Vervuert. Berlín.
- VERGARA MONTERO, Enrique  
1991 “Un revelador cerámico de la región de Lambayeque” **Revista del Museo de Arqueología** 2: 177-185 Universidad Nacional de Trujillo.
- UCEDA, Santiago y MUJICA, Elías (editores)  
1994 **Moche: Propuestas y Alternativas.** Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche. Trujillo 12-16 Abril de 1993. Universidad Nacional de Trujillo. FOMCIENCIAS. IFEA. EPIGRAFE S.A. Lima.
- YENQUE MENDOZA, Raúl  
2006 Los Pacasmayos, su continuidad socio cultural. Dabar S.A.C. de C.V. (Eds). México D.F.
- ZEBALLOS QUIÑONES, Jorge  
1946 “Un Diccionario Yunga I, Mochica o Yunga II. Un diccionario Castellano-Yunga”. **Rev. Museo Nacional** 15:163-188. Lima.  
1985 **Área y fases de la Cultura Moche.** Edit. Banco de Crédito del Perú. Talleres Valverde S.A.  
1993 “La Toponimia Mochica de Lambayeque” en **Rev. del Museo de Arqueología** N° 4 Universidad Nacional de Trujillo. Págs. 217-274. Trujillo.

## PERFIL CRONOLÓGICO DEL VALLE JEQUETEPEQUE

PERIODO	AÑOS A.P.*	SITIOS REPRESENTATIVOS	DISTRITO
Colonia	460	Convento San Agustín.	Guadalupe
Inca 	550	Camino del Inca, Chocofán.  Playa Chica, Namul.  Cerro Colorado, Koslachec.	San José,  Guadalupe,  Chepén
Estado Chimú 	600	Farfán, Singán, Pakatnamú.  El Chino, Cotón, Huaca Blanca.  Huaca Rayada, Las Estacas, Chimborazo, Cuchara.  Petroglifos de Yonán.  El Mirador, Cerro Sullivan, Talambo, Moro, Pampa del Cerro Colorado.  Ñampol, Chocofán, Tecapa, Cultambo.  Cis Nam, Uricape, Sincape, Santonte, Jatanka, Mazanca, Kala.	Guadalupe  Pueblo Nuevo  Pacanga  Yonán  Chepén  San José  San Pedro de Lloc
Lambayeques	1000	Santa Rosa de los Etanos.	Santa Rosa
Cajamarca	1200	La Boca del Río.	Jequetepeque
Waris - Jequetepeque 	1300	Moro, La Calera de Talambo, Koslachec.  Pakatnamú, Farfan, Pa Ñi.	Chepén  Guadalupe





Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de la  
**Universidad Alas Peruanas**

*Julio 2008*



